
VIOLETA DARK
Enemigo
INSOPORTABLE

ENEMIGO INSOPORTABLE

SERIE MOROZOV BRATVA
LIBRO 2

VIOLETA DARK

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

© 2025 Violeta Dark
Todos los derechos reservados
Este libro está protegido por derechos de autor. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, ya sea digital, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora. Solo se permiten breves citas para reseñas literarias.

Gracias por estar al otro lado de estas páginas. Para una escritora no hay mayor regalo que compartir historias con sus lectoras.

Si deseas mantenerte al día con mis próximos lanzamientos, sígueme en Amazon escaneando **este código QR**



O pulsa AQUI

PRÓLOGO

SLOANE

El campus de CUNY brilla bajo el sol primaveral, los estudiantes se desplazan entre los edificios con la energía frenética de finales de semestre. Me he sentado en uno de los bancos más apartados, intentando repasar mis apuntes de Procedimiento Penal antes del examen de mañana, pero las palabras danzan ante mis ojos sin lograr penetrar en mi cerebro.

Estoy agotada. Los turnos dobles en The Copper Still, las clases nocturnas, y tener a Harper lejos me está pasando factura. Hablar con ella solo por teléfono no es suficiente.

—¿Sloane Murphy?

Levanto la vista de mis apuntes para encontrarme con una mujer que viste un traje sastre impecable y un hombre con aspecto del típico padre de familia. Algo en sus posturas, demasiado rígidas para ser casuales, enciende mis alarmas internas.

—¿Quiénes sois? —pregunto, cerrando mi libreta. Mi mano se desliza instintivamente hacia el spray de pimienta que siempre llevo en el bolsillo.

La mujer sonríe.

—Soy la agente especial Smith —dice, mostrándome discretamente una placa—. Y este es mi compañero, el agente especial Roberts. Somos del FBI. Nos gustaría hablar con usted sobre Harper Keller.

Mi sangre se congela. El FBI. Preguntando por Harper. Todos mis temores se materializan en un instante.

—¿Le ha pasado algo? —Mi voz suena estrangulada incluso para mis propios oídos.

—¿Podemos sentarnos? —pregunta Roberts, señalando el banco.

Asiento mecánicamente, incapaz de procesar lo que está sucediendo. Ambos toman asiento, uno a cada lado de mí, creando una barrera sutil que me hace sentir atrapada.

—Señorita Murphy —comienza Smith, su voz cuidadosamente modulada—, entendemos que usted y Harper Keller son muy cercanas.

—Es mi mejor amiga —respondo automáticamente—. Desde el colegio. Éramos compañeras de piso hasta que... hasta que se fue.

Roberts se inclina ligeramente hacia mí.

—¿Sabe exactamente dónde está ahora su amiga?

—En Las Vegas —digo, la confusión mezclándose con mi creciente ansiedad—. Casada con Alexei Morozov. Es el dueño de un casino. La visité hace unos meses.

Los agentes intercambian una mirada que hace que mi estómago se retuerza.

—Señorita Murphy, lo que vamos a compartir con usted es información clasificada —dice Smith, bajando la voz—. Necesitamos su palabra de que quedará entre nosotros.

—¿Qué está pasando? —exijo, mi paciencia agotándose—. ¿Está Harper en problemas?

Roberts saca discretamente una tablet de su mochila, la desbloquea y me la ofrece.

—Este es Alexei Morozov.

La pantalla muestra un expediente. La fotografía es de Alexei, el marido de Harper, con su traje inmaculado y su expresión impenetrable. Pero lo que me deja sin aliento es el texto debajo: «Pakhan de la Bratva Morozov. Organización criminal rusa operativa en la costa oeste. Sospechoso de múltiples cargos de extorsión, tráfico de armas, lavado de dinero...»

La lista continúa, pero mi cerebro ya ha dejado de procesar.

La mafia. Harper está casada con un mafioso ruso.

—Esto no... —Sacudo la cabeza, incapaz de aceptarlo—. Debe haber un error. Harper me lo habría dicho.

—¿Realmente cree eso? —pregunta Smith suavemente—. ¿O cree que podría estar protegiendo a alguien? ¿A usted, tal vez?

Fragmentos de conversaciones con Harper vuelven a mí. Sus respuestas evasivas sobre cómo conoció a Alexei. La forma en que cambiaba de tema cuando le preguntaba si era feliz.

Sabía que me estaba ocultando algo.

—Creemos que Harper Keller no está en Las Vegas por elección propia —continúa Roberts—. Nuestras fuentes indican que fue secuestrada como parte de una venganza personal de Morozov contra Liam Keller.

—¿Su padre? —Frunzo el ceño—. Apenas hablaban. Él siempre estaba «demasiado ocupado» para ella o tratando de controlar su vida.

—Porque Liam Keller también tiene sus propios negocios turbios —explica Smith—. Un conflicto entre ambas organizaciones culminó con la desaparición de Harper. Y luego, repentinamente, está casada con Morozov.

Mi mente trabaja a toda velocidad, procesando cada pieza de información. Las lágrimas amenazan con derramarse, pero las contengo. No es momento para la debilidad.

—¿Me estáis diciendo que mi mejor amiga ha sido secuestrada, forzada a casarse, y está viviendo con un mafioso en Las Vegas? —Mi voz tiembla de rabia—. ¿Y nadie ha hecho nada al respecto?

—Es complicado —admite Roberts—. No tenemos pruebas suficientes para una intervención directa. Morozov es extremadamente cuidadoso.

El mundo se detiene.

Me levanto de golpe, incapaz de seguir sentada. Las náuseas suben por mi garganta. Harper. Mi Harper. Secuestrada y casada a la fuerza con un monstruo.

—Dios mío —murmuró, pasándome las manos por el pelo—. Tengo que hacer algo. Tengo que sacarla de ahí.

—Eso es exactamente de lo que queríamos hablarle —dice Roberts, levantándose también—. Necesitamos su ayuda, señorita Murphy.

Me giro hacia ellos, repentinamente desconfiada.

—¿Mi ayuda? ¿Para qué? Sois el maldito FBI. ¿No podéis simplemente entrar y arrestarlo?

—No es tan sencillo —responde Smith—. Morozov tiene conexiones poderosas, incluso dentro de las fuerzas del orden. Cualquier movimiento precipitado pondría a Harper en grave peligro.

Roberts da un paso hacia mí, bajando la voz aún más.

—Pero usted... usted tiene algo que nosotros no tenemos. Acceso. Harper confía en usted. Y, según nuestros informes, Morozov le ha permitido visitar a su esposa sin restricciones excesivas.

La realidad de lo que están sugiriendo me golpea como un tren.

—Queréis que sea vuestra informante —digo, la incredulidad tiñendo mi voz—. Que me infiltre en la organización de un mafioso ruso. ¿Estáis completamente locos?

—Queremos que ayude a su amiga —corrige Smith—. Que nos proporcione información que podamos usar para construir un caso sólido. Para sacar a Harper de allí de forma segura. Para tumbar todos sus negocios y encarcelarlo.

Mi mente da vueltas, buscando alternativas, escapatorias, cualquier otra solución. Pero en el fondo, sé que tienen razón. Si Harper está realmente atrapada, si está siendo obligada a permanecer con ese hombre, entonces necesita toda la ayuda posible.

Y nadie la conoce como yo.

—Suponiendo que aceptara —digo lentamente—, ¿cómo funcionaría exactamente?

Roberts parece aliviado por mi cambio de actitud.

—Es simple. Usted se muda a Las Vegas. Busca alguna excusa para estar cerca de Harper. Observa. Escucha. Nos informa de rutinas, contactos, conversaciones. Cualquier cosa que pueda ayudarnos a construir un caso contra Morozov.

—Y mantener a Harper a salvo —añado firmemente.

—Ese es el objetivo principal —asiente Smith, aunque algo en su tono me hace dudar.

Los miro a ambos, evaluando la situación. Mi instinto me dice que corra en la dirección opuesta, que me aleje de esta locura. Pero luego pienso en Harper. En su sonrisa luminosa, en su corazón gentil. En cómo siempre estuvo ahí para mí, sin importar qué. La idea de que esté atrapada, sufriendo, contra su voluntad...

—Necesito ver pruebas —digo finalmente—. No solo su expediente policial. Pruebas de que Harper está retenida contra su voluntad.

Smith asiente y desliza el dedo por la tablet, mostrándome otra pantalla. Es un informe detallado sobre la desaparición de Harper: las cámaras de seguridad mostrando una furgoneta sin placas, testimonios de testigos, la total falta de preparación o equipaje que contradice la historia de un romance relámpago.

Y luego, fotos de Harper en Las Vegas. Siempre acompañada por guardaespaldas. Siempre bajo vigilancia. La expresión en su rostro, que inicialmente me parecía neutral, ahora me parece una máscara cuidadosamente mantenida.

Roberts desliza hacia la siguiente imagen y mi respiración se detiene. Es él. El hermano de Alexei. El hombre que conocí durante mi visita, cuya presencia me perturbó de formas que no quería analizar.

Dimitri Morozov.

A diferencia de Alexei, con su frialdad calculada, Dimitri es todo fuego apenas contenido. Cabello negro más largo, recogido descuidadamente. Tatuajes asomando por el cuello de su camiseta. Y esos ojos... incluso en la fotografía, tienen una intensidad que me atraviesa.

—Este es Dimitri Morozov —explica Roberts—. Hermano menor de Alexei. Su principal ejecutor. Se encarga del trabajo sucio.

Trago saliva, intentando ignorar el calor traicionero que se extiende por mi cuerpo. Es ridículo. El hombre probablemente es un asesino. El hermano del secuestrador de mi mejor amiga. Y sin embargo, hay algo en él que despierta una reacción visceral en mí que me avergüenza cada vez que lo tengo delante.

—Lo conozco —digo secamente—. Nos encontramos durante mi visita. No es exactamente el alma de la fiesta.

Smith sonríe levemente.

—Dimitri podría ser una entrada alternativa a la organización. Según nuestras fuentes, mostró un interés... inusual en usted durante su estancia.

Siento el calor subir a mis mejillas.

—Discutimos casi cada vez que nos vimos —explico—. Apenas podíamos estar en la misma habitación sin querer arrancarnos la garganta.

—Eso no significa que no estuviera interesado —observa Roberts con un tono que me irrita profundamente.

Me aparto, necesitando espacio, necesitando pensar. La idea de usar cualquier tipo de atracción, real o imaginaria, con Dimitri Morozov me revuelve el estómago. Y sin embargo, si eso ayudara a Harper...

—¿Qué garantías tengo de que Harper no resultará herida? —pregunto, volviendo al tema principal—. No voy a hacer nada que la ponga en peligro.

—Nuestra prioridad es extraerla ilesa —responde Smith —. Tendremos un agente encubierto como su contacto en Las Vegas, y protocolos de emergencia establecidos. Su seguridad y la de Harper son primordiales.

Miro nuevamente las fotos. Harper, con su sonrisa que no llega a sus ojos. Harper, con guardaespaldas siguiéndola como sombras.

Mi decisión está tomada, aunque cada célula de mi ser grite que es una locura.

—De acuerdo —digo finalmente—. Lo haré. Por Harper.

Roberts asiente, la satisfacción evidente en su rostro.

—Excelente. Estableceremos una cobertura creíble. Quizás una transferencia a UNLV para continuar sus estudios de derecho.

—Puedo decirle que he decidido mudarme para estar cerca de ella.

Smith parece impresionada por mi rapidez mental.

—Perfecto. Natural y creíble. Le proporcionaremos documentos legítimos de transferencia, por si Morozov lo investiga.

Esto es una locura.

Voy a infiltrarme en la organización de un mafioso ruso. Por Harper.

Cuando finalmente los agentes se marchan, me quedo sola en el banco, temblando a pesar del calor primaveral. Saco mi teléfono y miro la última fotografía que Harper me envió: ella en su terraza, sonriendo en el atardecer de Las Vegas.

¿Es la sonrisa de una mujer feliz? ¿O la máscara cuidadosamente construida de una prisionera?

La duda me carcome, pero la decisión está tomada. Voy a salvar a Harper, cueste lo que cueste.

Incluso si eso significa enfrentarme nuevamente a Dimitri Morozov.

Especialmente si significa enfrentarme a Dimitri Morozov.

Porque lo que más me aterroriza, lo que me hace temblar más que la perspectiva de infiltrarme en una organización criminal, es la forma en que mi cuerpo reacciona ante el mero recuerdo de sus ojos grises. La forma en que mi pulso se acelera cuando pienso en nuestras discusiones, en la tensión que crepitaba entre nosotros como electricidad estática.

Lo odio. Odio lo que representa. Odio que sea parte del sistema que mantiene a Harper cautiva. Si fuera un hombre decente, habría impedido que su hermano secuestrara a mi amiga, la obligara a casarse con él.

Y sin embargo...

Miro nuevamente la imagen en mi teléfono, pero mis pensamientos no están con Harper. Están con su cuñado. Con sus tatuajes, sus ojos tormentosos, su presencia que llena cualquier habitación.

Esta atracción prohibida podría ser mi mejor arma. O mi perdición.

Solo el tiempo lo dirá.

Con dedos temblorosos, marco el número de Harper. Es hora de poner en marcha el plan. Es hora de entrar voluntariamente en la boca del lobo.

Un lobo con ojos grises y sonrisa peligrosa que, Dios me ayude, me hace sentir más viva de lo que me he sentido en años.

CAPÍTULO 1

DIMITRI

El brillo azulado de la pantalla ilumina mi rostro en la oscuridad del coche. Deslizo el dedo por la imagen, ampliándola. Joder, esto es una puta tortura autoinfligida.

Sloane Murphy. Pelirroja. Ojos verdes que podrían cortar el acero. Y un cuerpo que me tiene obsesionado desde hace meses.

En la foto está en pleno entrenamiento de kickboxing, con el pelo recogido en una coleta alta que deja al descubierto la tensión de su mandíbula. Lleva unos pantalones negros ajustados y un top deportivo que deja al descubierto su vientre plano. Sus puños, enfundados en guantes rojos, golpean un saco con una fuerza que casi puedo sentir a través de la pantalla.

La siguiente imagen me arranca un gruñido involuntario. Está en posición de guardia, con una fina capa de sudor cubriéndole la piel. Sus ojos brillan con ese fuego que reconocí la primera vez que nos vimos, cuando se plantó frente a mí sin mostrar ni un ápice de miedo. La chica tiene agallas, lo reconozco.

«Nueva sesión. Patadas más fuertes, golpes más precisos. Que nadie se meta en tu camino», ha escrito bajo las fotos.

Mi pulgar acaricia la pantalla, recorriendo la curva de su cuello, bajando hasta el inicio de sus pechos. El calor se acumula en mi entrepierna, tenso e insistente.

—Tienes una manera jodidamente perturbadora de mirar ese teléfono —comenta Yuri desde el asiento del conductor, sus ojos fijos en la carretera mientras conduce a través de las calles oscuras de Las Vegas—. ¿Quién es?

—Nadie que te importe —respondo secamente, pero no bloqueo la pantalla.

Paso a la siguiente foto. Esta es más antigua, de hace unos meses. Está en Brooklyn, apoyada en la barandilla de un puente, con la ciudad extendiéndose a sus espaldas. Sonríe directamente a la cámara con esa media sonrisa desafiante. Lleva una simple camiseta negra, vaqueros rotos y esa maldita cazadora de cuero que le da aspecto de chica mala.

Cierro los ojos un segundo, pero es peor. Su imagen se queda grabada en mis párpados. Puedo imaginar perfectamente cómo sería tenerla debajo de mí, con esa mirada desafiante transformándose en deseo. Cómo sería agarrar ese pelo como fuego entre mis dedos y tirar hacia atrás, exponiendo su garganta a mis dientes. Cómo sonaría mi nombre en sus labios cuando finalmente la hiciera rendirse.

«Estás jodidamente enfermo, Morozov», me digo a mí mismo. Obsesionado con la mejor amiga de la esposa de tu hermano, que además te odia.

Y tiene razón en odiarme. Soy un monstruo con piel humana.

Es mejor así. Mejor que esté al otro lado del país, en Brooklyn, lejos de mis manos manchadas de sangre. Mejor que no sepa que me masturbo pensando en ella. Mejor que nunca descubra que paso horas mirando sus redes sociales como un puto acosador.

—Ahí están —la voz de Yuri me arranca de mis pensamientos.

Bloqueo el teléfono y lo guardo en el bolsillo interior de mi chaqueta. El mundo real vuelve a enfocarse. Estamos en las afueras de la ciudad, donde las luces de neón se desvanecen y la oscuridad del desierto comienza a tragarse todo. Delante de nosotros, a unos cien metros, las luces traseras de un Audi negro brillan como ojos rojos en la noche.

La adrenalina sustituye instantáneamente al deseo, igual de intensa, pero con un propósito completamente diferente. Este es mi territorio, lo que sé hacer. La violencia es el único lenguaje que domino a la perfección.

—Acércate más —ordeno, y siento cómo mi voz cambia, se vuelve más fría, más controlada.

Yuri acelera. El motor de nuestro SUV blindado ruge en la noche como una bestia hambrienta. Noto cómo mi cuerpo se tensa,

preparándose. Mi mano derecha busca instintivamente la Glock en la funda bajo mi axila. El tacto frío del metal me tranquiliza. Es una extensión de mí mismo.

—¿Quieres que los saque de la carretera? —pregunta Yuri, con los ojos fijos en nuestro objetivo.

—No. Solo ponte a su lado.

El Audi acelera cuando nos detecta, pero Yuri es mejor conductor. Nos colocamos en paralelo en cuestión de segundos. Puedo ver las siluetas de tres hombres a través de los cristales tintados.

Bajo la ventanilla. El aire frío del desierto me golpea la cara, trayendo el olor a tierra seca y asfalto caliente. Saco la pistola y disparo dos veces a los neumáticos delanteros con precisión quirúrgica.

El chirrido de gomas reventadas corta la noche como un grito. El Audi derrapa violentamente, dando varias vueltas antes de detenerse en la cuneta en una nube de polvo.

—Aparca delante —digo, mientras compruebo el cargador de mi arma con un movimiento automático.

Cuando el SUV se detiene, me ajusto los guantes de cuero negro. Es un ritual, como hacer crujir mi cuello antes de cada pelea. Me preparo mental y físicamente para lo que viene. Para ser quien soy.

—Quédate en el coche —le ordeno a Yuri—. Si alguno intenta escapar, dispárale a las piernas.

Salgo al frío de la noche del desierto. Mis botas crujen sobre la grava mientras avanzo hacia el Audi. El viento trae el olor a neumático quemado y gasolina. Puedo escuchar las maldiciones y los gritos desde dentro del vehículo.

La puerta del conductor se abre de golpe y un hombre intenta salir corriendo. No llega muy lejos. Una bala en la pierna, cortesía de Yuri, y cae al suelo aullando de dolor.

Los otros dos permanecen dentro, seguramente calculando sus posibilidades de sobrevivir. Son nulas, por supuesto.

Agarro la manilla de la puerta trasera y la abro de un tirón. Un tipo de unos cuarenta años me mira con terror en los ojos. Pelo castaño entrecano, traje caro ahora arrugado. Intenta retroceder, pero el cinturón de seguridad lo mantiene en su sitio.

Lo reconozco al instante. Kevin O'Malley. Uno de los lugartenientes de Liam Keller, el jefe de la mafia irlandesa de Nueva York. El padre de Harper. El hombre que ha estado intentando recuperar a su hija desde que Alexei la tomó como esposa.

—Cuánto tiempo sin vernos, O'Malley —digo con una sonrisa que sé que no llega a mis ojos.

Su cara palidece aún más.

—Morozov —susurra, y puedo oler el miedo emanando de él como un perfume barato.

Le arranco el cinturón y lo agarro por la solapa de su traje y lo saco del coche como si fuera un muñeco de trapo. Cae al suelo con un gemido patético. El tercer hombre, sentado en el asiento del copiloto, no se mueve. Inteligente.

Arrastro a O'Malley unos metros lejos del coche, sintiendo la resistencia de su cuerpo contra la gravilla. El olor a miedo se intensifica cuando lo levanto y lo estampo contra el capó del Audi.

—¿Dónde está Keller? —pregunto, mi voz engañosamente suave.

—No lo sé —balbucea—. No ha venido a Las Vegas. Yo solo...

Mi puño conecta con su mandíbula antes de que pueda terminar la frase. El sonido del impacto es satisfactorio, como un filete crudo golpeando una mesa de carnicero. El dolor se dispara por mis nudillos y sube por mi brazo, pero lo ignoro. Es casi placentero.

La sangre brota de su labio partido, oscura bajo la luz de la luna. Gotas carmesí salpican el metal del capó. Una obra de arte en construcción.

—Voy a preguntártelo una vez más —digo, acercándome tanto que puedo oler la mezcla de whisky barato y terror en su aliento—. ¿Dónde está Liam Keller?

—Te juro que no lo sé —gime, con los ojos húmedos de pánico—. Nos envió por separado. Compartimentó la información. Solo teníamos que vigilar... vigilar a la chica.

Un nuevo golpe, esta vez en las costillas. Escucho el crujido satisfactorio del hueso al fracturarse. O'Malley se dobla sobre sí mismo con un grito ahogado.

—¿A qué chica? —siseo, aunque ya conozco la respuesta.

—A Harper —jadea entre dientes—. Su hija. Quiere llevarla de vuelta.

La rabia hierve en mi sangre como ácido. Harper. La esposa de Alexei. Mi cuñada. Embarazada de mi sobrino.

La idea de que estos cabrones la estén observando, de que planeen algo contra ella, desata algo primitivo dentro de mí. No es solo lealtad hacia mi hermano. Es protección hacia la familia.

Agarro a O'Malley por el cuello, levantándolo hasta que sus pies apenas tocan el suelo. Sus ojos se abren de terror mientras lucha por respirar.

—¿Qué más? —gruño—. ¿Qué más os ordenó Keller?

—Nada... solo vigilar... —apenas puede hablar con mi mano aplastando su tráquea—. Prepararnos... para cuando... dé la orden...

—¿Qué orden?

—No lo sé... te lo juro...

Lo suelto y cae al suelo como un saco de carne inútil. Mientras tose y lucha por recuperar el aliento, saco mi navaja del bolsillo. La abro con un movimiento fluido. La hoja brilla bajo la luz de la luna, prometiendo dolor.

—Todos los hombres de Keller saben algo —digo tranquilamente, agachándome a su lado—. Nadie viene a Las Vegas sin instrucciones precisas. Así que vamos a intentarlo una vez más.

La punta de mi navaja se posa suavemente en su mejilla, apenas aplicando presión. Solo una promesa de lo que vendrá.

—Te lo juro, no sé nada más —solloza ahora, sin ninguna dignidad —. Estamos esperando. Keller va a venir personalmente. Está furioso porque su hija está embarazada. Dice que Morozov la ha engañado... no sé nada más, ¡te lo juro!

Miro sus ojos, buscando la mentira. Años en este negocio me han enseñado a detectar cuando alguien está ocultando información. Pero O'Malley parece genuinamente aterrorizado y vacío de secretos.

Es un peón. Un peón inútil.

La decepción me invade. Esperaba algo más sustancial, alguna pista sobre los planes de Keller. En vez de eso, tengo a este patético ejemplar que no sabe nada.

La navaja se hunde casi por voluntad propia, abriendo un fino corte en su mejilla. La sangre brota, escarlata y brillante. O'Malley chilla, un sonido agudo y patético.

—Por favor —suplica—. Tengo familia. Hijos.

—Deberías haber pensado en eso antes de venir a mi territorio —respondo mecánicamente.

Mi mano se mueve casi por instinto, la navaja deslizándose limpiamente a través de su garganta en un movimiento fluido y preciso. Sus ojos se abren con sorpresa final mientras la sangre comienza a brotar en un chorro pulsante.

Lo observo mientras la vida abandona su cuerpo. Sus ojos pierden enfoque, fijos en el cielo estrellado de Las Vegas. Su boca se mueve, formando palabras silenciosas. Una burbuja de sangre se forma y estalla entre sus labios.

Y luego... nada. Solo el cascarón vacío de lo que fue un hombre.

Me quedo inmóvil, sintiendo cómo la adrenalina comienza a diluirse en mi sistema. Esta es la parte que más odio. No el matar —eso es necesario, es mi trabajo— sino el vacío que viene después. Como si una parte de mí se fuera con cada vida que tomo.

Limpio la navaja en su traje antes de cerrarla y guardarla. La sangre ha salpicado mis guantes y las mangas de mi camisa.

—¿Los otros? —pregunto a Yuri, que se ha acercado sigilosamente.

—El conductor está inconsciente por la pérdida de sangre. El otro sigue en el coche, cagado de miedo.

—Tráelos —ordeno—. Los llevamos al almacén. Alexei querrá interrogarlos él mismo.

Yuri asiente y se dirige hacia los supervivientes. Yo me quedo un momento más junto al cadáver de O'Malley.

Este es mi mundo. Sangre, muerte, violencia. Es para lo que fui moldeado desde que era un crío. Mi hermano Alexei, el heredero, aprendió a dirigir el imperio. Yo aprendí a ser su sombra, su brazo ejecutor. Su perro de ataque.

Me froto la cara con la parte limpia de la manga, sintiendo el agotamiento que siempre sigue a estos episodios. La adrenalina se desvanece, dejándome vacío.

La noche parece cerrarse sobre mí, el frío del desierto colándose bajo mi chaqueta manchada de sangre. En momentos como este, cuando la violencia termina, es cuando más solo me siento. Cuando más roto.

Saco el teléfono y miro la pantalla. Vuelvo a la foto de Sloane, su rostro iluminado, vivo, fuerte. Tan diferente a la muerte que me rodea. La imagen de una mujer que nunca podría entender esta parte de mí. Que nunca debería verla.

Es mejor que esté a miles de kilómetros. Es mejor que nunca sepa quién soy realmente, lo que hago, lo que disfruto haciendo. Es mejor que nunca se acerque a la oscuridad que me consume.

Pero mientras vuelvo al coche, con el sabor metálico de la adrenalina aún en mi boca, una parte de mí —la más primitiva, la más egoísta— desea que estuviera aquí. Desea ir a ella después de una noche como esta, con la sangre aún fresca en mis manos, y follarla hasta olvidar el vacío. Hasta sentir algo más que esta nada que me carcome por dentro.

El pensamiento me asquea y me excita a partes iguales.

Guardo el teléfono y subo al coche, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. El silencio pesa entre Yuri y yo mientras nos alejamos.

—¿Hacia dónde? —pregunta Yuri.

—Al almacén del este —respondo, mi voz sonando extrañamente hueca incluso para mis propios oídos—. Y luego al club. Necesito un trago.

Necesito ahogar la imagen de Sloane Murphy en alcohol. Porque la alternativa —seguir pensando en ella, seguir deseándola— es demasiado peligrosa.

Para ella. Para mí. Para todos.

CAPÍTULO 2

SLOANE

El impacto de mi puño contra el saco reverbera a través de mis nudillos, sube por mi brazo y se expande por mi pecho como una onda expansiva. Golpeo otra vez. Y otra. Cada impacto arranca un gruñido de mi garganta. Sudor, adrenalina y rabia. Una combinación que conozco demasiado bien.

Un-dos-tres. Gancho izquierdo. Patada lateral.

El viejo saco de boxeo del gimnasio comunitario de Brooklyn se balancea violentamente con cada golpe. He venido aquí para despejarme antes de la reunión con el FBI, pero está funcionando justo al revés. Con cada impacto, mi mente se acelera más.

¿En qué te estás metiendo, Sloane?

La patada conecta tan fuerte que las cadenas del saco crujen en protesta. El dolor trepa por mi espinilla, satisfactorio y clarificador.

—Mierda —murmuro, apoyando las manos en las rodillas, mientras intento recuperar el aliento.

El sudor me recorre la espalda, empapando el top deportivo negro. Mechones de pelo que se han escapado de mi coleta se pegan a mi frente y cuello. El corazón me martillea contra las costillas como si quisiera escapar de mi pecho. Y no le culpo. Yo también querría escapar de la locura que estoy a punto de cometer.

Miro el reloj de la pared: las 14:36. Tengo menos de una hora para ducharme y llegar a la dirección que me dieron los agentes Smith y Roberts. Una oficina anónima en Midtown donde voy a recibir mi nueva identidad como estudiante de UNLV. Mi pasaporte para entrar en el infierno.

Me quito los guantes con los dientes y los arrojo sin cuidado a mi bolsa de deporte. Treinta minutos después, ya duchada y vestida,

salgo del gimnasio envuelta en mi cazadora de cuero, esa que me pongo cuando necesito sentirme invencible. Una armadura contra el mundo. Contra lo que se avecina.

La oficina es exactamente lo que esperaba: anodina, funcional, con ese aire aséptico que grita «gobierno federal». Paredes grises, muebles metálicos, iluminación fluorescente que no hace favores a nadie. Ni una sola planta o cuadro que sugiera vida.

La agente Smith me recibe con un asentimiento seco, sin sonrisa. Viste el mismo traje sastre impecable del otro día, como si tuviera siete idénticos para cada día de la semana. A su lado, un hombre que no había visto antes: cuarentón, cabello castaño con canas incipientes, constitución atlética algo pasada, como un corredor que ha dejado de entrenar. Su traje está ligeramente arrugado, lo que lo hace paradójicamente más humano que Smith.

—Señorita Murphy, gracias por venir —dice Smith, señalando una silla—. Este es el agente especial Cooper. Será su principal contacto en Las Vegas.

Cooper extiende su mano. Su apretón es firme pero no intimidante.

—He oído cosas buenas de usted —dice, y hay algo en su tono que me hace sospechar que eso no es completamente cierto.

—¿Como qué? —pregunto, apoyándome en el respaldo de la silla —. ¿Que soy una civil sin entrenamiento a la que han enredado para hacer su trabajo?

Cooper suelta una pequeña risa.

—Como que tiene agallas —responde—. Y eso vale más que cualquier entrenamiento.

Smith pone los ojos en blanco, sutilmente pero lo suficiente para que lo note. Abre una carpeta sobre la mesa y empieza a sacar documentos.

—Estos son sus papeles de transferencia a UNLV —explica, empujándolos hacia mí—. Son completamente legítimos. Ha sido

aceptada en el programa de Derecho Criminal. El agente Cooper será su profesor de Ética Legal y Procedimiento Penal.

Examino los documentos. Mi nombre, mi foto, todo parece auténtico. La sensación de irrealidad crece dentro de mí. Esto está pasando de verdad.

—¿Y cómo justificamos mi repentina mudanza? —pregunto.

—Hemos preparado un rastro digital —interviene Cooper—. Correos electrónicos de usted consultando sobre transferencias desde hace meses, becas parciales, todo lo que pudieran investigar si deciden comprobar su historia.

Asiento lentamente. Son minuciosos, hay que reconocerlo.

—¿Y qué se supone que debo hacer exactamente una vez esté allí?

Smith desliza otro papel hacia mí. Un plano, reconozco. Del casino The Tsarina.

—Necesitamos información sobre las operaciones internas de los Morozov —explica—. Disposición del casino, ubicaciones restringidas, rutinas de seguridad. Cualquier detalle sobre sus actividades criminales.

—¿Y cómo demonios se supone que voy a conseguir eso? —pregunto, sintiendo que el escepticismo me trepa por la garganta—. No es como si fueran a darme un tour por sus salas de tortura.

—Harper Keller es su entrada —responde Smith, imperturbable—. Como mejor amiga, tendrá acceso a zonas del casino y residencia que otros no tienen. Y más importante aún, a conversaciones privadas.

Una sensación amarga me llena la boca. Harper. Mi mejor amiga, que lleva acompañándome en todos los momentos importantes de mi vida. Y voy a usarla como caballo de Troya para destruir a su marido.

—¿Y si ella está realmente enamorada de él? —la pregunta sale antes de que pueda detenerla—. ¿Y si han malinterpretado la situación?

Cooper se inclina hacia adelante, sus ojos repentinamente intensos.

—Sloane, Alexei Morozov es responsable de al menos siete asesinatos confirmados. Tráfico de armas que han acabado en manos de terroristas. Lavado de dinero a escala internacional. Su hermano Dimitri tiene un historial aún más sangriento.

El nombre cae como una piedra en mi estómago.

—La ayudaremos a prepararse —continúa Smith, ajena a mi turbación interna—. Llevará un teléfono encriptado. Nos comunicaremos a través de una app aparentemente inocua. Tenemos códigos de emergencia. Y se reunirá con Cooper en la universidad todas las semanas.

Asiento mecánicamente mientras me explican los protocolos, las señales, los planes de extracción. Intento concentrarme, pero mi mente sigue volviendo a Dimitri. A cómo me miraba la última vez que nos vimos, cuando visité a Harper hace unos meses. Como si fuera un problema que no sabía cómo resolver. Como si fuera un bocado que quería probar.

Me desestabiliza.

—¿Señorita Murphy? —La voz de Smith me devuelve al presente —. ¿Ha entendido los protocolos?

—Sí —miento. Tendré que releer todo esto más tarde—. Entendido.

Cooper me pasa una pequeña caja negra.

—Su nuevo teléfono —explica—. Completamente seguro, aunque parece un modelo normal. Úselo para comunicarse con nosotros.

Lo tomo, sintiendo su peso en mi mano. Tan ligero para la responsabilidad que representa.

—Una última cosa —dice Smith, y su tono cambia ligeramente—. Sobre Dimitri Morozov.

Mi pulso se acelera traicioneramente.

—¿Qué pasa con él?

—Es el más peligroso de los dos hermanos —explica—. Alexei es calculador, estratégico. Dimitri es... volátil. Impulsivo.

—Lo sé —respondo secamente—. No es como si no lo hubiera conocido.

—Precisamente por eso —insiste—. Según nuestras fuentes, mostró un interés inusual en usted durante su visita.

El calor me sube por el cuello. Recuerdo vívidamente cada interacción con él. Cómo me seguía con la mirada. Cómo se tensaba cuando entraba en una habitación. Cómo discutíamos por la más mínima provocación, la electricidad estática entre nosotros era tan densa que casi chisporroteaba en el aire.

—Nos gritamos cada vez que estuvimos en la misma habitación —respondo, intentando sonar indiferente—. No llamaría a eso «interés».

Cooper esboza una sonrisa conocedora que me dan ganas de borrar de un puñetazo.

—Hay diferentes tipos de interés, Sloane. Y podría ser una ventaja para nosotros.

Mi estómago se contrae en un nudo.

—¿Qué estáis sugiriendo exactamente?

—Nada específico —responde Smith rápidamente, lanzando una mirada de advertencia a Cooper—. Solo que mantenga los ojos abiertos. Cualquier información sobre él es valiosa. Es el brazo ejecutor de Alexei.

Asiento, repentinamente incapaz de hablar. La idea de «usar» cualquier tipo de atracción que Dimitri pudiera sentir hacia mí me revuelve el estómago. Y sin embargo, una parte traicionera de mí se pregunta cómo sería. Cómo sería rendirse a esa corriente eléctrica que sentí la última vez.

Estás jodidamente loca, me digo. *El hombre es un asesino*.

Pasamos otra hora repasando detalles logísticos: mi cobertura financiera, mi horario de clases. Para cuando terminamos, mi cabeza es un torbellino de información y mi cuerpo un nudo de tensión.

—¿Alguna pregunta final? —dice Smith, cerrando su carpeta.

Trago saliva, sintiendo la sequedad en mi garganta.

—¿Y si me descubren?

El silencio que sigue es respuesta suficiente.

Cooper finalmente habla, su voz más suave.

—Le aconsejo, Sloane... que no se deje descubrir.

CAPÍTULO 3

DIMITRI

—Sloane se viene a vivir a Las Vegas.

Las palabras de Alexei caen como una bomba en la oficina.

O por lo menos a mí me lo parece.

Me quedo inmóvil, con la taza de café a medio camino entre la mesa y mis labios. El tiempo se detiene un segundo y luego se acelera de golpe. Siento el calor del líquido quemando mis dedos donde se ha derramado por el borde, pero apenas lo registro.

—¿Disculpa? —La pregunta sale áspera, como si mi garganta se hubiera cerrado de repente.

Alexei levanta la vista de los documentos que está revisando. Estamos en su despacho privado, en la planta superior del casino. La luz de la tarde se filtra a través de los ventanales, proyectando sombras alargadas sobre la alfombra.

—Sloane ha pedido una transferencia a la UNLV porque echaba de menos a Harper —explica con tono neutro, pero noto cómo me observa con demasiada atención—. Se quedará con nosotros en el ático hasta que le apetezca irse a su propio departamento.

Un zumbido extraño se instala en mis oídos. Sloane. Aquí. En nuestro territorio. En nuestro casino.

Joder. Todo se está yendo a la mierda.

¿Qué coño voy a hacer?

—¿Cuándo? —consigo preguntar, intentando que mi voz suene normal. No lo consigo.

—En tres días.

Mierda. *Mierda*. MIERDA.

—Bien —digo, como si no me importara en absoluto. Como si no llevara meses obsesionado con ella. Como si no me hubiera

masturbado pensando en su cuerpo la noche anterior. O todas las noches anteriores a esa.

Alexei me estudia con esa mirada penetrante suya, la que usa para descifrar a la gente. Odio cuando la dirige a mí.

—Harper está entusiasmada —comenta, todavía observándome, como si quiera provocar una reacción en mí—. Dice que le estaba constando mucho estar tan lejos de su mejor amiga.

Asiento mecánicamente. Por supuesto, Harper necesita apoyo. Está lejos de todo lo que conoce, esperando un bebé. Tiene sentido que quiera a su mejor amiga cerca.

Lo que no tiene sentido es por qué mi pulso se ha acelerado tanto que puedo sentirlo martilleando en mi garganta.

—Supongo que querrás que le ponga seguridad —digo, aferrándome a lo práctico, a mi trabajo—. Por si Keller intenta usar a la amiga para llegar a Harper.

—Ya lo había pensado —asiente Alexei—. Pero nada muy invasivo. No quiero que Sloane se dé cuenta de la naturaleza de nuestros… negocios.

Me levanto bruscamente, incapaz de seguir quieto. Necesito moverme o voy a explotar. Mi cuerpo está tenso como la cuerda de un arco, cargado de una energía que no sé cómo liberar.

—Me ocuparé de todo —digo, dirigiéndome a la puerta—. Tendré listo un protocolo para cuando llegue.

Cuando llegue. Sloane. Aquí. *Joder*.

—Dimitri —la voz de mi hermano me detiene con la mano en el pomo—. ¿Hay algo que deba saber sobre ti y Sloane?

Me giro lentamente. Su expresión es cuidadosamente neutra, pero conozco a mi hermano. Está conectando puntos que preferiría mantener invisibles.

—¿A qué te refieres?

—La última vez que estuvo aquí, noté cierta... tensión entre vosotros.

Suelto una risa forzada.

—La pelirroja me odia. Y es mutuo —miento—. Es una listilla de Brooklyn que cree que puede plantarme cara.

Y me pone tan duro que me duele solo de pensarlo.

Alexei me mira fijamente unos segundos más, luego asiente.

—Bien. Porque es la mejor amiga de mi esposa. Y no quiero que Harper se disguste.

La advertencia está clara como el agua. No la cagues. No te acerques a ella. No compliques las cosas.

—Mensaje recibido —murmuro antes de salir, cerrando la puerta de golpe.

Camino por el pasillo a grandes zancadas, sintiendo que las paredes se cierran sobre mí. El aire acondicionado del casino parece insuficiente de repente. Me ahogo, necesito espacio.

En el ascensor privado, me apoyo contra la pared de espejo y observo mi reflejo. Estoy pálido, con una capa de sudor en la frente. Parezco un jodido adolescente. Esto es ridículo. Es solo una mujer. Una mujer que me detesta, por cierto.

Pero tú no la detestas, susurra una voz en mi cabeza. *Para nada*.

El ascensor se abre en la planta del casino y salgo como si me persiguieran. Cruzo entre las mesas de juego, ignorando los saludos de los empleados. Necesito salir, necesito aire. Necesito...

Necesitas follar, me digo a mí mismo. *Eso es todo. Hace demasiado tiempo*.

Me detengo en seco, a pocos metros de la entrada principal. ¿Cuánto hace exactamente que no echo un polvo? Intento recordar la última vez que estuve con una mujer. Fue... joder, fue antes de que Sloane visitara Las Vegas por primera vez. ¿Hace cuatro meses? ¿Cinco?

El impacto de la revelación me golpea como un puñetazo en el estómago. Nunca había pasado tanto tiempo sin sexo. Siempre he tenido un apetito voraz, una necesidad de perderme en cuerpos anónimos para silenciar el ruido en mi cabeza.

Y de repente, nada. Desde que la vi.

No voy a dedicar ni un segundo a analizar por qué. Hay explicaciones más sencillas. He estado ocupado. La guerra con los irlandeses. El embarazo de Harper. Demasiado estrés.

Lo que necesito es un polvo rápido. Alguien que me haga olvidar esos ojos verdes que me persiguen. Alguien que no sea ella.

El Molotov Lounge está en su hora punta cuando entro. Luces tenues, música electrónica a bajo volumen, el tintineo de hielo en vasos de cristal. Es el bar más exclusivo del casino, donde los ricos vienen a presumir y gastar. Donde las mujeres hermosas buscan hombres con dinero.

El barman me reconoce al instante —soy el puto dueño, después de todo— y me prepara un whisky sin que tenga que pedirlo. Double Macallan, sin hielo. Me siento en la barra, de espaldas a la pared, observando la sala.

No tardo en identificar las posibilidades. Una rubia en un vestido rojo que me mira desde su mesa. Una morena en la pista de baile que se mueve deliberadamente sensual cuando nota mi mirada. Incluso la camarera, que se inclina más de lo necesario cuando me sirve, mostrándome el escote.

Opciones. Fáciles. Disponibles. Solo tengo que elegir.

Bebo un trago largo, dejando que el whisky queme mi garganta. El alcohol calienta mi sangre, pero no consigue relajarme. Estoy demasiado tenso, como si cada músculo de mi cuerpo estuviera preparado para luchar. O follar.

La rubia hace su movimiento. Se acerca a la barra, fingiendo que quiere pedir una copa. Su perfume me llega antes que ella, dulzón y empalagoso. Demasiado intenso. Me revuelve el estómago.

—¿Te importa si me siento? —pregunta con una sonrisa ensayada, señalando el taburete vacío a mi lado.

Es guapa. Objetivamente guapa. Piernas largas, tetas perfectas —probablemente compradas—, labios carnosos pintados de rojo. Hace seis meses, ya la tendría contra la pared de los baños.

—Adelante —respondo, pero mi voz suena forzada incluso para mí.

Ella se sienta, cruzando las piernas deliberadamente para que su vestido se deslice hacia arriba. Habla de algo —no tengo ni puta idea de qué— mientras juega con el borde de su copa. Su mano se desliza «accidentalmente» sobre mi rodilla.

Y entonces lo siento. Una repulsión visceral, un rechazo absoluto. No quiero que me toque. No quiero oler su perfume artificial. No quiero escuchar su risa falsa.

No es *ella*.

No es pelirroja. No tiene ojos verdes que me desafían. No tiene esa sonrisa torcida que promete problemas. No me llamaría gilipollas a la cara.

No es Sloane.

Me levanto tan abruptamente que la rubia se sobresalta, derramando parte de su cóctel.

—Lo siento, tengo que irme —murmuro, dejando un billete de cien dólares en la barra por un whisky que apenas he tocado.

Salgo del bar sintiendo que me ahogo. El aire acondicionado del casino parece insuficiente, el ruido de las máquinas tragaperras me taladra el cerebro. Necesito golpear algo. O a alguien.

El gimnasio privado del casino está desierto a esta hora. Solo una luz fluorescente ilumina el espacio, proyectando sombras duras contra las paredes. Huele a sudor, a cuero viejo, a desinfectante. A realidad.

Me quito la camiseta de un tirón y la arrojo al suelo. Mis músculos se tensan bajo mi piel mientras envuelvo mis manos con vendas. No me molesto en ponerme guantes. Quiero sentir el dolor.

El primer golpe contra el saco es como una liberación. El impacto viaja desde mis nudillos hasta mi hombro, cargado de toda la frustración que he estado acumulando. Golpeo de nuevo. Y otra vez. Estableciendo un ritmo brutal.

Izquierda, derecha, gancho, uppercut.

El sudor comienza a resbalar por mi pecho, por mi espalda. Mi respiración se vuelve pesada, laboriosa. Los músculos arden de manera satisfactoria. Esto es lo que necesito. Dolor. Claridad. Control.

Pero su rostro sigue apareciendo en mi mente. Su pelo rojo como el fuego. Su expresión desafiante. La forma en que me miró la última vez, como si pudiera ver a través de todas mis capas hasta el monstruo que hay dentro.

Golpeo más fuerte. El saco se balancea violentamente, las cadenas crujen en protesta. Mis nudillos empiezan a sangrar, manchando las vendas blancas de rojo. No me importa. El dolor es bueno. El dolor es real. El dolor no es *ella*.

—¡JODER! —grito, descargando un último golpe devastador que hace que el saco se balancee como si fuera a desprenderse del techo.

Me detengo, jadeando. El corazón me martillea en los oídos. Las piernas me tiemblan.

¿Qué coño me pasa? ¿Qué clase de hechizo me ha lanzado esa mujer? Ni siquiera está aquí todavía y ya me está volviendo loco.

Cierro los ojos, intentando recuperar el aliento. La realidad me golpea con fuerza: estoy jodidamente obsesionado. Y ella va a estar aquí, a mi alcance, en tres días.

En la casa de mi hermano. Bajo mi protección.

Prohibida como el puto fruto original.

Una risa amarga se escapa de mi garganta. Si existe un dios, debe estar partiéndose de risa ahora mismo. Dimitri Morozov, el hombre que puede tener a cualquier mujer que desee, obsesionado con la única que no puede tocar.

Miro mis manos ensangrentadas. Estas manos que han matado. Que han torturado. Que han destruido. Manos como las mías no deberían tocarla nunca.

Y sin embargo, mientras me levanto y me dirijo a las duchas, sé que estoy perdido. Porque cuando Sloane Murphy ponga un pie en Las Vegas, todas mis buenas intenciones se irán a la mierda.

La mejor amiga de mi cuñada. La mujer que me odia. La única que me obsesiona.

Voy a mantenerme alejado de ella.

CAPÍTULO 4

SLOANE

La vibración del avión se cuela bajo mi piel mientras descendemos hacia Las Vegas. Llevo casi cinco horas atrapada en este tubo de metal, y cada minuto ha sido como una pequeña tortura. No porque odie volar —lo detesto, pero puedo soportarlo— sino porque cada segundo me acerca más a una misión para la que no estoy preparada.

Agente encubierta improvisada. Si no fuera tan aterrador, sería casi cómico.

El hombre de negocios sentado a mi lado ha intentado entablar conversación tres veces. Tres veces le he respondido con monosílabos, fingiendo interés en la revista de la aerolínea como si contuviera los secretos del universo. ¿Cómo explicarle que cada persona desconocida ahora me parece una amenaza potencial? ¿Que me pregunto si es un agente de los Morozov, un informante del FBI, o simplemente un tipo que vuelve a casa tras una convención de ventas en Nueva York?

Respiro hondo. La paranoia no me ayudará.

Cierro los ojos un momento, visualizando a Harper. Su sonrisa, su manera de inclinar ligeramente la cabeza cuando algo le divierte, cómo siempre tiene las manos manchadas de tinta o pintura. Mi mejor amiga. La persona que me conoce mejor que nadie en el mundo.

Y voy a mentirle.

Aunque sea por protegerla es una mentira.

Pero no puedo decirle la verdad de por qué estoy aquí porque no sé hasta qué punto está vigilada por Morozov.

El avión toca tierra con una sacudida que me devuelve bruscamente a la realidad. Gente aplaudiendo, cinturones desabrochándose, el caos ordenado de siempre. Pero esta vez, cada rostro me parece sospechoso, cada mirada casual una evaluación encubierta.

Nadie lo sabe, me repito como un mantra mientras espero a que abran las puertas. *Nadie puede saberlo*.

El aeropuerto Harry Reid es un asalto sensorial. Luces demasiado brillantes, pantallas gigantes anunciando espectáculos de Cirque du Soleil y residencias de Céline Dion. Las Vegas no pierde tiempo en recordarte dónde estás.

Recupero mi maleta y me dirijo hacia la salida, escaneando automáticamente cada rincón. Busco rostros conocidos. Pero sobre todo, temo y anhelo a partes iguales encontrar un par de ojos grises, una mandíbula tensa, un cuerpo que parece hecho para intimidar.

Dimitri.

El pensamiento de verlo hace que mi estómago dé un vuelco traicionero. Una mezcla de ansiedad y nervios me recorren la columna.

Atravieso las puertas de cristal hacia la zona de llegadas y entonces la veo. Harper. Mi Harper.

Está de pie junto a una columna, con una sonrisa radiante y un cartel ridículo con mi nombre rodeado de estrellas y purpurina. Tan típico de ella. Tan...

Me quedo paralizada a mitad de paso.

¿Qué demonios?

Algo es diferente. Harper lleva un vestido suelto de color melocotón que cae en pliegues elegantes. Su rostro parece más redondeado, con un brillo especial en la piel. Y entonces mi mirada baja hacia su vientre y...

Oh, Dios mío.

Harper está embarazada. Inequívocamente, obviamente embarazada.

El tiempo se congela mientras mi cerebro procesa esta nueva realidad. Harper. Embarazada. Un bebé. El bebé de Alexei Morozov. Va a tener un hijo con el hombre que la secuestró.

—¡SLOANE!

Su grito rompe mi estado de shock. Harper corre hacia mí, sorteando turistas, su cartel olvidado en el suelo. Cuando se lanza a mis brazos, la recibo automáticamente, pero mi cuerpo se siente desconectado, como si estuviera observando la escena desde fuera.

—¡Te he echado tanto de menos! —exclama contra mi hombro.

La abrazo con fuerza, intentando encontrar a mi Harper bajo esta nueva versión. Su cuerpo se siente diferente contra el mío. Más suave. Más cálido. Y entre nosotras, esa protuberancia innegable que lo cambia todo.

—Harper... —consigo articular cuando nos separamos. Mis ojos caen inevitablemente a su vientre.

Ella sigue mi mirada y se muerde el labio, con una mezcla de nerviosismo y orgullo.

—Sorpresa —dice, con una sonrisa tímida, llevando instintivamente una mano a su abdomen—. Quería decírtelo en persona. Es... es un niño. Estoy de cuatro meses y medio.

Un niño. Un pequeño Morozov creciendo dentro de mi mejor amiga.

Veo a Alexei acercarse por el rabillo del ojo. Alto, elegante, con ese aire de autoridad innata que hace que la gente se aparte inconscientemente de su camino. Pero lo que me desconcierta es su expresión. No es el rostro frío del mafioso que esperaba. Hay algo en la forma en que mira a Harper... una mezcla de orgullo y algo que se parece a la devoción.

—Felicidades —digo finalmente, y mi voz suena extraña incluso para mí. ¿Estoy felicitando a mi amiga por estar embarazada de su secuestrador? ¿O estoy felicitando a una mujer genuinamente enamorada de su esposo?

Harper me estudia con esa mirada perspicaz que siempre ha tenido, como si pudiera leer a través de mí.

—¿Estás bien? Pareces... no sé. ¿Preocupada?

—¡Sí! Digo, no. Estoy sorprendida, pero... —Me obligo a sonreír, a encontrar palabras que suenen sinceras—. Es maravilloso, Harp. Es solo que... wow. Un bebé. Es mucho que procesar.

Harper sonríe, aceptando mi explicación.

—Lo sé. A mí también me llevó tiempo asimilarlo.

Alexei llega junto a nosotras, colocando una mano protectora en la parte baja de la espalda de Harper. El gesto es tan natural, tan íntimo, que me desconcierta completamente.

—Señorita Murphy —su voz es profunda, con ese acento ruso apenas perceptible—. Bienvenida a Las Vegas.

—Gracias por recibirme —respondo automáticamente, estrechando su mano. Su apretón es firme pero controlado, como todo en él.

Harper entrelaza su brazo con el mío, prácticamente vibrando de emoción.

—Vamos a casa. Tengo tantas cosas que enseñarte, y ahora que sabes lo del bebé, ¡puedes ayudarme con la habitación! Tengo mil ideas, pero necesito tu opinión.

Mientras Harper habla sin parar, me dejo guiar hacia la salida, donde un imponente Escalade negro nos espera. El conductor —claramente un guardaespaldas disfrazado de chófer— nos abre la puerta con deferencia. Noto la presencia de al menos dos hombres más, vigilando discretamente nuestro entorno.

¿Protección o vigilancia? ¿Seguridad o prisión?

Me deslizo en el asiento trasero junto a Harper, que sigue entusiasmada con planes para el bebé. Miro por la ventanilla mientras el vehículo se incorpora al tráfico, las luces de Las Vegas brillando como promesas en la distancia.

La misión acaba de complicarse exponencialmente.

Si Harper está realmente cautiva, si este embarazo es parte de un plan macabro de Morozov para atarla a él... entonces mi trabajo es más importante que nunca.

Pero si Harper está genuinamente enamorada, si ese niño es fruto del amor y no de la manipulación... entonces estoy a punto de traicionar a mi mejor amiga de la peor manera posible.

Y por encima de todo, una pregunta martillea en mi mente: ¿dónde está Dimitri? ¿Por qué no ha venido con ellos?

La mano de Harper encuentra la mía sobre el asiento de cuero.

—Dios, Sloane, no puedo creer que estés aquí —dice, con los ojos brillantes de emoción—. Va a ser como en los viejos tiempos. Bueno, con algunas diferencias obvias —añade, señalando su vientre con una risita.

Le devuelvo la sonrisa, ignorando el peso del teléfono encriptado en mi bolso, la culpa ácida en mi estómago, el miedo constante a ser descubierta.

—Sí, como en los viejos tiempos.

Las mentiras ya han comenzado. Y siento que esta es solo la primera de muchas.

CAPÍTULO 5

DIMITRI

—¿Seguro que no puedes acompañarnos al aeropuerto? —La voz de Alexei suena a través del teléfono, cargada de esa sospecha sutil que siempre ha tenido cuando sabe que le estoy mintiendo.

Me paso la mano por el pelo, apretando el móvil contra mi oreja mientras miro por la ventana del despacho hacia el Strip. La mañana de Las Vegas es un espejismo de normalidad: turistas, taxis, el sol incendiando los cristales de los hoteles.

—Tengo una reunión con los jefes de seguridad del perímetro sur —miento con fluidez—. Y luego debo interrogar a los irlandeses que capturamos anoche.

El silencio al otro lado de la línea me dice que Alexei no me cree.

—De acuerdo —dice finalmente—. Estaremos de vuelta en unas dos horas.

Dos horas. Ciento veinte minutos hasta que ella esté aquí. En nuestro casino. En nuestro territorio.

—Yuri se encargará de todo. Me he asegurado de que el perímetro esté blindado.

Otra pausa.

—Dimitri... —Alexei rara vez utiliza ese tono, mitad hermano mayor, mitad padre—. Sea lo que sea lo que está pasando por tu cabeza, recuerda que Sloane es la mejor amiga de mi esposa. Mi esposa embarazada.

Me froto la frente, sintiendo el inicio de un dolor de cabeza punzante.

—No está pasando nada —gruño, y al menos eso es verdad.

Cuelgo antes de que pueda decir algo más. Antes de que pueda diseccionar más mi comportamiento con esa puta intuición que ha

perfeccionado desde que éramos críos.

Las dos horas siguientes son una tortura. Deambulo por el casino como un animal enjaulado, ladrando órdenes innecesarias, revisando sistemas de seguridad que ya están funcionando perfectamente, intimidando a empleados que no han hecho nada malo.

—Señor Morozov —El jefe de los crupiers, un tipo experimentado que lleva con nosotros desde la apertura, me intercepta cerca de las ruletas—. Sobre el nuevo sistema de rotación que ha propuesto...

—Ahora no —lo corto, sin siquiera aminorar el paso.

Su cara cae, pero se aparta de mi camino. Como todos. Siempre. El temible Dimitri Morozov. El perro de ataque de la familia. El monstruo que todos evitan.

Mi teléfono vibra en el bolsillo. Un mensaje de Yuri: «Escalade a cinco minutos. Entrada sur del garaje».

Han llegado. Está llegando. *Ella* está llegando.

Mi corazón se acelera mientras me dirijo al ascensor privado. Pulso el botón del nivel de seguridad con más fuerza de la necesaria. El descenso se me hace eterno, aunque solo son cuatro pisos.

La sala de control es el cerebro del casino. Veinticuatro pantallas que muestran cada rincón de The Tsarina, operadas por un equipo de seis personas en turnos rotatorios. Cuando entro, tres técnicos monitorean las cámaras, hablando por sus micrófonos con los guardias repartidos por el edificio.

—Fuera —ordeno, sin preámbulos.

Los tres me miran, confundidos.

—Pero señor, estamos en medio del cambio de turno y... —comienza el supervisor.

—He dicho fuera.

Mi voz sale más baja, más controlada. Es la voz que uso antes de romperle la cara a alguien. Lo saben. Todo el mundo lo sabe.

No necesito repetirlo. En treinta segundos la sala está vacía, solo quedamos yo y el zumbido de los equipos electrónicos.

Me siento en la silla central, frente al panel principal. Mis dedos vuelan sobre el teclado, localizando las cámaras del garaje sur. Ajusto el enfoque, ampliando la entrada. Y espero.

El Escalade negro aparece puntual como un reloj suizo, deslizándose por la rampa de acceso con la elegancia silenciosa de un depredador. Se detiene exactamente en el punto designado, entre dos columnas. La iluminación es perfecta para las cámaras de seguridad.

Contengo el puto aliento.

El chófer sale primero, dando la vuelta para abrir la puerta trasera. Alexei emerge como lo que es: un rey en su dominio. Ofrece su mano y ayuda a Harper a salir. Mi cuñada, con su vientre ligeramente redondeado bajo un vestido suelto, sonríe mientras señala algo en el interior del vehículo.

Y entonces...

Joder.

Es como si alguien me hubiera golpeado directamente en el plexo solar. El aire abandona mis pulmones en un suspiro involuntario.

Sloane Murphy emerge del Escalade como una aparición de fuego. Su cabello pelirrojo brilla incluso bajo la luz artificial del garaje, recogido en una coleta alta que deja al descubierto la delicada curva de su cuello. Lleva su cazadora de cuero, la misma de las fotos que he estudiado con enfermiza devoción, jeans negros ajustados y botas militares que añaden un par de centímetros a su altura.

Pero no es su apariencia lo que me golpea con más fuerza. Es su actitud. La forma en que se mueve, como un animal salvaje en territorio extraño: cautelosa, alerta, evaluando cada sombra. Desconfiada. Lista para la pelea.

Uno de los guardaespaldas se acerca e intenta coger su maleta. Casi me río cuando veo su reacción. Retrocede un paso, agarrando el asa con más fuerza, y le lanza una mirada que podría congelar el infierno. Sacude la cabeza y dice algo que no puedo oír, pero leo perfectamente en sus labios un «puedo yo sola, gracias» que parece más un «no me toques las narices».

Mi polla se endurece instantáneamente bajo los vaqueros. No debería excitarme tanto esa actitud desafiante, esa independencia feroz, pero es como si hubiera sido diseñada específicamente para

despertar mis instintos más primitivos. El deseo de domarla. De protegerla. De ser el único al que permita acercarse.

Estás enfermo, Dimitri. Profundamente jodido.

Pero no puedo apartar la mirada.

Pulso una serie de comandos y cambio a las cámaras que seguirán su recorrido. La veo caminar junto a Harper, que habla sin parar, gesticulando con entusiasmo. Alexei las sigue a unos pasos, su postura protectora, sus ojos escaneando constantemente el entorno por posibles amenazas.

Me fijo en cómo Sloane estudia todo discretamente. No es el comportamiento normal de una turista, ni siquiera de alguien que visita a un amigo. Es el comportamiento de alguien que evalúa un territorio hostil.

Inteligente. Cautelosa. Perfecta para sobrevivir en nuestro mundo. A pesar de que no saber que existe.

Me pregunto qué haría si descubriese que somos unos asesinos.

Sloane está completamente fuera de mi alcance.

Llegan al ascensor privado. Cambio a la cámara interior. Sloane entra la última, situándose en una esquina, manteniendo su espacio. Cuando las puertas se cierran, veo cómo exhala lentamente, un gesto casi imperceptible de alivio. O de resignación.

El ascensor los llevará directamente al ático de Alexei. A la parte del casino al que no tengo acceso visual. Mi hermano es estricto respecto a la privacidad de su hogar: solo él tiene acceso a las cámaras.

Mis dedos se detienen sobre el teclado, tentados de hacer algo que nunca he hecho: piratear el sistema de Alexei, acceder a las cámaras que tiene instaladas. Podría verla. Seguir observándola.

Podrías convertirte oficialmente en un acosador.

Retiro las manos como si el teclado quemara. Me froto la cara, sintiendo la aspereza de mi barba incipiente, el sudor frío en la frente. ¿Qué coño me está pasando? Esto no soy yo. Yo no me obsesiono. Yo tomo lo que quiero y luego lo olvido.

Pero ella... ella es diferente.

La pantalla cambia automáticamente cuando el ascensor llega a su destino. Los veo salir, Sloane siempre la última. Alexei introduce

el código en el panel de seguridad y las puertas del ático se abren. Harper entra primero, tirando de Sloane con entusiasmo. Mi hermano las sigue, y las puertas se cierran.

Se ha ido. Está fuera de mi vista.

Me reclino en la silla, sintiendo un vacío extraño en el pecho. La tensión de mis músculos comienza a disiparse, dejando un cansancio que se me instala en los huesos. Como si hubiera estado sosteniendo un peso imposible y finalmente pudiera dejarlo caer.

Durante unos minutos, me quedo mirando la pantalla vacía, incapaz de moverme. Luego, con un gruñido, me levanto de golpe. La silla cae hacia atrás, estrellándose contra el suelo con un estruendo metálico.

No. No voy a hacer esto. No voy a convertirme en un puto adolescente obsesionado. Ella es la amiga de Harper. Intocable. Prohibida.

Y aunque no lo fuera... ¿qué podría ofrecerle yo? ¿Manos manchadas de sangre? ¿Un corazón que no sabe sentir nada más que ira y lujuria? ¿Una vida rodeada de violencia y muerte?

Sloane Murphy merece algo mejor que un monstruo como yo.

Salgo de la sala de control, cerrando la puerta con todas mis fuerzas. Los técnicos de seguridad esperan en el pasillo, inquietos, sin atreverse a preguntar cuándo pueden volver a sus puestos.

—Todo vuestro —gruño al pasar junto a ellos.

Necesito salir de aquí. Necesito aire. Necesito olvidar que está a unos pisos de distancia, bajo el mismo techo, respirando el mismo aire.

Me dirijo a mi coche. Conduciré hasta el desierto. Dispararé a latas vacías. Golpearé un saco hasta que me sangren los nudillos. Lo que sea necesario para quemar esta energía que me consume desde dentro.

Porque la única alternativa es rendirme a esta obsesión.

No. Mantendré mi distancia. Me alejaré de Sloane Murphy, aunque me mate.

El problema es que, con cada fibra de mi ser, sé que acabaré incumpliendo esa promesa.

CAPÍTULO 6

SLOANE

Dos días en el ático de los Morozov y mi misión se complica por momentos.

El problema no es la falta de acceso —Harper me ha mostrado prácticamente cada rincón del piso— sino lo que estoy viendo. Porque cuanto más observo a Harper y Alexei juntos, menos encajan en el patrón de secuestrador y víctima que me describió el FBI.

Es en los pequeños detalles donde más lo noto: la forma en que Harper sonríe cuando Alexei entra en una habitación; cómo él, inconscientemente, coloca su mano en la parte baja de su espalda cuando caminan juntos; las miradas que intercambian cuando creen que nadie les presta atención.

—¿Quieres más tostadas? —Harper interrumpe mis pensamientos, sosteniendo un plato frente a mí. Estamos desayunando en la terraza, el sol de la mañana bañando Las Vegas en un resplandor dorado.

—No, gracias —respondo, tomando un sorbo de mi café—. Si sigo comiendo así durante mi estancia, mañana tendré que ir a la universidad rodando.

Harper se ríe, ese sonido familiar que me transporta a nuestros años en Brooklyn. Parece feliz. Genuinamente feliz.

—¿Qué tal has dormido? —pregunta, untando mermelada en su tostada—. ¿La habitación es cómoda?

—Como si estuviera en un hotel de cinco estrellas —admito—. Ese colchón probablemente cuesta más que todo nuestro apartamento en Nueva York.

Las puertas de cristal se deslizan, y Alexei emerge a la terraza, impecablemente vestido en un traje oscuro a pesar de ser domingo.

—Buenos días —saluda, su voz profunda y formal como siempre.

—Buenos días —respondo, observándole mientras se inclina para besar a Harper.

Es un beso breve pero cargado de intimidad. Su mano encuentra automáticamente el vientre redondeado de Harper, un gesto protector que he notado que repite constantemente. No es la actitud de un hombre que retiene a alguien contra su voluntad.

—¿Has dormido bien? —pregunta Alexei, tomando asiento junto a Harper.

—Perfectamente, gracias —digo, y añado sin poder evitarlo—: Este sitio hace que nuestro apartamento en Brooklyn parezca una caja de zapatos.

Una sonrisa fugaz cruza su rostro, suavizando por un momento sus rasgos severos.

—Me alegra que estés cómoda.

—Mañana empiezan tus clases, ¿verdad? —interviene Harper—. ¿Estás nerviosa?

—Un poco —admito, agradecida por el cambio de tema—. Incorporarse con las clases empezadas siempre es complicado.

—Seguro que lo harás genial —dice Harper—. Siempre has sido la lista de las dos.

—Dice la diseñadora a la que le ofrecieron un puesto en tres estudios diferentes antes de graduarse —replico, provocando otra risa en ella.

—Hablando de eso —Harper se ilumina—, tengo que enseñarte mi estudio. Alexei me ha dado un espacio increíble aquí mismo.

Miro a Alexei, cuya expresión refleja un orgullo que no encaja con la imagen del mafioso manipulador que me pintaron.

—¿Un estudio aquí? —pregunto.

—En el mismo piso en el que está el departamento de marketing —explica Harper—. Es... bueno, ya lo verás. Es perfecto.

Después del desayuno, Alexei se despide para atender «asuntos del casino», y Harper me lleva a su santuario creativo. El espacio me deja sin palabras. Ocupa toda una habitación enorme, con ventanales que ofrecen vistas panorámicas de las montañas. Está equipado con tecnología de diseño de última generación: tabletas

gráficas profesionales, pantallas calibradas para color, impresoras de alta definición.

—Harper, esto es... —me falta el aliento mientras recorro el espacio— increíble.

—Lo sé —sonríe, pasando la mano por una de las mesas de trabajo—. Alexei lo preparó por sorpresa, basándose en las imágenes de lo que yo quería.

Examino algunos de los bocetos digitales en las pantallas. Son inconfundiblemente del estilo de Harper, pero hay una madurez nueva en ellos.

—¿Solo trabajas para el casino? —pregunto, viendo el logo de The Tsarina en varios diseños.

—Principalmente —asiente—. Estoy rediseñando toda su identidad visual. Pero también mantengo algunos clientes independientes.

Pasamos horas allí, con Harper mostrándome proyectos y explicándome sus planes futuros. Es la misma Harper apasionada de siempre, pero con una serenidad nueva que antes no tenía.

Para media tarde, después de un almuerzo ligero, siento la familiar inquietud que me invade cuando llevo demasiado tiempo sin actividad física.

—¿Tienes un gimnasio en este palacio? —pregunto, estirando los brazos—. Necesito moverme o me volveré loca.

Harper sonríe, conocedora.

—Sabía que lo preguntarías pronto. No has cambiado nada —se acaricia suavemente el vientre—. Yo también debería hacer algo de ejercicio. El médico dice que es bueno para el embarazo.

—¿Entonces sí hay gimnasio?

—Por supuesto. Varios pisos más abajo, en el área privada. Es increíble, tiene un equipamiento que haría llorar a tu entrenador Morrison.

Recuerdo a mi viejo instructor en Brooklyn, un ex militar que consideraba que cualquier máquina posterior a 1990 era «para débiles».

Nos cambiamos en el ático. Mientras descendemos en el ascensor privado, siento la familiar anticipación pre-entrenamiento, ese cosquilleo que siempre me ayuda a aclarar la mente.

Y Dios sabe que necesito claridad ahora mismo.

El ascensor se abre directamente en un pasillo elegante con paredes de madera oscura. Harper me guía hacia unas puertas dobles al final del corredor.

—Es una zona exclusiva para residentes VIP y ejecutivos —explica —. Normalmente está bastante vacío a esta hora.

Cuando abrimos las puertas, lo primero que me golpea es el sonido. Gruñidos masculinos. Golpes secos. Órdenes gritadas en lo que suena como ruso.

El gimnasio es enorme, con equipamiento de última generación distribuido por toda la sala. Pero lo que domina el espacio es un ring de boxeo profesional en el centro, rodeado por unos diez hombres que observan lo que ocurre en su interior.

Y entonces lo veo.

Dimitri.

El gran desaparecido desde que he llegado.

No es como si me importase lo más mínimo no haberlo visto.

Mi mirada se centra en él y siento como si alguien hubiera succionado todo el oxígeno de la habitación.

Está en el ring, sin camiseta. Tiene el cuerpo cubierto por una fina capa de sudor que hace brillar sus tatuajes bajo las luces. Sus músculos —y hay muchos— se tensan y flexionan mientras se mueve con una agilidad sorprendente para alguien de su tamaño. Su oponente es más alto, pero Dimitri lo maneja como si fuera un principiante.

No es su físico lo que me deja sin aliento, aunque Dios sabe que es impresionante. Es la intensidad en su rostro. La concentración absoluta. No hay rabia descontrolada en su expresión, sino algo más disciplinado, más aterrador. Es la mirada de alguien que ha convertido la violencia en un arte preciso.

Esquiva un golpe con una fluidez que desafía su corpulencia y contraataca con una combinación que hace retroceder a su oponente hasta las cuerdas. Hay crueldad en sus movimientos, eficiencia calculada. Cada golpe tiene un propósito.

Maldita sea. Siento un calor traicionero expandiéndose por mi vientre. ¿En serio, Sloane? ¿Te excita ver a un criminal golpeando a

alguien?

Aparentemente, sí.

Uno de los hombres que rodean el ring nos ve y se queda inmóvil. Como un efecto dominó, el resto gira la cabeza hacia nosotras. El silencio cae sobre la sala.

El oponente de Dimitri, aprovechando su distracción momentánea, lanza un golpe que conecta con su mandíbula. El sonido del impacto resuena en el silencio.

Dimitri apenas parpadea. Lentamente, gira la cabeza hacia la entrada. Hacia nosotras. Hacia mí.

Nuestras miradas se encuentran a través de la sala. El reconocimiento se refleja en sus ojos, seguido por algo más oscuro. Algo que hace que mi piel se erice como si hubiera rozado un cable eléctrico.

En un movimiento fluido, Dimitri sujeta el brazo de su oponente que venía con otro golpe, lo inmoviliza con una llave y dice algo en ruso. El hombre asiente, dando un paso atrás.

—El entrenamiento ha terminado por hoy —anuncia, su voz retumbando en el silencio.

Los hombres comienzan a dispersarse con una eficiencia que me confirma que esto no era una sesión casual entre amigos. Era algo más organizado. Más profesional.

Dimitri salta fuera del ring con una agilidad sorprendente. Agarra una toalla y se seca el sudor del rostro y el pecho. Aunque no nos mira directamente, siento como si fuera dolorosamente consciente de nuestra presencia.

—Hola, Dimitri —saluda Harper, rompiendo la tensión.

Él asiente brevemente.

—Harper —su mirada se desliza hacia mí, apenas un segundo, pero suficiente para que sienta un escalofrío recorrerme la columna —. Murphy.

Solo dice mi apellido, pronunciado como si fuera algo desagradable.

—Morozov —respondo con el mismo tono frío, negándome a mostrar cualquier reacción—. Veo que sigues igual de encantador.

Un músculo se tensa en su mandíbula. Sin decir más, agarra una camiseta negra que colgaba de las cuerdas del ring y se la pone de un tirón. La tela se estira sobre su torso, y me odio a mí misma por seguir el movimiento con la mirada.

—El gimnasio es todo vuestro —dice, dirigiéndose a la salida—. Los hombres tienen órdenes de no molestaros.

Y sin más, se va. Sin mirar atrás. Como si no pudiera alejarse lo suficientemente rápido de nosotras. De mí.

Harper suelta un silbido bajo cuando la puerta se cierra tras él.

—Bueno, eso ha sido... intenso.

—Es un idiota —murmuro, fingiendo indiferencia.

—Es un hombre… complicado —dice Harper con una expresión pensativa.

Me distraigo configurando una cinta de correr. No me interesa lo más mínimo Dimitri Morozov.

No es mi problema.

Lo único que tengo que hacer es ignorar esta atracción traicionera que siento hacia un hombre que, si descubriera quién soy realmente, probablemente me mataría sin dudarlo.

Brillante, Sloane. Simplemente brillante.

CAPÍTULO 7

SLOANE

—¿Voy a tener guardaespaldas? —Mi voz suena más aguda de lo que pretendía—. ¿Estás de broma?

Harper suspira, dejando sobre la cama la pila de toallas limpias que acaba de traer para mi habitación. La luz tenue de las lámparas de noche proyecta sombras suaves sobre su rostro, suavizando los bordes de una expresión que me dice que esto no es negociable.

—Lo siento, debería habértelo mencionado antes —dice, sentándose en el borde del colchón—. Cada vez que salgas del casino, tendrás dos hombres contigo.

Me dejo caer en la silla frente al tocador, sintiendo cómo mi plan se complica por momentos. ¿Cómo voy a investigar con dos gorilas siguiéndome a todas partes?

—¿Por qué? —pregunto, intentando que suene como una pregunta inocente y no como el interrogatorio de alguien que oculta algo—. ¿Tú también los tienes?

Harper asiente, acariciando distraídamente su vientre redondeado.

—Claro. Es estándar para la familia y... personas cercanas.

—Harper, esto es absurdo —protesto, levantándome de golpe—. No necesito niñeras. Sé cuidar de mí misma. He vivido en los peores barrios de Brooklyn, por el amor de Dios.

—No es negociable, Sloane —su voz es suave pero firme—. Alexei es un hombre extremadamente rico. Eso nos convierte en objetivos potenciales para secuestros, extorsiones...

—¿Te estás escuchando? —interrumpo—. ¿Secuestros? ¿Qué clase de negocio tiene exactamente tu marido?

Un silencio incómodo se instala entre nosotras. Harper me mira con esa expresión que conozco demasiado bien: está eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Es un casino, Sloane —responde finalmente—. En Las Vegas. Hay millones pasando por sus manos cada día. No es tan descabellado.

La observo con atención, buscando signos de que está mintiendo, de que está asustada. Pero todo lo que veo es la determinación tranquila de una mujer que ha aceptado completamente su nueva realidad.

—Esto es una locura —murmuro, pasándome las manos por el pelo—. No voy a tener a dos matones siguiéndome a la universidad, a la cafetería... No es negociable.

—No es conmigo con quien tienes que negociar esto —dice Harper con un suspiro resignado—. Y, sinceramente, lo siento, pero estoy de acuerdo con Alexei. Es por tu seguridad.

—¿Con quién tengo que hablar entonces? ¿Con tu marido? —pregunto, sintiendo la frustración crecer dentro de mí.

Harper niega con la cabeza.

—Con Dimitri. Es… el jefe de seguridad.

El nombre cae como una piedra en mi estómago.

—¿Dimitri? ¿El mismo que prácticamente salió huyendo cuando nos vio en el gimnasio? ¿El que no ha tenido la decencia de saludarme en dos días?

—Sé que no te cae... bien —dice Harper cautelosamente—. Pero es bueno en lo que hace. El mejor, según Alexei.

—¿Caerme mal? —repito con una risa seca—. Claro que me cae mal, ¡es un completo idiota!

—Mira, podemos hablar con él mañana —sugiere Harper, moviéndose con cuidado por su embarazo—. Es tarde y seguro que está durmiendo y mañana tienes tu primer día de clases. Necesitas descansar.

—¿Dónde vive? —pregunto abruptamente.

Harper me mira con sorpresa.

—¿Qué?

—Dimitri —insisto—. ¿Dónde vive? Si quiere ponerme niñeros, va a tener que decírmelo a la cara.

—Sloane, no creo que sea el momento...

—¿Dónde, Harper?

Suspira, derrotada.

—Un piso más abajo. Toda la planta es de él. Su casa es una gemela de la nuestra.

Sin pensármelo dos veces, me dirijo a la puerta.

—Sloane, por Dios —protesta Harper—. Son casi las once de la noche. Y estás en pijama.

Bajo la mirada. Efectivamente, llevo unos shorts cortos de algodón y una camiseta de tirantes desgastada, mi atuendo habitual para dormir. Pero la indignación pesa más que el sentido común.

—Me da igual.

—Al menos ponte algo encima —suplica, lanzándome una bata de seda que cuelga del armario.

La agarro al vuelo, pero la dejo caer sobre la cama. Estoy demasiado cabreada para pensar en mi aspecto.

—Volveré pronto —digo, saliendo por la puerta antes de que pueda protestar más.

El pasillo del edificio grita opulencia, con una alfombra que amortigua mis pasos descalzos. Cojo el ascensor privado, pulsando el botón que indica un nivel por debajo.

Mientras desciendo, la adrenalina inicial comienza a mezclarse con algo más. ¿Nervios? Quizás. ¿Anticipación? Absolutamente no. Lo único que siento por Dimitri Morozov es irritación. Pura y simple irritación.

O al menos eso es lo que me repito mientras las puertas del ascensor se abren.

El pasillo de este piso es más oscuro, con iluminación indirecta que proyecta sombras dramáticas. Camino hacia la única puerta del vestíbulo.

La puerta de entrada es de madera oscura con un discreto panel de seguridad al lado. No hay nombre, pero la puerta exuda la misma arrogante presencia que su dueño.

Sin darme tiempo para pararme a reconsiderar lo que estoy haciendo, levanto el puño y golpeo. Tres veces. Fuerte. Cuando no hay respuesta inmediata, localizo el timbre y lo presiono repetidamente. Una. Dos. Tres veces.

Lo mantengo pulsado, el sonido estridente reverberando a través de la puerta cerrada.

Vamos. Seguro que estás ahí.

Justo cuando estoy a punto de golpear de nuevo, la puerta se abre de golpe.

Y el aire abandona mis pulmones.

Dimitri Morozov está ante mí, su rostro está ensombrecido por una mezcla de sorpresa e irritación. Pero no es su expresión lo que me paraliza.

Es que está prácticamente desnudo.

Su torso —ese mismo torso que he visto brevemente en el gimnasio— está completamente expuesto, cada músculo definido bajo la luz tenue del pasillo. Tatuajes intrincados cubren sus hombros y descienden por sus brazos y pecho hasta perderse bajo la cintura de sus vaqueros. Vaqueros que, me doy cuenta con un golpe de calor, están completamente desabrochados, revelando una fina línea de vello oscuro que desciende desde su ombligo y desaparece bajo la tela.

Mis ojos recorren involuntariamente su cuerpo, registrando detalles como si mi cerebro quisiera grabarlos a fuego: la cicatriz que atraviesa su costado derecho; otra más pequeña sobre su clavícula; el tatuaje de lo que parece una iglesia ortodoxa rusa en su pectoral izquierdo.

Su piel emite un calor casi palpable, y percibo el aroma que emana de él: una mezcla de jabón caro, whisky y algo más primitivo, puramente masculino.

Cuando finalmente logro elevar mi mirada hasta su rostro, encuentro sus ojos grises observándome con una intensidad que me provoca un escalofrío que no tiene nada que ver con el frío del pasillo.

—¿Qué coño haces aquí? —Su voz es un gruñido bajo, áspero, con ese acento ruso más marcado que el de su hermano.

Abro la boca para responder, pero por primera vez en mi vida, las palabras se niegan a salir. Mi cerebro parece haber cortocircuitado, todas mis quejas perfectamente articuladas ahora parecen perdidas en el vacío.

Porque, maldita sea, ¿cómo se supone que voy a discutir sobre guardaespaldas cuando todo mi cuerpo está respondiendo a su presencia como un instrumento perfectamente afinado?

CAPÍTULO 8

DIMITRI

Los números bailan frente a mis ojos, negándose a formar patrones coherentes. Llevo media hora intentando organizar los turnos de seguridad para la próxima semana, pero mi cerebro tiene otros planes. Concretamente, reproducir en bucle la imagen de Sloane en el gimnasio.

Sloane en esas malditas mallas negras que se pegaban a sus piernas como una segunda piel. Sloane con esa camiseta abierta en los laterales que dejaba entrever su sujetador deportivo luchando heroicamente contra unas tetas que imagino perfectas. Sloane observándome desde la puerta, con esa mirada verde que parece atravesarme.

Joder.

Arrojo la tablet sobre el sofá de cuero y me froto la cara con ambas manos. Esto es patético. Me estoy comportando como un adolescente calenturiento, no como el segundo al mando de la Bratva Morozov.

El whisky en mi vaso —mi tercero de la noche— ya no ofrece el alivio que buscaba. El apartamento de repente se siente demasiado pequeño, el aire demasiado denso, mi piel demasiado sensible.

Me levanto de un salto y comienzo a pasear por el salón como una bestia enjaulada. Las luces de Las Vegas parpadean al otro lado de los ventanales, indiferentes a mi tormento. Quinientos metros cuadrados de lujo absoluto, y me siento asfixiado.

Con un gruñido de frustración, me quito la camiseta de un tirón y la lanzo al otro extremo de la habitación. El aire fresco del aire acondicionado contra mi piel sobrecalentada proporciona un alivio momentáneo.

No es suficiente. Nada lo es.

Vuelvo a dejarme caer en el sofá, mis dedos ya trabajando en los botones de mis vaqueros. No sería la primera vez que me masturbo pensando en ella, aunque me maldiga a mí mismo después. Al menos así conseguiría aliviar esta tensión insoportable, me permitiría pensar con claridad.

Acabo de desabrochar el primer botón de mis pantalones cuando un estruendo rompe el silencio. Alguien está golpeando mi puerta como si quisiera derribarla. El timbre comienza a sonar insistentemente, un chirrido eléctrico que taladra mis tímpanos.

—¡QUÉ COÑO! —rujo, levantándome de un salto.

¿Quién demonios se atreve a venir a mi casa a estas horas? Si es Viktor con otro de sus problemas legales, juro que lo lanzaré por el balcón. Y si es alguno de los hombres con un informe que podría haber esperado hasta mañana...

Atravieso el apartamento a grandes zancadas, la ira aumentando con cada paso. El timbre sigue sonando, ahora mantenido de forma continua. Quien sea, está pidiendo a gritos que le rompa la cara.

Agarro el pomo de la puerta y tiro con fuerza, listo para descargar mi furia sobre el idiota que ha interrumpido mi patética sesión de autocompasión.

Y entonces su imagen me golpea.

Sloane está en mi puerta. En pijama. Un pijama que deja muy poco a la imaginación.

Mi cerebro registra detalles a toda velocidad: sus piernas largas y tonificadas expuestas por unos shorts ridículamente cortos; la camiseta de tirantes que se ciñe a sus pechos; su pelo pelirrojo recogido en un moño descuidado que deja escapar algunos mechones rebeldes alrededor de su cara; sus pies descalzos con las uñas pintadas de un rojo oscuro.

Madre de Dios.

Un calor feroz se extiende desde mi pecho hasta mi entrepierna. Mi erección, que había comenzado a desvanecerse con la interrupción, regresa con venganza. Agradezco que la luz del pasillo sea tenue, porque estoy seguro de que se notaría a través de mis vaqueros desabrochados.

Observo cómo sus ojos recorren mi torso desnudo, deteniéndose en mis tatuajes, en las cicatrices que narran una vida de violencia. Casi puedo sentir su mirada como un toque físico, caliente y eléctrico sobre mi piel.

Cuando finalmente nuestros ojos se encuentran, veo algo en los suyos que me sorprende. No es miedo. No es asco. Es...

¿Deseo?

No. Imposible.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunto, mi voz suena más ronca de lo que pretendía.

Ella parece sobresaltarse, como si despertara de un trance. Abre la boca, la cierra, vuelve a abrirla. Es la primera vez que veo a Sloane quedarse sin palabras, y una parte de mí disfruta profundamente de su desconcierto.

—Yo... —Carraspea, irguiéndose. La guerra regresa a su mirada—. Tenemos que hablar.

—¿A las once de la noche? —Arqueo una ceja—. ¿Vestida así?

Un rubor sube por su cuello hasta sus mejillas. Delicioso.

—No voy a disculparme por mi atuendo —dice, levantando la barbilla en ese gesto desafiante que me provoca impulsos contradictorios: doblegarla o adorarla—. Harper me ha dicho que pretendes asignarme guardaespaldas.

Así que es eso. Debería haberlo imaginado.

—No es una pretensión —respondo, cruzando los brazos sobre mi pecho. Noto cómo sus ojos siguen el movimiento—. Es una realidad.

—Pues no va a suceder —declara, dando un paso hacia mí—. No necesito niñeros.

Su aroma me golpea como un puñetazo en el estómago. Huele a vainilla y a algo cítrico, limpio y femenino. Tengo que contenerme para no inclinarme y hundir mi nariz en la curva de su cuello.

—No son niñeros —replico, esforzándome por mantener mi voz serena—. Son profesionales entrenados para mantenerte viva.

—¿Mantenerme viva? —Suelta una risa seca—. Qué dramático. ¿Acaso Las Vegas es una zona de guerra? ¿Hay algo que no me estéis contando?

Si supieras, pelirroja.

—Soy el jefe de seguridad —digo, enderezándome para que sea consciente de la diferencia de tamaño entre nosotros—. Es mi trabajo garantizar la seguridad de todos los que viven bajo la protección de los Morozov.

—Yo no necesito protección.

—Todos la necesitan —gruño—. Por si no lo has notado, esto no es Brooklyn. Alexei es asquerosamente rico y poderoso. Eso los convierte en objetivos. Y tú, por extensión, también lo eres ahora.

—¿Por estar quedándome aquí a vivir? —Su incredulidad parece genuina.

—Por ser la mejor amiga de la esposa de Alexei. Por vivir en este edificio. Por asociación.

Sloane da otro paso hacia mí, invadiendo deliberadamente mi espacio personal. Su cercanía es intoxicante.

—No voy a tener a dos matones siguiéndome a todas partes —dice, cada palabra cargada de desafío—. Me asfixiaría.

—Entonces vuelve a Nueva York.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, y un sabor amargo me llena la boca. Es lo último que quiero. La idea de que se vaya, de no poder verla aunque sea de lejos, me provoca una ansiedad que no quiero examinar.

Su expresión cambia, una mezcla de sorpresa y algo más.

—Eres un grosero —dice finalmente—. Y un controlador.

—¿Tienes algo más interesante que decirme? —pregunto, inclinándome ligeramente hacia ella—. Porque es tarde y tengo cosas que hacer.

Sus ojos se entrecierran, chispas verdes de furia.

—Sí. Vete a la mierda.

—Encantado —respondo, una sonrisa torcida formándose en mis labios—. Pero seguirás teniendo guardaespaldas te guste o no.

No sé cómo ha sucedido, pero de repente estamos a centímetros el uno del otro. Puedo contar las pecas que salpican su nariz. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. Puedo ver cómo sus pupilas se dilatan, devorando el verde de sus iris.

Mi mirada cae involuntariamente a sus labios. Están entreabiertos, húmedos donde ha pasado su lengua. Sería tan fácil inclinarme esos

pocos centímetros y...

—¡Sloane! —La voz de Harper rompe el hechizo como un cristal haciéndose añicos—. ¡Ahí estás!

Ambos nos separamos de golpe, como niños pillados robando galletas. Me giro y veo a Harper acercándose por el pasillo, con una bata de seda sobre su pijama y una expresión de disculpa.

—Lo siento, Dimitri —dice, lanzándome una mirada que no sé interpretar—. Le dije que esperara hasta mañana.

—No pasa nada —respondo con una neutralidad que no siento. Mi corazón sigue martilleando contra mis costillas.

Harper agarra el brazo de Sloane con suavidad pero firmeza.

—Vamos, es tarde. Mañana tienes clase temprano.

Sloane parece querer protestar, pero finalmente asiente. Cuando comienzan a alejarse, no puedo evitar llamarla:

—Murphy. Mañana deja trabajar en paz a mis hombres.

Se gira, sus ojos aún brillantes de furia.

Por un segundo, creo que va a volver para continuar la discusión. Casi lo deseo. Pero con una última mirada asesina, se da la vuelta y se aleja con Harper.

Cierro la puerta y me apoyo contra ella, dejando escapar el aliento que no sabía que estaba conteniendo. La tensión sexual que acabamos de compartir era tan densa que podría cortarse con un cuchillo.

Me paso la mano por el pelo, intentando calmar mi pulso desbocado. No he sentido algo así desde... nunca. Nunca he deseado a una mujer con esta intensidad casi dolorosa.

Vuelvo al sofá y me dejo caer pesadamente. Mi erección sigue pulsando bajo los vaqueros desabrochados, recordándome lo cerca que he estado de cruzar una línea que no debería cruzar.

Pero ahora, con su aroma todavía flotando en mis sentidos, con la imagen de sus labios entreabiertos grabada en mi mente, ya no puedo engañarme.

Estoy jodido. Completamente jodido.

Porque no hay manera de que pueda mantenerme alejado de Sloane Murphy. No cuando cada fibra de mi ser grita por poseerla.

Y no hay manera de que esto termine bien para ninguno de los dos.

CAPÍTULO 9

SLOANE

El campus de la UNLV es exactamente lo que cabría esperar de una universidad de Nevada: palmeras estratégicamente colocadas, arquitectura moderna que intenta no derretirse bajo el sol implacable, y estudiantes que llevan gafas de sol incluso en el interior.

—De verdad que no es necesario que me acompañéis hasta la puerta del aula —digo entre dientes, consciente de las miradas curiosas que nos siguen mientras atravesamos el vestíbulo principal.

Guardaespaldas Uno —creo que se llama Sergei, aunque apenas ha pronunciado diez palabras desde que me recogió esta mañana— se mantiene imperturbable. Guardaespaldas Dos —ni siquiera sé su nombre— se limita a escanear constantemente nuestro entorno como si esperara un ataque inminente de estudiantes armados con libros de texto.

—Órdenes del Sr. Morozov —responde Sergei con ese acento ruso que convierte cada palabra en una sentencia de muerte.

Aprieto los dientes. Por supuesto, *órdenes del Sr. Morozov*. El mismo imbécil que anoche casi me... No, no voy a pensar en anoche. En cómo su mirada descendió a mis labios. En cómo, por un segundo, casi deseé que se inclinara esos centímetros que nos separaban.

—Al menos quedaos fuera —insisto mientras llegamos al edificio de Derecho Criminal—. No necesito que intimidéis a mis profesores el primer día.

Intercambian una mirada, y finalmente Sergei asiente.

—Estaremos en la entrada. Cuando termine, llame.

—Genial —murmuro con sarcasmo—. Así tendré tiempo de hacer amigos entre clase y clase.

Me adentro en el pasillo abarrotado, sintiendo un alivio momentáneo al alejarme de mis sombras rusas. Es mi primer día de clase, y ya me siento como una criatura de circo. La chica con los matones. Brillante estrategia para pasar desapercibida.

Localizo el aula 320 y entro con el tiempo justo. El anfiteatro está medio lleno, con estudiantes desperdigados en pequeños grupos. Escojo un asiento en la penúltima fila, lo suficientemente atrás para observar, pero no tanto como para parecer que me escondo.

A las 9:00 en punto, la puerta trasera se abre y entra el agente Cooper, aunque hoy parece completamente transformado en el papel de profesor universitario.

—Buenos días —saluda, colocando su maletín sobre la mesa—. Bienvenidos a Ética Legal y Procedimiento Penal. Soy el profesor Cooper, y les prometo intentar que este semestre no sea tan aburrido como suena.

Algunas risas educadas recorren el aula. Cooper comienza con la típica introducción al programa del curso, y me permito relajarme ligeramente. A mi alrededor, el aroma del café que varios estudiantes han traído se mezcla con el inconfundible olor a libros nuevos y ambición académica. Por un momento, casi parece un día normal. Casi puedo fingir que estoy aquí realmente solo para estudiar.

La clase transcurre sin incidentes, con Cooper demostrando que es sorprendentemente competente como profesor. Cuando termina la hora, recoge sus cosas con deliberada lentitud.

—Señorita Murphy, ¿podría quedarse un momento? —dice, sin levantar la vista de sus papeles—. Me gustaría hablar sobre su transferencia.

Y ahí se va mi pequeño momento de normalidad.

Espero a que el aula se vacíe mientras finjo ordenar mis apuntes. Cooper cierra la puerta después de que el último estudiante salga y se acerca a mi asiento.

—¿Todo bien con la transferencia? —pregunta en voz alta para beneficio de cualquier oído curioso, mientras deja caer un pendrive

en mi cuaderno con un movimiento sutil.

—Sin problemas —respondo, guardando el pendrive en mi bolsillo con el mismo disimulo—. Aunque la burocracia fue una pesadilla.

Cooper se sienta en la mesa frente a mí, manteniendo una distancia profesional perfectamente calculada. Su aftershave barato invade mis fosas nasales —algo genérico que parece gritar «funcionario federal con presupuesto limitado».

—¿Qué has descubierto? —susurra, inclinándose ligeramente.

—He estado allí exactamente dos días —respondo con el mismo tono bajo—. Apenas he tenido tiempo de deshacer la maleta.

—El tiempo es crucial, Sloane —su sonrisa desaparece—. Cada día que pasa es un día más que Harper permanece en esa situación.

Un destello de irritación me recorre la columna.

—¿Qué situación exactamente? —pregunto, manteniendo mi voz controlada—. Porque por lo que he visto, Harper parece bastante feliz.

Cooper entrecierra los ojos.

—Es el síndrome de Estocolmo. Las víctimas desarrollan un vínculo emocional con sus captores como mecanismo de supervivencia.

—O tal vez nos equivocamos —sugiero, las palabras saliendo antes de que pueda detenerlas.

—¿Nos equivocamos? —Su tono se endurece—. ¿Ya te consideras parte de ellos?

La acusación me golpea como una bofetada.

—Por supuesto que no. Solo digo que Harper no parece una rehén. Está embarazada, por el amor de Dios. Tiene un estudio de diseño. Alexei la trata como si fuera de cristal.

—Ese es precisamente el problema —Cooper se inclina más, invadiendo deliberadamente mi espacio—. Te están mostrando exactamente lo que quieren que veas. La superficie. Necesitamos saber qué hay debajo.

Respiro profundamente, intentando calmar mi creciente frustración.

—Lo intento, pero me han asignado dos guardaespaldas que no me dejan ni ir al baño sola cuando no estoy en el casino. ¿Cómo se

supone que voy a investigar algo?

—Encuentra la manera —su tono no admite discusión—. Según nuestras fuentes, el verdadero negocio ocurre en los niveles subterráneos del casino. Tres plantas bajo tierra. Ahí es donde necesitamos que llegues.

Una risa incrédula se me escapa.

—¿Y qué sugiere, profesor? ¿Que me deslice por el conducto de ventilación?

—Eres inteligente. Improvisa —se levanta, dando por terminada la conversación—. En ese pendrive hay nueva información sobre la organización Morozov. Memorízala y destrúyelo después. Nos veremos en la próxima clase.

Y así, sin más, recoge sus cosas y se marcha, dejándome sola con mis pensamientos cada vez más contradictorios y un pendrive que pesa como plomo en mi bolsillo.

Salgo del aula sintiendo un dolor punzante comenzando a formarse en mis sienes. El pasillo ahora está casi vacío, excepto por algunos estudiantes rezagados que corren a sus siguientes clases. Mis guardaespaldas me esperan exactamente donde los dejé, como perros bien entrenados.

—¿Todo bien, señorita? —pregunta Sergei cuando me acerco.

—Perfectamente —respondo, forzando una sonrisa—. Solo el estrés del primer día.

Mientras caminamos hacia la salida, mi mente repasa la conversación con Cooper. «Encuentra la manera». Como si fuera tan fácil. Como si pudiera simplemente decirle a Alexei Morozov: «Oye, ¿me enseñas dónde guardas los cadáveres?».

El sol de Las Vegas me golpea como un puño cuando salimos del recinto. Intenso, implacable, revelador. Como la presión que siento por todas partes.

—¿A dónde ahora, señorita? —pregunta Guardaespaldas Dos mientras me abren la puerta del Escalade negro.

—De vuelta al casino —respondo automáticamente—. Hoy no tengo más clases y tengo que estudiar.

El vehículo arranca, deslizándose por las calles de Las Vegas con esa elegancia silenciosa que solo el dinero puede comprar. A través

de la ventanilla tintada, observo cómo la ciudad cambia gradualmente: de campus universitario a casino tras casino, cada uno más ostentoso que el anterior.

«Tres plantas bajo tierra». Las palabras de Cooper resuenan en mi cabeza. ¿Qué demonios espera que encuentre allí abajo? ¿Y cómo se supone que voy a llegar sin que me disparen por el camino?

Una cosa es clara: estoy atrapada entre dos fuerzas que me ven como una herramienta. El FBI quiere información. Los Morozov quieren... bueno, no estoy segura de lo que quieren, pero ciertamente no es mi libertad.

Y Harper... Harper simplemente quiere a su amiga cerca mientras espera a su bebé. Mi estómago se retuerce ante la idea de traicionarla, sea cual sea la verdad.

—Todos son unos jodidos imbéciles —murmuro para mis adentros, tan bajo que ni siquiera mis guardaespaldas pueden oírme—. El FBI, los mafiosos... todos.

La realidad es tan cruel que casi me río.

O lloraría, si me permitiera ese lujo.

CAPÍTULO 10

SLOANE

—Es demasiado —murmuro, desabrochando otro botón de la blusa negra.

Me miro en el espejo de cuerpo entero de mi habitación, evaluándome con ojo crítico. El reflejo me devuelve la imagen de una mujer que apenas reconozco: pelo suelto en ondas estudiadamente despeinadas, maquillaje más intenso de lo que suelo llevar, la blusa revelando lo suficiente para atraer miradas, los vaqueros ajustados como una segunda piel, y los tacones que añaden diez centímetros a mi altura.

No es mi estilo, pero esa es exactamente la idea. No me visto para mí esta noche.

Vuelvo a abotonarme la blusa. Demasiado obvia. No necesito parecer una cazadora; necesito parecer una presa fácil. Hay una diferencia sutil pero crucial.

Han pasado cuatro días desde mi llegada a Las Vegas, y lo único que he conseguido es confirmar que The Tsarina tiene tantos niveles de seguridad como un centro militar. Mis guardaespaldas rusos me siguen a todas partes durante el día, y las zonas del casino donde podría encontrar información relevante están más protegidas que Fort Knox.

Necesito un nuevo enfoque. Y mi mejor opción está en el Molotov Lounge, el bar exclusivo de la planta baja del casino. Según la información del pendrive de Cooper, ese bar sirve como punto de encuentro para ejecutivos y clientes VIP, con acceso directo a los niveles inferiores. Si puedo colarme por allí...

Me aplico un último toque de perfume en el cuello y las muñecas. Es más intenso de lo que suelo usar, pero esta noche estoy

interpretando un papel. La chica solitaria buscando compañía. La puerta perfecta para acceder a lugares restringidos. Estoy segura de que esos clientes VIP tienen acceso a las plantas bajas, al submundo. Solo necesito que uno de ellos se interese por mí y decirle que quiero jugar una partida de póker clandestina. Doy gracias a Dios por saber jugar al póker tan bien. Jamás pensé que sería una habilidad útil.

Considero brevemente la opción de seducir a Dimitri para conseguir el acceso, en vez de a un desconocido. El pensamiento envía un escalofrío traidor por mi columna. Pero descarto la idea tan rápido como surge. Ese hombre me afecta de una manera que no puedo controlar. Si intentara seducirlo, acabaría perdiendo el control de la situación. Y probablemente acabaríamos o matándonos... o en la cama. Ninguna de las dos opciones me ayudaría con mi misión. Ni a la confusión que reina en mi cabeza.

Mejor es encontrar un objetivo más simple. Algún ejecutivo de nivel medio con acceso a zonas restringidas y el ego lo suficientemente inflado para querer impresionar a una chica.

Salgo de mi habitación justo cuando Harper emerge del dormitorio principal.

—Wow —exclama, sus ojos recorren mi atuendo—. Estás impresionante. ¿Vas de caza?

—Solo necesito un poco de vida nocturna. Emoción —respondo, intentando sonar casual—. Pensaba bajar al bar del casino, tomar una copa. Ya sabes, ver algo que no sean apuntes de Derecho durante un rato.

Harper asiente, comprensiva.

—Te entiendo. A veces este lugar puede sentirse como una jaula dorada —hace una pausa—. ¿Quieres compañía? Podría unirme si...

—No, no —la interrumpo rápidamente—. Tú descansa. Además, seguro que Alexei querrá tenerte solo para él cuando regrese.

Una sonrisa suave ilumina su rostro.

—Probablemente. Ha estado en reuniones todo el día.

Reuniones. Me pregunto qué tipo de «reuniones» tiene un jefe de la mafia rusa.

—No me esperes despierta —digo, dirigiéndome al ascensor—. Podría volver tarde.

El Molotov Lounge es exactamente lo que cabría esperar del bar de un casino de lujo: iluminación tenue que hace que todos parezcan diez años más jóvenes, muebles de cuero obscenamente caros, cristalería que probablemente cuesta más que mi alquiler mensual en Brooklyn, y una clientela que exuda dinero por cada poro.

Me deslizo hacia la barra, consciente de las miradas que me siguen. La música jazz suave vibra a un volumen perfecto para las conversaciones íntimas. El aroma a tabaco fino, perfumes caros y whisky añejo impregna el aire, creando una atmósfera de exclusividad decadente.

—¿Qué le sirvo, señorita? —El barman, vestido con chaleco y pajarita, se materializa frente a mí con la eficiencia silenciosa de alguien acostumbrado a clientes exigentes.

—Un Negroni, por favor —respondo, eligiendo algo que pueda sostener durante horas sin beber realmente. Necesito mantener la cabeza clara.

Mientras el barman prepara mi cóctel, escaneo discretamente el lugar. Hay una mezcla interesante: ejecutivos con trajes caros probablemente cerrando tratos fuera de la oficina; jugadores VIP celebrando ganancias o ahogando pérdidas; y algunas mujeres demasiado arregladas que podrían ser acompañantes de lujo o esposas trofeo.

Mi mirada se detiene en el pasillo del fondo, junto al que hay un guardia discretamente posicionado. Una entrada a alguna zona privada, tal vez. Un destino potencial.

El barman coloca mi cóctel frente a mí, un perfecto equilibrio de rojo intenso en un vaso de cristal tallado.

—Cortesía de la casa —dice con una ligera inclinación.

Arqueo una ceja.

—¿La casa invita a todas las mujeres que están solas?

El camarero me dedica una sonrisa profesional.

—Solo a las invitadas especiales del Sr. Morozov.

Mi pulso se acelera. ¿Dimitri? ¿O Alexei?

—¿Y a cuál de los dos señores Morozov debo agradecer? —pregunto, intentando mantener mi tono ligero.

—El establecimiento pertenece al Sr. Alexei Morozov —responde el barman, diplomáticamente evasivo—. Disfrute su velada, señorita.

Apenas ha terminado de hablar cuando noto una presencia a mi lado.

—¿Está ocupado este asiento?

Giro la cabeza para encontrarme con un hombre de mediana edad, cabello entrecano perfectamente peinado, traje que grita «hecho a medida» y una sonrisa que ha practicado frente al espejo.

—Ahora mismo no —respondo, ni invitándolo ni rechazándolo.

Él lo toma como una invitación, por supuesto. Se sienta y pide un whisky solo antes de volverse hacia mí con la confianza de alguien acostumbrado a conseguir lo que quiere.

—Es la primera vez que la veo por aquí —dice, sus ojos recorriendo mi cuerpo con un descaro que pretende ser halagador—. Lo recordaría.

Y empieza el desfile, pienso, preparándome mentalmente para el juego.

Durante la siguiente hora, es como si tuviera un imán para hombres con líneas de conquista gastadas y sonrisas practicadas. El ejecutivo entrecano es reemplazado por un jugador profesional de póquer, que a su vez le cede el terreno a un empresario tecnológico que no deja de hablar de su startup.

Mantengo las sonrisas educadas, las respuestas vagas, los toques casuales en sus brazos cuando dicen algo «divertido». Pero mi atención está dividida, siempre regresando al pasillo del fondo. He notado que algunas personas hablan con el guardia y luego no regresan. Necesito averiguar qué hay más allá.

Lo más frustrante es que ninguno de mis pretendientes parece tener acceso a esa zona. Son clientes adinerados, pero no parte del círculo interno.

Y lo peor: me doy cuenta de que no estoy de humor para esto. La idea de coquetear con estos hombres, de fingir interés para

conseguir información, de repente me parece agotadora. Cada sonrisa falsa, cada risa educada ante sus chistes mediocres, cada vez que debo suprimir un bostezo mientras hablan de sus coches o inversiones... me está matando lentamente.

Concéntrate, Sloane. Es parte del trabajo.

Pero no puedo evitar preguntarme: ¿qué diría Dimitri si me viera ahora, rodeada de estos hombres? ¿Le importaría? ¿Sentiría celos? ¿O simplemente pasaría de largo, indiferente?

El pensamiento me irrita. No debería importarme lo que piense ese bruto ruso.

Finalmente, tras declinar amablemente una invitación para «subir a ver la suite presidencial», decido que necesito un nuevo enfoque. Nadie me está ofreciendo acceso a la zona que necesito, y no puedo seguir bebiendo agua con hielo fingiendo que es vodka toda la noche.

—Discúlpame —le digo al *trader* de Wall Street que lleva diez minutos explicándome su estrategia de inversión—. Necesito ir al baño.

Me levanto, consciente de su mirada siguiendo el movimiento de mis caderas mientras me alejo. Los baños están al inicio del pasillo vigilado, lo que me da una excusa perfecta para acercarme.

La música se vuelve más tenue a medida que me alejo de la zona principal del bar. El pasillo que conduce a los servicios está elegantemente decorado, con fotografías en blanco y negro de la antigua Las Vegas. Paso junto al guardia, que me da un breve asentimiento. Cruzo la puerta de los baños de mujeres, asegurándome de que me vea entrar.

El baño, como todo en The Tsarina, es ridículamente lujoso. Mármol, oro, toallas de algodón egipcio. Espero pacientemente, contando los minutos. Cuando calculo que ha pasado suficiente tiempo, me asomo. El guardia está hablando por un pequeño dispositivo en su muñeca, distraído. Es ahora o nunca.

En lugar de volver al bar, giro en dirección opuesta, internándome en el pasillo. Mi corazón martillea en mis oídos mientras avanzo con pasos rápidos pero silenciosos. El suelo amortigua el sonido de mis

tacones, y agradezco que la iluminación tenue que me ayude a pasar desapercibida.

El pasillo se ensancha, revelando un área de ascensores con paneles de seguridad. Bingo. Esto no es para clientes normales. La adrenalina inunda mi sistema mientras me acerco, fingiendo una seguridad que no siento. ¿Necesitaré una tarjeta de acceso? ¿Un código? Me pongo a buscar por los laterales de los ascensores para ver si consigo descubrir cómo activarlos.

No llego a averiguarlo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

La voz grave, con ese inconfundible acento ruso, me congela en el sitio. Un escalofrío recorre mi espalda, mezcla de miedo y algo más que no pienso reconocer.

Lentamente, me doy la vuelta, encontrándome cara a cara con la última persona que quería que me encontrase en estas circunstancias.

Dimitri Morozov, con un traje negro que parece hecho para intimidar, me mira con una mezcla de sospecha y … ¿deseo?

Estoy oficialmente jodida.

CAPÍTULO 11

DIMITRI

La veo salir del ascensor y me detengo de golpe.

Sloane Murphy atraviesa el vestíbulo del casino como si fuera suyo, con un contoneo de caderas que hace que mi boca se seque instantáneamente. Lleva una blusa negra que revela justo lo suficiente para hacer que mi imaginación se dispare, vaqueros que parecen pintados sobre sus piernas y unos tacones que alargan su figura, haciéndola parecer más alta, más depredadora.

Su pelo rojo cae en ondas sobre sus hombros, salvaje y magnético bajo las luces del casino. Hay algo diferente en ella esta noche: maquillaje más intenso, actitud más provocadora. No es la Sloane que he visto con Harper. Esta es otra versión, una que hace que mi sangre hierva.

Joder.

Debería apartar la mirada. Debería volver a la revisión de seguridad que estaba llevando a cabo. Debería hacer cualquier cosa excepto quedarme aquí, paralizado como un adolescente, mientras la observo dirigirse al Molotov Lounge.

—¿Señor? —La voz de Ivan, uno de mis hombres, me devuelve a la realidad—. ¿Continuamos con el recorrido de seguridad?

Me aclaro la garganta, forzándome a recuperar la compostura.

—Cambio de planes —digo, mi sale voz más dura de lo que pretendía—. Ve tú solo. Tengo que revisar algo en la sala de monitores.

Ivan asiente sin cuestionar mis instrucciones. Mis hombres saben que no deben preguntar cuando doy una orden directa.

Me dirijo a la sala de seguridad con pasos rápidos, reprendiéndome mentalmente. No debería hacer esto. No debería

seguirla como un puto acosador. Pero mis pies parecen tener voluntad propia, llevándome directamente a las entrañas del sistema de vigilancia del casino.

Otra vez.

—Fuera —ordeno a los técnicos cuando entro en la sala.

Me miran confundidos, pero no discuten. En treinta segundos estoy solo, rodeado de pantallas que muestran cada rincón de The Tsarina.

Mis dedos vuelan sobre el teclado, localizando las cámaras del Molotov Lounge. La encuentro inmediatamente, su cabello rojo como una llama entre la clientela. Se ha sentado en la barra, cruzando las piernas de una forma que hace que mi entrepierna pulse dolorosamente.

¿Qué coño estoy haciendo? Esto es patético.

Estoy a punto de recobrar el sentido común e irme, cuando un hombre se acerca a ella. Cuarentón, pelo canoso, traje caro, sonrisa de depredador. Mi cuerpo se tensa instintivamente, mis dedos apretando el borde de la consola hasta que los nudillos se me ponen blancos.

Aléjate de ella, hijo de puta.

Como si pudiera oírme, Sloane mantiene al tipo a distancia. No lo rechaza abiertamente, pero tampoco muestra interés genuino. Su lenguaje corporal es educado pero reservado.

Durante la siguiente hora, observo cómo un desfile de imbéciles intenta conquistarla. Cada uno más patético que el anterior. Y aunque ninguno parece conseguir su interés, cada sonrisa que les dedica, cada risa educada, cada toque casual en sus brazos me provoca una oleada de furia irracional.

Debería largarme de aquí. Esto es masoquismo puro.

Pero analizando todo lo sucedido me doy cuenta de algo extraño. Sloane no está realmente interesada en esos hombres. Sus ojos constantemente escanean la sala, deteniéndose repetidamente en... el pasillo del fondo. El que conduce a los ascensores privados.

A los niveles inferiores.

Mi instinto se despierta. No estoy viendo a una mujer buscando compañía. Esto es otra cosa.

Cuando la veo levantarse e ir al baño, mis sospechas se intensifican. Cambio rápidamente a las cámaras del pasillo y la observo entrar en los baños.

Un minuto. Dos. Tres.

Y entonces Sloane emerge, pero en vez de volver al bar, gira en dirección contraria.

Hacia los ascensores restringidos.

Hacia los niveles donde ocurren los verdaderos negocios de la Bratva.

Un escalofrío me recorre la columna. ¿Qué coño está haciendo? ¿Por qué está husmeando cerca de las áreas restringidas? ¿Es simple curiosidad? ¿O hay algo más?

¿Por qué ha venido realmente a Las Vegas?

Me levanto de un salto. Sea lo que sea lo que está tramando, voy a descubrirlo ahora mismo.

Salgo disparado de la sala de seguridad, tomando el camino más rápido hacia los ascensores privados. El casino es un borrón de luces y sonidos mientras lo atravieso a grandes zancadas, mi mente acelerándose con cada paso.

¿Es posible que Harper esté equivocada sobre su amiga? ¿Que Sloane tenga intereses ocultos para haber venido?

Cuando llego al pasillo la veo tocando los ascensores como si intentase activarlos.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —Mi voz resuena en el pasillo silencioso.

Ella se congela, su cuerpo tensándose visiblemente. Cuando se gira hacia mí, hay un destello de alarma en sus ojos que confirma mis sospechas. No es la sorpresa inocente de alguien perdido. Es el pánico de alguien atrapado.

—Yo... —comienza, recuperando rápidamente su compostura—. Me he perdido buscando el baño.

—Los baños están en dirección opuesta —respondo, acercándome lentamente—. Y has estado en ellos hace exactamente cuatro minutos.

Sus ojos se ensanchan ligeramente. Sabe que la he estado vigilando.

—¿Me estás espiando? —Su tono es acusatorio, una táctica clásica de defensa: atacar primero.

—Es mi trabajo vigilar este casino —respondo, deteniéndome a un metro de ella—. Especialmente las áreas restringidas donde personas no autorizadas no deberían estar.

Cruzo los brazos sobre mi pecho, estudiando cada matiz de su expresión. Su perfume me envuelve, una mezcla de vainilla y algo más intenso, más seductor que su aroma habitual. Se ha perfumado específicamente para esta noche. Para esta... misión.

—Estás ocultando algo, Murphy —digo, mi voz baja y controlada —. Y voy a descubrir qué es.

Por un segundo, veo pánico en sus ojos. Luego, como una cortina que cae, su expresión cambia completamente. Una sonrisa traviesa aparece en sus labios, y da un paso hacia mí, invadiendo deliberadamente mi espacio personal.

—Vale, me has pillado —dice, con un tono conspirador—. Buscaba la parte divertida del casino.

—¿La parte divertida? —repito, sin dejarme engañar por su actuación.

—Ya sabes —se encoge de hombros, sus ojos brillando con falsa inocencia—. Donde ocurre la acción real. Las partidas de póker clandestinas, las apuestas altas... No me digas que no tenéis algo así.

Una risa incrédula se me escapa.

—¿Tú juegas al póquer?

—¿Te sorprende? —Se inclina ligeramente, bajando la voz—. Cuando quieras te doy una paliza.

El desafío en sus ojos es genuino, pero la historia es una mentira. Lo sé con la misma certeza con la que sé que el sol saldrá mañana. He vivido rodeado de mentirosos profesionales toda mi vida. Puedo oler una mentira a kilómetros.

Y Sloane Murphy, a pesar de su impresionante actuación, está mintiendo.

—Interesante —digo, fingiendo considerar su explicación—. ¿Y por qué no nos preguntaste directamente? Podrías haberle dicho a Harper. O a mí.

—¿A ti? —Suelta una risa seca—. No te ofendas, pero no eres exactamente la persona más accesible del mundo. Además... —Su voz adquiere un tono más bajo, casi seductor—. A veces es más divertido descubrir las cosas por una misma.

Está tratando de distraerme. De usar su atractivo para desviar mis sospechas. Y lo más patético es que una parte de mí está respondiendo exactamente como ella quiere.

—Si quieres jugar al póker —digo, manteniendo mi voz neutra—, puedo arreglarlo. Pero en otras circunstancias. No colándote en áreas restringidas donde podrías haber acabado siendo interrogada por mis hombres.

Sus ojos se entrecierran, evaluándome.

—¿Lo harías? ¿Me llevarías a una partida?

—¿Por qué no? —respondo, permitiendo que una sonrisa depredadora se forme en mis labios—. Podría ser... educativo. Ver si realmente juegas tan bien como dices.

Algo parece brillar en sus ojos. ¿Triunfo? ¿Anticipación? ¿O algo más calculador?

—Te demostraré que soy mejor de lo que crees —dice, aceptando el desafío implícito—. En muchas cosas.

—Lo estoy deseando —respondo, sabiendo que estamos hablando de algo más que un simple juego de cartas—. Pero por ahora, creo que deberías volver al bar. O mejor aún, al ático.

—¿Me estás echando? —pregunta, alzando una ceja.

—Te estoy sugiriendo que no tientes a la suerte —corrijo, inclinándome lo suficiente para que sienta mi proximidad—. No sabes dónde te estás metiendo, Murphy.

Nuestras miradas se cruzan, electricidad pura saltando entre nosotros. Por un segundo, olvido mis sospechas, mi desconfianza. Solo existe esta tensión brutal, esta atracción innegable.

—Te acompañaré de vuelta —digo finalmente, dando un paso atrás antes de hacer algo estúpido como besarla—. Y si me haces caso por una vez en tu vida, organizaré esa partida de póker que tanto deseas.

Mientras la escolto de vuelta, con una mano firmemente colocada en la parte baja de su espalda, mi mente funciona a toda velocidad.

Sloane Murphy está tramando algo. No sé qué es, pero voy a descubrirlo.

Y si tengo que usar esta atracción mutua para hacerla bajar la guardia, que así sea.

El depredador en mí se despierta, oliendo la caza. Porque una cosa está clara: sea cual sea el juego que Sloane está jugando, no tiene ni idea de con quién se está metiendo.

Y a diferencia del póker, este es un juego en el que nunca pierdo.

CAPÍTULO 12

SLOANE

—Se acabó. No aguanto más. Necesito un respiro —murmuro, observando el reloj de mi teléfono.

La clase de Procedimiento Penal ha terminado hace exactamente tres minutos. Tiempo suficiente para que el aula se haya vaciado, pero no tanto como para que mis sombras rusas empiecen a preocuparse.

Cierro el cuaderno de golpe y lo guardo en mi mochila junto con el resto de mis libros. Tras estos días con mis guardaespaldas, he aprendido sus patrones. Esperarán exactamente donde los dejé, con la precisión de relojes suizos. Y eso, irónicamente, los hace predecibles.

Me asomo por la ventana del segundo piso. Como esperaba, Sergei y su compañero (que ahora sé que se llama Yuri) están apostados junto a la entrada principal del edificio, escaneando a cada estudiante que sale.

Sonrío. No miran hacia arriba.

Con mi mochila al hombro, me deslizo por el pasillo en dirección contraria a la salida principal, hacia la escalera de emergencia del lado oeste que descubrí ayer durante mi reconocimiento interior del edificio. La puerta chirría ligeramente al abrirla, pero el ruido queda ahogado por el bullicio de estudiantes en el pasillo principal.

El aire de Las Vegas me golpea como una bofetada caliente cuando salgo al pequeño callejón entre edificios. Libertad. Por primera vez en días, no tengo ojos vigilándome constantemente. La sensación es embriagadora.

Camino rápidamente, mezclándome con los grupos de estudiantes, manteniendo la cabeza baja. Mi plan es simple:

tomarme un café tranquila en la cafetería del otro lado del campus, disfrutar de una hora de normalidad, y luego permitir que me «encuentren» fingiendo confusión sobre dónde debía reunirme con ellos.

La cafetería universitaria es un hervidero de actividad a esta hora. El aroma a café recién hecho y bollos de canela se mezcla con el zumbido de conversaciones y el ocasional estallido de risas. Me pongo en la fila, disfrutando de la mundano del momento. En este instante solo soy una estudiante más, no la infiltrada del FBI ni la invitada de la mafia rusa.

—Un americano grande, por favor —pido cuando llego al mostrador, saboreando el placer simple de elegir mi propio café sin tener que comunicárselo a mis guardaespaldas primero.

Con mi taza humeante en la mano, encuentro una mesa en la esquina con vistas a la entrada. Me acomodo, saco un libro y me dispongo a disfrutar de mi pequeña rebelión.

No dura ni media hora.

La atmósfera de la cafetería cambia sutilmente. Las conversaciones se apagan, como si alguien hubiera girado lentamente el dial del volumen. Siento un escalofrío recorrer mi nuca, ese sexto sentido que me ha mantenido viva en los peores barrios de Brooklyn. Alguien me está observando.

No necesito levantar la vista para saber quién es.

—Creo que se te ha perdido algo, Murphy.

Su voz, profunda y con ese acento ruso más marcado cuando está enfadado, hace que mi estómago dé un vuelco. Lentamente, alzo la mirada de mi libro.

Dimitri está de pie frente a mi mesa, una presencia oscura y amenazante entre el colorido ambiente universitario. Lleva vaqueros negros y una camiseta gris que se estira sobre sus músculos como una segunda piel. Su expresión podría congelar el infierno.

—¿Cómo me has encontrado tan rápido? —pregunto, sin molestarme en fingir sorpresa.

—Te recuerdo que cada guardia lleva un comunicador —dice, arrastrando una silla para sentarse frente a mí—. Y que este es el

último sitio donde se buscaría a alguien que cree que ha sido inteligente.

Su cuerpo ocupa el espacio de forma intimidante, sus hombros anchos bloqueando mi vista de la cafetería. Huele a cuero, a algo almizclado y a una colonia cara que no reconozco. Masculino y peligroso.

—No «creo» que he sido inteligente —replico, tomando un sorbo de mi café con falsa calma—. Lo he sido. He conseguido media hora de paz.

Sus ojos grises me escrutan, oscureciéndose como una tormenta en formación.

—¿Te parece divertido? —Su voz es engañosamente suave—. ¿Te das cuenta de que mis hombres podrían perder sus empleos por esto?

Una punzada de culpabilidad me atraviesa, pero la rechazo. No pedí guardaespaldas.

—No es mi intención que nadie pierda su trabajo —digo—. Pero tampoco pedí ser vigilada 24/7. Así que aquí estamos, en un impasse.

Dimitri se inclina hacia delante, invadiendo mi espacio personal. Su proximidad hace que mi pulso se acelere traicioneramente.

—No es negociable, Sloane.

Mi nombre en sus labios me produce un escalofrío.

—Todo es negociable —replico, inclinándome también hacia él, negándome a ser intimidada—. Quítame a los guardaespaldas y no tendré que seguir perdiéndolos de vista.

Una sonrisa sin humor curva sus labios.

—¿Y permitir que andes por ahí sola, completamente expuesta? Ni lo sueñes.

—Puedo cuidar de mí misma —insisto—. He crecido en Brooklyn, no en un castillo de cuento de hadas. Sé defenderme.

—¿En serio? —Su tono es condescendiente, irritante—. Permíteme dudarlo.

La rabia enciende algo en mi interior. Odio que me subestimen.

—Practico kickboxing desde los dieciséis —le informo, mi voz tensa—. He mandado a tipos más grandes que tú al suelo.

Por un segundo, veo algo parecido a la diversión en sus ojos. Luego, en un movimiento tan rápido que apenas lo registro, se levanta, me agarra del brazo y me arrastra hacia la salida trasera de la cafetería.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —siseo, intentando zafarme mientras atravesamos la cocina ante la mirada sorprendida del personal.

No responde hasta que salimos a un pequeño patio de servicios, un espacio de hormigón rodeado de vallas y contenedores de basura. Completamente privado.

—Vas a demostrarme que sabes defenderte —dice, soltándome finalmente.

Me froto el brazo donde sus dedos han dejado una caricia fantasma que me pone nerviosa. La adrenalina comienza a bombear en mi sistema.

—No voy a pelearme contigo en un callejón —respondo, aunque una parte de mí está tentada ante la idea de borrarle esa expresión arrogante de la cara.

—No quiero pelear —responde, poniéndose frente a mí—. Solo quiero que me demuestres que puedes protegerte si alguien te ataca.

Hay algo en sus ojos, una intensidad que va más allá del desafío. ¿Genuina preocupación?

—No tengo nada que demostrarte —digo, pero ya estoy ajustando mi postura, preparándome instintivamente. Mi cuerpo conoce esta danza incluso antes de que mi mente decida participar.

—Si me convences, podríamos reducir la seguridad —ofrece, una moneda de cambio que sabe que no puedo rechazar.

—¿Prometido? —pregunto, cautelosa.

Asiente una vez, solemne.

—Bien —digo, elevando las manos en posición de guardia—. Cuando quieras.

Por un instante, parece sorprendido por mi rápida aceptación. Luego, sin advertencia, se mueve.

Es rápido. Demasiado rápido. Intento bloquear su avance, pero antes de que pueda reaccionar completamente, está detrás de mí.

Un brazo me rodea la cintura como una barra de acero, inmovilizándome contra su pecho. Su otra mano sube hasta mi garganta, sus dedos presionando ligeramente a cada lado de mi cuello. No me corta la respiración, pero el mensaje es claro: podría hacerlo.

—Estarías muerta —susurra en mi oído, su aliento caliente enviando escalofríos por mi columna.

Intento liberarme, aplicando las técnicas que conozco. Patada hacia atrás, movimiento de caderas. Nada. Es como luchar contra una pared.

—Muerta otra vez —murmura, ajustando su agarre sin apenas esfuerzo.

La frustración y algo más comienzan a hervir en mi interior. Su cuerpo está completamente presionado contra el mío, duro y caliente. Su mano en mi garganta no es dolorosa, sino... controladora. Dominante. Paralizante de una manera que nunca he experimentado.

Algo primordial y desconcertante se despierta dentro de mí. Una respuesta física que no puedo controlar.

Cuando sus dedos presionan un poco más, creando una sensación de ligereza en mi cabeza, un sonido escapa de mis labios. Suave, necesitado, inequívocamente erótico.

Un gemido.

El tiempo se congela. Ambos nos quedamos completamente inmóviles, sorprendidos por mi reacción. Puedo sentir su corazón martilleando contra mi espalda, tan acelerado como el mío. Su respiración se ha vuelto más pesada, más irregular.

De repente, me suelta como si mi piel quemara. Doy un paso tambaleante hacia delante, girándome para enfrentarlo. Su rostro es una máscara de shock y algo más oscuro, más primitivo.

—Yo... —comienzo, sin tener idea de cómo explicar lo que acaba de suceder.

—Tus guardaespaldas se quedan —dice abruptamente, su voz ronca, más acentuada de lo normal—. Y este... incidente no ha ocurrido.

Sin otra palabra, gira sobre sus talones y se dirige hacia la puerta. Se detiene brevemente, sin volverse completamente.

—Sergei y Yuri están fuera esperándote. No vuelvas a escaparte.

Y con eso, desaparece, dejándome sola con la confusión de mi cuerpo y un descubrimiento inquietante: me excita que Dimitri Morozov me controle. Me excita que me agarre de la garganta.

¿Qué demonios me pasa?

Me quedo muy quieta intentando procesar lo que acaba de ocurrir. Mi pulso sigue acelerado, mi respiración irregular. Entre mis piernas hay un calor persistente que me avergüenza y me fascina a partes iguales.

Nunca antes había reaccionado así al dominio físico. Al contrario, toda mi vida he luchado contra cualquier forma de control. Y sin embargo, la mano de Dimitri en mi garganta, su cuerpo inmovilizando el mío...

—Joder —susurro, pasándome las manos por la cara.

Lo peor no es mi reacción. Es la suya. La forma en que me soltó, como si hubiera visto algo en mí que lo asustó.

Mientras salgo para encontrarme con mis guardaespaldas, una certeza cristaliza en mi mente: esto ha complicado todo exponencialmente. Mi misión. Mi relación con los Morozov. Mi propia comprensión de mí misma.

Y, sin embargo, bajo la confusión y la vergüenza, hay un pensamiento que no puedo desterrar:

¿Qué se sentiría si Dimitri hubiera continuado?

CAPÍTULO 13

DIMITRI

El agua de la piscina refleja el cielo de Las Vegas, un azul imposible que contrasta con el gris del hormigón de los edificios circundantes. Desde la terraza superior del Tsarina, la ciudad parece un espejismo brillante en el desierto, una ilusión de lujo y dinero.

No debería estar aquí. Llevo tres días evitando activamente a Sloane, desde aquel... incidente en la universidad. Tres días tratando de borrar de mi mente el sonido de su gemido, la forma en que su cuerpo se amoldó al mío cuando la sujeté contra mi pecho.

Pero Alexei ha insistido. «Asuntos urgentes de seguridad», dijo por teléfono. Y aquí estoy, parado en la entrada de la terraza de la piscina, incapaz de avanzar.

Porque ahí está ella. En el agua cristalina, su pelo rojo recogido en una coleta alta, algunos mechones sueltos pegados a su cuello por la humedad. Se ríe por algo que Harper acaba de decir, su cabeza echada hacia atrás, exponiendo la curva de su garganta —la misma que sostuve entre mis dedos, provocando aquel sonido que me persigue.

Y su cuerpo... Joder. Lleva un bañador negro de una pieza, pero el diseño parece creado específicamente para torturarme: escote pronunciado, espalda descubierta casi hasta la línea donde su columna se curva. El agua acaricia su piel, gotas que resbalan por sus hombros, por el valle entre sus pechos.

Siento la boca seca, el pulso acelerado.

—Por fin llegas —la voz de mi hermano me arranca de mi trance. Alexei está sentado en una de las tumbonas bajo una sombrilla, con una tablet en su regazo. Su expresión siempre calculadora se

suaviza ligeramente al mirar hacia la piscina, donde Harper flota plácidamente, su vientre redondeado brillando bajo el sol.

—¿Qué es tan urgente? —pregunto, obligándome a apartar la mirada de Sloane y concentrarme en mi hermano.

—Los irlandeses —responde en voz baja—. Han vuelto a moverse. Necesitamos repasar el perímetro de seguridad.

Asiento mecánicamente, pero mis ojos vuelven traicioneramente hacia la piscina. Sloane ha salido del agua y ahora está sentada en el borde, con las piernas sumergidas hasta las rodillas. Gotas de agua resbalan por su cuerpo, algunas deteniéndose en el hueco de su clavícula antes de continuar su camino.

—¿Dimitri? —Alexei sigue hablando, pero sus palabras suenan distantes—. ¿Me estás escuchando?

—Sí —miento, forzándome a concentrarme—. Refuerzo en los puntos débiles, revisión de los turnos nocturnos.

Alexei me observa con esa mirada penetrante que siempre me ha hecho sentir como si pudiera leer mis pensamientos.

—Estás distraído —no es una pregunta.

Estoy a punto de negarlo cuando noto algo que hace que mi sangre hierva. Dos hombres, huéspedes del hotel a juzgar por sus bañadores de marca y relojes ostentosos, se han acercado al borde de la piscina donde están Sloane y Harper. Sonríen demasiado, se inclinan demasiado cerca. Uno de ellos sostiene una pelota de vóley acuático, evidentemente una excusa para iniciar una conversación.

—¿Queréis jugar? —escucho que pregunta el más alto, sus ojos fijos en Sloane—. Necesitamos una jugadora más para un partido.

Harper sonríe educadamente, pero Sloane... Sloane ríe con esa risa que hace que su garganta se exponga, esa que había estado dirigiendo a Harper hace un momento. La diferencia es que ahora la dirige a un extraño.

Un gruñido involuntario escapa de mi garganta.

—¿Qué ocurre? —pregunta Alexei, siguiendo mi mirada.

—Nada —respondo secamente, pero ya estoy avanzando hacia la piscina, mis pies moviéndose por voluntad propia.

Llego justo a tiempo para escuchar a Harper diciendo:

—Yo no puedo en mi estado, pero Sloane debería unirse. Es muy deportista.

—Seguro que eres increíble —dice el segundo hombre, y la forma en que sus ojos recorren el cuerpo de Sloane hace que quiera arrancarle la garganta.

—Murphy —mi voz corta el aire como un látigo.

Cuatro pares de ojos se giran hacia mí. Sloane parpadea, confundida por mi aparición repentina, pero rápidamente su expresión se endurece.

—Estoy ocupada, Morozov —responde, con ese tono desafiante que me provoca impulsos contradictorios.

—Necesito hablar contigo —insisto, ignorando deliberadamente a los dos imbéciles que aún no captan la indirecta. Parece que quieren que les rompa sus cuellos—. Es importante.

—¿Ahora? —su irritación es palpable—. Estaba a punto de...

—Es sobre ese... asunto que me comentaste —interrumpo, cargando mis palabras de significado—. Creo que te interesará.

Veo el momento exacto en el que comprende lo que le estoy diciendo. Sus ojos se iluminan ligeramente, con ese brillo que ya he aprendido a reconocer cuando algo capta genuinamente su interés.

—Lo siento, chicos —dice, dirigiéndose a los hombres sin apartar sus ojos de los míos—. Tendrá que ser en otra ocasión.

Los dos se alejan, evidentemente decepcionados, pero sin atreverse a protestar. Soy consciente de que Alexei nos observa con interés desde su tumbona, y que Harper tampoco pierde detalle. Pero en este momento, no me importa.

Sloane se levanta del borde de la piscina, el agua escurriendo por sus piernas. Es más baja que yo, pero su postura desafiante reduce la diferencia.

—¿Y bien? —pregunta, cruzando los brazos sobre el pecho, un gesto que solo consigue acentuar más sus curvas.

Joder.

—No aquí —respondo, girándome hacia la barra del bar de la piscina—. ¿Quieres algo de beber?

Me sigue, sus pies descalzos dejando huellas húmedas en el suelo.

—Un té helado —dice, apoyándose en la barra mientras el camarero asiente y se aleja para preparar las bebidas.

Nos quedamos un momento en silencio. Estamos lo suficientemente apartados para tener privacidad, pero sigo sintiendo miradas sobre nosotros.

—Este sábado —digo finalmente, bajando la voz—. Hay una partida.

Sus ojos se ensanchan ligeramente, y una sonrisa se forma en sus labios. Una sonrisa genuina, no la que les estaba ofreciendo a esos payasos.

—¿Una partida clandestina? —pregunta, inclinándose hacia mí para hablar en voz baja.

El movimiento hace que un mechón de pelo mojado caiga sobre su hombro, dejando un rastro de gotas sobre su piel. Tengo que contenerme para no seguir ese rastro con mis dedos.

—Si sigues queriendo ir, puedo llevarte —ofrezco, manteniendo mi tono casual a pesar de la tensión que siento por todo el cuerpo.

—Por supuesto que quiero ir —responde, como si fuera lo más evidente del mundo.

—Hay condiciones —digo, mi voz volviéndose más seria—. Si vas a entrar en ese mundo, tienes que seguir mis reglas.

Arquea una ceja, desafiante. Dios, cómo me pone esa expresión.

—¿Qué reglas?

—No te separas de mí en ningún momento —enumero, manteniendo sus ojos fijos en los míos—. Haces exactamente lo que yo te diga, cuando lo diga. Sin preguntas, sin discusiones.

El camarero coloca nuestras bebidas frente a nosotros y se retira. Sloane toma su vaso, sus dedos rozando el cristal empañado por la condensación.

—Pareces muy protector de repente —comenta, con un tono que no logro descifrar—. Creía que querías deshacerte de mí.

—No confundas las cosas, pelirroja —respondo, más bruscamente de lo que pretendía—. No quiero que causes problemas en mi territorio. Estas partidas no son juegos. Hay mucho dinero, alcohol y hombres peligrosos.

Da un sorbo a su té, mirándome por encima del borde del vaso con esos ojos que parecen ver demasiado.

—¿Y tú? ¿Eres uno de esos hombres peligrosos, Dimitri?

La forma en que pronuncia mi nombre envía una corriente eléctrica por mi columna.

—El más peligroso de todos —admito, sosteniendo su mirada—. Por eso te conviene mantenerte cerca.

Un silencio cargado se instala entre nosotros. Sin darme cuenta, me he inclinado hacia ella, y ella hacia mí, hasta que apenas nos separan unos centímetros. Su aroma —una mezcla de cloro, protector solar y algo dulce, exclusivamente suyo— me envuelve como una niebla intoxicante.

—De acuerdo —dice finalmente—. Seguiré tus reglas. Solo por esta vez.

La intensidad del momento me golpea de repente. Estamos demasiado cerca, casi respirando el mismo aire. Si me inclinara un poco más, podría...

Me aparto bruscamente, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—El sábado a las once de la noche —digo, recuperando mi tono profesional—. Te recogeré.

Ella asiente, un destello de algo —¿decepción?— cruzando su rostro.

—Te veré entonces.

Sin añadir nada más, me giro y regreso junto a Alexei, sintiendo su mirada quemándome la espalda. Mi hermano me observa con una expresión que mezcla curiosidad y preocupación.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta en cuanto me siento.

—Nada —miento, mirando fijamente la tablet con los planos de seguridad—. Solo un asunto pendiente.

Alexei me estudia durante un largo momento, pero finalmente vuelve a los planos. Sin embargo, no puedo evitar que mis ojos regresen una y otra vez a la figura de Sloane, que ahora está sentada junto a Harper, hablando animadamente.

Por un momento, nuestras miradas se cruzan a través de la terraza. Y sé, con absoluta certeza, que estoy jodido.

Completamente jodido.

Porque esta mujer me está volviendo loco, y lo peor es que cada vez me importa menos.

CAPÍTULO 14

SLOANE

La biblioteca de la Universidad de Nevada en Las Vegas es un oasis de silencio y tranquilidad. Estanterías altas de madera clara, mesas de estudio individual con lámparas verdes, y ese aroma inconfundible a papel, tinta y conocimiento. El lugar perfecto para desaparecer, para ser anónima por un momento.

Y para hacer una llamada que no quiero que nadie escuche.

Mis guardaespaldas —Sergei y su compañero perpetuamente silencioso— esperan fuera del edificio. Han aprendido, tras mi fuga de la semana pasada, a darme al menos la ilusión de privacidad. Quince metros, ese es mi radio permitido. Como un perro con una correa invisible.

Me deslizo entre las estanterías de la sección de Derecho Internacional, un laberinto poco transitado a esta hora del día. El rincón más alejado, junto a una ventana cubierta por pesadas cortinas verdes, se ha convertido en mi pequeño refugio clandestino. Una mesa para uno, un asiento de cara a la entrada, y la certeza de que nadie puede acercarse sin que lo vea venir.

Abro mi portátil y activo el programa de mensajería encriptada que Cooper instaló. No es WhatsApp, ni Telegram, ni ninguna app que alguien pudiera reconocer al pasar. Se parece más a un sistema de organización de estudios, con carpetas y archivos inocuos. La seguridad a través de la banalidad.

Mis dedos se detienen un segundo sobre el teclado. El sabor metálico de la ansiedad invade mi boca mientras escribo el mensaje:

«He conseguido acceso. Partida de póker clandestina el sábado. Necesito instrucciones.»

La respuesta llega casi al instante, como si Cooper estuviera esperando.

«En mi despacho en 30 minutos.»

Cierro la aplicación y me quedo mirando la pantalla, un ensayo de Derecho Procesal abierto para mantener las apariencias. El nudo en mi estómago se aprieta un poco más.

El despacho de Cooper está en la tercera planta del edificio de Ciencias Sociales, al final de un pasillo que huele a pintura reciente y ambientador industrial. La placa de la puerta dice «Prof. James Cooper - Derecho Criminal». Tan normal. Tan falso.

Golpeo suavemente la madera, dos veces. Un «adelante» apagado me invita a entrar.

Cooper está sentado tras su escritorio, rodeado de libros de texto y papeles desordenados. La imagen perfecta de un profesor sobrecargado de trabajo. Sus gafas de montura metálica y su barba cada vez más crecida completan el disfraz.

—Señorita Murphy, me alegra que haya podido venir —dice en voz alta, interpretando su papel—. Cierre la puerta, por favor.

Obedezco, sintiendo la presión familiar de la vigilancia. Mis guardaespaldas esperan fuera, al final del pasillo, pero la paranoia me acompaña como una segunda piel estos días.

—Siéntese —dice Cooper, señalando la silla frente a su escritorio —. Revisemos su último trabajo.

Me siento mientras él enciende un pequeño dispositivo rectangular sobre su mesa. Un inhibidor de señal. El zumbido casi imperceptible me indica que ahora estamos en una burbuja aislada. Sin micrófonos, sin escuchas.

—¿Has conseguido acceso? —Su voz cambia instantáneamente, perdiendo el tono académico, recuperando la dureza del agente federal.

—Dimitri Morozov me llevará personalmente a una partida de póker clandestina este sábado —respondo, manteniendo la voz baja por instinto—. Podría ser en los niveles inferiores del casino.

Los ojos de Cooper se iluminan con un destello que me incomoda. Demasiado entusiasmo.

—Excelente —dice, inclinándose hacia delante—. ¿Cómo lo has conseguido?

Siento un calor incómodo subiendo por mi cuello. No voy a contarle sobre el incidente en la cafetería, ni sobre la forma en que Dimitri me miró en la piscina.

—Él se ofreció a llevarme —respondo vagamente—. Creo que está... intrigado por mí.

Cooper arquea las cejas.

—¿Intrigado?

—Sospecha de mí —aclaro rápidamente—. Me pilló husmeando cerca de los ascensores restringidos y le dije que estaba buscando partidas de póker clandestinas. No pareció creerme del todo, pero... —me encojo de hombros— se ofreció a llevarme a una.

—Tal vez quiera vigilarte de cerca —murmura Cooper, más para sí mismo que para mí—. O tal vez haya algo más.

Ignoro deliberadamente la insinuación.

—¿Qué quieres que haga exactamente?

Cooper abre un cajón y saca un estuche de lentes de contacto común. Lo desliza por la mesa hacia mí.

—Tecnología de última generación —explica—. Lentes con cámara incorporada. Activación por triple parpadeo, desactivación igual. La batería dura seis horas.

Cojo la caja con dedos ligeramente temblorosos. Pesa más de lo que parece, cargada con expectativas y traición.

—Queremos todo —continúa Cooper—. Quién asiste, qué se discute, la distribución del espacio, los puntos de acceso, el personal de seguridad. Sería especialmente interesante cualquier conversación sobre envíos, fechas, localizaciones.

—¿Envíos de qué? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Armas, principalmente —confirma—. Nuestras fuentes indican que Morozov ha expandido su operación más allá de las fronteras estatales. Eso lo convierte en un asunto federal.

Asiento mecánicamente, guardando la caja en mi bolso. Un peso frío se instala en mi estómago.

—¿Alguna precaución específica que deba tomar?

—No bebas demasiado. Mantén los ojos abiertos, literalmente. Y no te alejes de Dimitri —hay algo en su tono cuando pronuncia el nombre que me irrita—. Parece que él es tu boleto de entrada y salida.

Una imagen de Dimitri inunda mi mente: su intensidad cuando me dijo que no me separara de él, la preocupación genuina tras su fachada de control. Y ahora voy a usarlo para espiar a su familia.

—¿Y Harper? —pregunto, la culpa filtrándose en mi voz—. ¿Sigue convencido de que está retenida contra su voluntad?

Una sombra cruza el rostro de Cooper.

—El síndrome de Estocolmo puede manifestarse de muchas formas, Sloane. Especialmente en mujeres embarazadas, donde la dependencia emocional se amplifica.

—Pero ella parece realmente feliz —insisto—. Alexei la trata como a una reina.

—Las apariencias engañan —corta secamente—. Necesitamos pruebas concretas de sus operaciones ilegales. Una vez que tengamos suficiente para detenerlo, podremos sacarla de allí y ayudarla a ver la realidad.

La certeza en su voz me irrita, pero la suprimo. Asiento nuevamente, reconociendo la orden implícita: no cuestiones, obedece.

—¿Algo más? —pregunto, ansiosa por terminar la reunión. El aire del despacho se ha vuelto repentinamente denso, asfixiante.

—Ten cuidado —dice, su tono suavizándose ligeramente—. Estos hombres son peligrosos, Sloane. No lo olvides, independientemente de lo encantadores que puedan parecer.

No especifica a quién se refiere, pero la imagen de Dimitri vuelve a mi mente. Sus manos en mi garganta. El calor de su cuerpo contra el mío. Su voz susurrando «el más peligroso de todos».

—Lo tengo claro —respondo, poniéndome de pie—. No estoy de vacaciones.

—Bien —asiente Cooper, apagando el inhibidor—. Ahora, sobre su ensayo de Procedimiento Penal... —su voz regresa al tono profesoral mientras me acompaña hasta la puerta.

El sol de Nevada me golpea con furia cuando salgo del edificio. Mis guardaespaldas caminan a mi lado como sombras fieles, silenciosos y vigilantes. Sergei murmura algo en ruso por su comunicador.

Mientras caminamos hacia el Escalade negro, siento el peso de las lentes de contacto en mi bolso. Un recordatorio constante de mi verdadero propósito aquí. No estoy para hacer amigos. No estoy para sentir mariposas en el estómago cuando cierto ruso de ojos grises me mira. Estoy aquí para hacer un trabajo.

«No lo olvides, independientemente de lo encantadores que puedan parecer.»

El problema es que Dimitri Morozov no es encantador. Es intenso, peligroso, dominante, exasperante... y me atrae de una manera que nunca había experimentado.

Aplasto ese pensamiento con la misma determinación con que pisoteo un insecto. No puedo permitirme estas distracciones. Harper depende de mí. Y yo tengo un trabajo que hacer.

El sábado conseguiré la información que necesitamos. Usaré a Dimitri como mi boleto de entrada, grabaré, y no dejaré que sus ojos, ni sus manos, ni el recuerdo de su aliento en mi cuello me distraigan.

Soy una profesional. O al menos, eso intento ser.

La voz de mi conciencia, que suena sospechosamente como la de mi abuela, susurra: «Mentirosa.»

Y lo peor es que tiene razón.

CAPÍTULO 15

SLOANE

El golpe seco de mis puños contra el saco de boxeo resuena en el gimnasio semivacío. Izquierda. Derecha. Gancho. Cada impacto libera una fracción de la frustración que llevo acumulando durante días.

Son las seis de la mañana, demasiado temprano para la mayoría de los huéspedes del Tsarina. Es exactamente por eso que he elegido esta hora. Necesito espacio. Necesito sudar. Necesito expulsar esta energía inquieta que me mantiene despierta por las noches por culpa de Dimitri.

Lo odio.

Odio lo que me hace sentir.

El gimnasio del hotel es ridículamente lujoso, como todo lo demás en este lugar. Paredes de espejos, equipamiento de última generación, y suelo de madera pulida que huele a limpiador de cítricos. La música electrónica a bajo volumen marca el ritmo de mis golpes mientras trabajo en el saco.

Uno-dos-tres. Respira. Uno-dos-tres.

Las lentes de contacto de Cooper pesan en mi conciencia como plomo. Este sábado es la partida. Este sábado traicionaré oficialmente la hospitalidad de los Morozov. Este sábado usaré a Dimitri como puerta de entrada a su mundo.

Uno-dos-tres. Más fuerte.

Mi camiseta de tirantes ya está empapada de sudor, pegándose a mi piel. Las vendas de mis manos están comenzando a aflojarse. Estoy golpeando demasiado fuerte, sin la técnica adecuada. Me da igual. Necesito esto.

Ahora mismo solo busco desahogarme.

—Lo estás haciendo mal.

La voz profunda y acentuada me sobresalta. El saco me golpea de vuelta, casi derribándome. Me giro, ya sabiendo a quién voy a encontrar.

Dimitri está en la entrada del área de boxeo, con una bolsa deportiva colgada al hombro. Lleva pantalones de chándal negros y una camiseta gris claro que ha visto días mejores. Sus ojos recorren mi cuerpo sudoroso sin disimulo antes de volver a mi cara.

—No recuerdo haber pedido tu opinión —respondo, recuperando la compostura mientras reajusto las vendas de mis manos.

—No la has pedido —dice, dejando caer su bolsa en un banco cercano—. Pero si vas a usar mi gimnasio, preferiría que no te lesionaras por una técnica deficiente.

—¿Tu gimnasio? —arqueo una ceja—. ¿Está a tu nombre?

—En este edificio, todo lo que ves es nuestro —responde con esa arrogancia innata que me irrita y me fascina a partes iguales.

Se acerca al saco y lo estabiliza con una mano. Noto que lleva las manos vendadas. Probablemente venía a entrenar también.

—Tu postura está mal —continúa—. Estás poniendo demasiado peso en el pie delantero y tus hombros están demasiado tensos.

Pongo los ojos en blanco.

—Llevo años entrenando. Sé lo que hago.

—¿Años haciendo qué exactamente? ¿Clases de aeróbic con guantes de boxeo? —su sonrisa es insoportablemente condescendiente—. Porque eso no es kickboxing real.

La irritación enciende algo en mi interior. ¿Quién se cree que es?

—¿Podrías callarte? Estaba perfectamente bien hasta que has llegado.

—Muéstrame tu gancho izquierdo —dice, ignorando mi comentario—. Al saco.

—¿Es una orden? —pregunto, desafiante.

—Considéralo una evaluación.

Suspiro dramáticamente, pero me posiciono frente al saco. Con un movimiento rápido, lanzo mi gancho izquierdo. El saco se balancea ligeramente.

—Patético —murmura.

—¿Perdona?

—Tu muñeca está floja, tu codo demasiado abierto, y no estás rotando la cadera —enumera—. Si golpearas a alguien así, te romperías la mano antes de hacerle daño.

La rabia se enciende en mi pecho, caliente y familiar.

—¿Sabes qué? No todos tenemos el beneficio de ser entrenados desde la cuna.

Es un golpe bajo, pero estoy demasiado irritada para contenerme. Su expresión se endurece, pero no entra a mi juego.

—Si realmente quieres aprender, puedo enseñarte.

—¿Ahora quieres ser mi entrenador? —la risa que sale de mi garganta suena forzada incluso para mí—. Hace tres días dijiste que mis guardaespaldas se quedarían porque no sé defenderme.

—Y lo mantengo —responde, sus ojos grises fijos en los míos—. Pero podría enseñarte.

Algo cambia en el aire entre nosotros. Una oferta. Una oportunidad. Algo más.

—¿Por qué harías eso? —pregunto, mi voz más suave.

Se encoge de hombros, pero hay tensión en el gesto.

—Porque al ritmo que vas, acabarás lesionada. Y eres mi responsabilidad. Quiero decir, de mi hermano.

La palabra «responsabilidad» me golpea como una bofetada fría. Por supuesto. Soy una obligación. Un problema que gestionar.

—No, gracias —digo secamente, dándome la vuelta—. No necesito tu ayuda para nada.

Comienzo a desenvolver las vendas de mis manos. Se acabó el entrenamiento. Se acabó esta conversación.

—¿Dónde crees que vas? —pregunta, la irritación evidente en su voz.

—A la zona de pesas —respondo sin mirarle—. Quizás encuentre a alguien allí que quiera entrenar conmigo sin ser un imbécil condescendiente.

No he dado ni tres pasos cuando su mano se cierra alrededor de mi muñeca. El contacto envía una corriente eléctrica por todo mi brazo. Me giro para enfrentarlo, preparada para una confrontación.

No estaba preparada para su proximidad. Está a centímetros de mí, tan cerca que puedo contar las motas más oscuras en sus iris grises, oler el aroma a menta de su aliento matutino.

—Nadie más va a entrenar contigo —dice, su voz baja y gutural. No es una pregunta. Es una declaración.

—¿No? —desafío, alzando la barbilla—. ¿Y quién lo va a impedir?

Sus dedos se tensan alrededor de mi muñeca, sin hacerme daño, pero recordándome su fuerza.

—Yo —responde simplemente.

Nos miramos fijamente, ninguno dispuesto a ceder. Puedo sentir su respiración, ver el pulso acelerado en su cuello, notar el calor que emana de su cuerpo.

—Enséñame entonces —digo finalmente, sorprendiéndome a mí misma tanto como a él—. Demuéstrame lo que sabes, Morozov.

Algo peligroso destella en sus ojos. Suelta mi muñeca lentamente, sus dedos rozando mi piel en el proceso.

—Ve a la colchoneta —ordena, señalando la zona acolchada en el centro del gimnasio—. Y quítate esas vendas mal puestas.

No tengo muy claro el motivo por el que le obedezco, pero el caso es que acabo frente a frente con él en el lugar que me ha indicado.

La colchoneta azul se hunde ligeramente bajo nuestro peso. Dimitri se mueve con la fluidez de una pantera, colocándose frente a mí. Mientras me quito las vendas, observo su postura: relajada pero alerta, el peso perfectamente distribuido, listo para moverse en cualquier dirección.

—Lo primero —dice—, es la postura. Todo parte de ahí.

Se acerca y, sin pedir permiso, coloca sus manos en mis hombros. Su tacto me sobresalta, aunque intento no mostrarlo.

—Relaja los hombros —murmura, sus pulgares presionando puntos de tensión que ni siquiera sabía que tenía—. Respira desde el diafragma, no desde el pecho.

Sus manos descienden por mis brazos, ajustando el ángulo de mis codos. Cada toque envía pequeñas descargas eléctricas a través de mi piel.

—Los pies deben estar así —continúa, usando su propio pie para mover el mío ligeramente—. El peso distribuido, lista para moverte

en cualquier dirección.

Se coloca detrás de mí, tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo contra mi espalda. Sus manos se posan en mis caderas, y tengo que morderme el labio para no hacer un sonido que me delataría.

—Cuando golpeas, la potencia viene de aquí —dice, sus dedos presionando ligeramente, guiando una rotación de mi cadera—. No de los brazos. Los brazos son solo el conducto.

Su voz es baja, casi íntima, reverberando contra mi nuca. Está tan cerca que puedo sentir su aliento en mi pelo.

—Enséñame lo que sabes hacer —dice, soltándome finalmente y colocándose frente a mí de nuevo—. Golpea al aire. Jab derecho.

Adopto la postura que me ha enseñado y lanzo el puñetazo, consciente de su mirada evaluadora.

—Mejor —asiente—. Ahora con el izquierdo, y luego combinación.

Durante los siguientes minutos, trabajamos en silencio. Jab, cruzado, gancho, uppercut. Una danza de violencia contenida, con Dimitri ocasionalmente ajustando mi postura con toques que duran un segundo más de lo necesario.

Toques que me vuelven completamente loca.

—Ahora contra un objetivo real —dice finalmente—. Yo.

—¿Quieres que te golpee? —pregunto, escéptica.

Una sonrisa torcida aparece en sus labios.

—Quiero que lo intentes. Te bloquearé. Necesitas sentir la resistencia real.

Adopto mi postura, ahora más confiada. Lanzo un jab que él bloquea con facilidad, seguido de un cruzado que ni siquiera roza su guardia.

—Más rápido —ordena—. Menos telegrafía. No me muestres lo que vas a hacer.

Intensifico mis ataques, combinando golpes, buscando aberturas en su defensa impenetrable. Es como golpear una pared. La frustración se mezcla con adrenalina.

—Estás conteniendo la respiración —observa—. Exhala con cada golpe.

De repente, sin advertencia, contraataca. Un jab suave pero firme que casi alcanza mi mentón.

—Nunca bajes la guardia —advierte—. Ni siquiera cuando atacas.

Algo cambia en nuestra dinámica. Ya no es un entrenamiento. Es un combate. Es un juego. Es algo más.

Mis golpes son más decididos ahora, mi cuerpo moviéndose con más fluidez. Veo un destello de aprobación en sus ojos que me enciende por dentro.

Entonces, en un movimiento que no anticipo, Dimitri agarra mi brazo, gira su cuerpo y me derriba. Caigo sobre la colchoneta con un golpe sordo, el aire escapando de mis pulmones. Antes de que pueda recuperarme, está sobre mí, inmovilizándome con su cuerpo.

Sus piernas a cada lado de mis caderas. Sus manos sujetando mis muñecas a ambos lados de mi cabeza. Su rostro a centímetros del mío.

—Nunca te expongas así —murmura, su voz ronca y sus ojos oscurecidos.

No puedo responder. El peso de su cuerpo sobre el mío, el calor que emana de él, la proximidad de su boca... todo me roba las palabras.

—Deberías... deberías soltarme —consigo articular finalmente.

—Debería —concuerda, pero no se mueve.

Nuestras respiraciones se sincronizan, aceleradas y pesadas. Puedo sentir su corazón martilleando contra el mío, tan rápido como el mío. Sus ojos bajan a mis labios, y algo primitivo se despierta en mi interior.

—Dimitri... —susurro, sin saber si es una súplica para que pare o para que continúe.

Algo en mi voz parece romper su control. Con un gruñido bajo, inclina su cabeza y cubre mi boca con la suya.

DIMITRI

Su sabor me golpea como una droga directa al cerebro. Sal, sudor y algo dulce que es puramente ella. Sus labios, suaves y cálidos, se abren bajo los míos en un jadeo sorprendido que aprovecho para profundizar el beso.

Todo mi cuerpo se enciende, cada nervio, cada músculo tenso hacia ella. Suelto sus muñecas para enredar una mano en su pelo, deshaciendo la coleta, mientras la otra se desliza por su costado, sintiendo la curva de su cintura, la expansión de sus costillas con cada respiración acelerada.

Esperaba que me empujara, que me rechazara. En cambio, sus brazos libres me rodean, una mano en mi nuca, la otra en mi espalda, atrayéndome más cerca, como si quisiera fundirse conmigo.

El beso se vuelve desesperado, hambriento. Meses de fantasías condensados en este momento. Mi lengua explora su boca, memoriza cada rincón, baila con la suya en una batalla donde ambos queremos rendirnos.

Deslizo mis labios por su mandíbula, hacia su cuello, ese cuello que he soñado con marcar. Su piel sabe a sal y adrenalina. La muerdo y ella arquea su espalda, presionando sus caderas contra las mías en un movimiento instintivo que casi me hace perder la razón.

—Joder —gruño contra su piel cuando siento su cuerpo ondular bajo el mío, buscando más contacto.

Sus dedos se han colado bajo mi camiseta, uñas cortas arañando ligeramente mi espalda, enviando escalofríos por mi columna. Vuelvo a su boca, hambriento, necesitado, como si pudiera devorarla.

Estoy completamente duro, presionando contra ella sin disimulo. Parte de mí está aterrorizada de lo que está pasando, pero es una parte diminuta ahogada por el deseo abrumador que me consume.

Su mano se desliza hacia mi nuca, enredando los dedos en mi pelo y tirando ligeramente. El pequeño dolor envía una corriente directa a mi entrepierna. Gruño en su boca y muevo mis caderas contra las suyas, provocando un gemido que vibra entre nuestros labios.

La realidad me golpea como un cubo de agua helada. Estamos en el gimnasio del hotel. Son casi las siete. En cualquier momento podría entrar alguien.

Me separo bruscamente, apoyándome en mis brazos para mirarla. Es la imagen más erótica que he visto nunca: tendida debajo mí, con el pelo revuelto enmarcando su rostro sonrojado, con los ojos

vidriosos de deseo, labios hinchados y húmedos. Mi marca en su cuello, rojiza.

—Esto... —comienzo, mi voz áspera, irreconocible.

Cierro los ojos un momento, intentando recuperar algo de control.

—No debería haber pasado —digo finalmente, obligándome a separarme, a sentarme a su lado en la colchoneta.

Se incorpora también, pasándose una mano por el pelo en un intento de ordenarlo. Su respiración aún no se ha normalizado. La mía tampoco.

—Para nada. Ha sido un error. La falta de sexo se ha apoderado de mí —dice, incómoda.

Nos miramos durante unos segundos que se me hacen eternos. Luego, Sloane se levanta y da un paso atrás. Parece que tiene más fuerza de voluntad que yo.

—Tengo cosas que hacer, Morozov —dice con una voz cargada de tensión—. Gracias por… el entrenamiento. Nos vemos por ahí.

Y con eso se separa de mí.

La veo alejarse, el balanceo natural de sus caderas hipnotizándome. Cuando desaparece por la puerta, me paso las manos por la cara.

Estoy jodido. Completamente, irremediablemente jodido.

¿Qué cojones me está pasando con esta mujer?

CAPÍTULO 16

SLOANE

Dos días.

Han pasado dos días desde que Dimitri y yo nos besamos en el gimnasio. Dos días evitándonos mutuamente como si fuéramos portadores de alguna enfermedad contagiosa. Dos días de fingir normalidad con Harper mientras siento que me estoy desintegrando por dentro.

Estoy hecha un completo lío.

La tarde del sábado cae sobre Las Vegas, el sol tiñendo el horizonte con tonos naranjas y púrpuras que se reflejan en los cristales del casino. Estoy sentada en la terraza del ático, con un libro abierto que no estoy leyendo realmente. Mis ojos recorren la misma línea una y otra vez sin retener una sola palabra. Mi mente está en otro lugar. Con otra persona.

Harper ha salido con Alexei. La casa está en silencio, solo interrumpido ocasionalmente por el zumbido distante del aire acondicionado. Me gusta esta soledad. La necesito para poner orden en el caos de mis pensamientos.

Esta noche es la partida de póker. Esta noche debo cumplir mi misión. Esta noche volveré a estar cerca de Dimitri.

El mero pensamiento envía un escalofrío por mi columna. Las lentes de contacto con cámara incorporada descansan en mi habitación, escondidas en el estuche que Cooper me dio. Cada vez que las miro, la culpabilidad crece un poco más en mi estómago.

¿Estoy realmente lista para esto? ¿Para traicionar a Alexei, que me ha acogido en su hogar? ¿Para usar a Dimitri como acceso a información que podría destruir a su familia?

Dimitri.

Su nombre reverbera en mi mente como un mantra. Sus labios sobre los míos. Sus manos en mi cuerpo. La forma en que gruñó contra mi cuello. Todo está grabado a fuego en mi memoria, reproduciéndose en bucle cuando cierro los ojos.

Me paso la mano por el pelo, frustrada conmigo misma. ¿Qué me está pasando? Tengo una misión. Un propósito. No puedo permitir que una atracción física —por intensa que sea— me desvíe. Harper podría estar en peligro. Necesito pruebas, en un sentido u otro.

El sonido de la puerta deslizándose me sobresalta. No he oído llegar a nadie. Me giro, esperando encontrar a Harper de vuelta, pero mi corazón se salta un latido al ver quién ha entrado.

Dimitri Morozov está de pie en el umbral de la terraza, su figura recortándose contra la luz interior. Lleva vaqueros oscuros y una camisa negra con las mangas remangadas, exponiendo los tatuajes de sus antebrazos. Su presencia llena el espacio como si el aire a su alrededor fuera más denso, más cargado.

—Harper me ha dicho que estarías aquí —dice, su voz profunda rompiendo el silencio como una piedra en agua tranquila.

Me enderezo, intentando que mi voz suene casual.

—No sabía que estabas buscándome.

Da un paso hacia la terraza, cerrando la puerta tras él. La atmósfera inmediatamente cambia, como si el oxígeno disminuyera. Su aroma me alcanza incluso desde esta distancia: cuero, aftershave y algo inherentemente masculino que hace que mi pulso se acelere.

—Esta noche es la partida —dice, sin preámbulos, acercándose hasta donde estoy sentada—. ¿Sigues queriendo ir?

—Por supuesto —respondo, manteniendo la compostura—. Es lo que acordamos.

Me estudia durante un largo momento, sus ojos grises recorriendo mi rostro como si buscara algo. Me pregunto qué ve. ¿Nervios? ¿Anticipación? ¿Culpa?

—Hay sitios peligrosos en Las Vegas, Murphy —dice finalmente, apoyándose en la barandilla de la terraza, a pocos metros de mí—. La partida de esta noche es uno de ellos.

—¿Estás intentando asustarme? —pregunto, cerrando el libro que fingía leer.

—Estoy intentando prepararte —corrige, su mirada intensa—. No es un juego. Habrá hombres peligrosos. Mucho dinero. Si haces o dices algo inapropiado...

Deja la frase inconclusa, pero el mensaje es claro.

—Sé comportarme —replico—. No soy una niña.

Una sonrisa torcida aparece en sus labios.

—No, definitivamente no eres una niña.

El aire entre nosotros se carga de electricidad. Por un segundo, estamos de nuevo en el gimnasio, nuestros cuerpos entrelazados, nuestras bocas hambrientas la una de la otra. Aparto la mirada, incapaz de sostener la intensidad de sus ojos.

—¿A qué hora nos vamos? —pregunto, cambiando de tema.

—Te recogeré en la entrada del hotel a las once —responde, su voz más profesional—. Viste... elegante, pero no demasiado llamativa.

—¿Tienes miedo de que te avergüence? —bromeo, intentando aligerar la tensión.

Él no sonríe.

—Tengo miedo de que atraigas la atención equivocada.

Algo en su tono me hace estremecer. Hay una posesividad apenas contenida en sus palabras que debería irritarme, pero, inexplicablemente, hace que un calor se extienda por mi vientre.

—Todavía estás a tiempo de echarte atrás —añade, estudiando mi reacción—. Nadie te juzgaría.

Alzo la barbilla, desafiante.

—Yo no me echo atrás, Morozov. No es mi estilo.

Sus ojos se oscurecen ligeramente.

—Ya veremos si sigues diciendo lo mismo después de esta noche.

Se incorpora, alejándose de la barandilla. Su movimiento envía una nueva ola de su aroma hacia mí: intenso, masculino, perturbador.

—A las once en punto —repite—. No me hagas esperar.

—No lo haré —prometo, mi voz más suave de lo que pretendía.

Nuestras miradas se conectan una última vez, una corriente eléctrica invisible pasa entre nosotros. Luego, sin otra palabra, se da

la vuelta y se marcha. La puerta de cristal se desliza tras él, dejándome sola de nuevo.

Exhalo lentamente, sin darme cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Mi corazón late demasiado rápido, mis manos ligeramente temblorosas. Es el efecto que tiene en mí. Un efecto que no puedo permitirme, especialmente esta noche.

Esta noche soy una agente en una misión. No una mujer atraída por el hombre equivocado.

Me levanto y me dirijo a mi habitación. Tengo que prepararme. Elegir la ropa adecuada. Practicar con las lentes de contacto. Repasar mentalmente todo lo que Cooper me ha instruido a buscar.

Mientras abro mi armario, siento cómo la anticipación y el miedo se entrelazan en mi estómago. Esta noche cambiará todo, de una forma u otra.

Y lo más aterrador es que no estoy segura de qué resultado temo más: fracasar en mi misión, o descubrir que Harper realmente está a salvo y feliz con estos hombres a los que debería estar ayudando a encarcelar.

Hombres como Dimitri Morozov, que me miran como si quisieran devorarme y protegerme al mismo tiempo.

La línea entre el deber y el deseo nunca ha sido tan borrosa, tan peligrosa.

Y esta noche, tendré que caminar sobre ella.

CAPÍTULO 17

DIMITRI

Son las once menos cinco y ya estoy esperando en la entrada principal del Tsarina. Odio la puntualidad excesiva tanto como odio la impuntualidad. Es una de mis muchas contradicciones.

El vestíbulo del hotel resplandece con su habitual opulencia: mármol italiano bajo mis pies, candelabros de cristal en lo alto, el murmullo constante de turistas y jugadores creando una cortina de sonido que me permite pensar. O al menos intentarlo. Porque mis pensamientos están fijos en una sola cosa: ella.

Llevo un traje negro hecho a medida, sin corbata, con varios botones de la camisa desabrochados. Un equilibrio entre la elegancia necesaria para mi posición y la informalidad que requiere el ambiente donde vamos. Los tatuajes asoman ligeramente por mi cuello y muñecas, un recordatorio silencioso de quién soy realmente.

Consulto mi Rolex. Son las once menos dos.

Miro hacia las escaleras principales justo cuando ella aparece, y el tiempo se detiene.

Santa madre de Dios.

Sloane Murphy desciende como una aparición, una visión que hace que mi garganta se seque instantáneamente. Lleva un vestido negro que parece haber sido creado por el mismísimo diablo para tentarme. Largo hasta los tobillos, pero con una abertura lateral que revela su pierna —toda su pierna— con cada paso. El escote, aunque no es excesivamente pronunciado, enmarca unas tetas con las que sueño todas las noches. Su pelo rojo cae en ondas suaves sobre sus hombros desnudos, y sus labios están pintados de un rojo que hace que no pueda apartar la mirada de ellos.

Es magnifica. Es peligrosa. Es jodidamente explosiva.

Varios hombres en el vestíbulo giran la cabeza a su paso, siguiéndola con miradas que conozco demasiado bien. Miradas que me hacen querer arrancarles los ojos.

Cuando llega hasta mí, me doy cuenta de que he estado apretando la mandíbula.

—¿Llego tarde? —pregunta, con una sonrisa que indica que sabe exactamente el efecto que está causando.

Intento recuperar la compostura. Fracaso estrepitosamente.

—No puedes ir así —las palabras salen más bruscas de lo que pretendía—. Tienes que cambiarte. Ahora.

Su sonrisa se desvanece, reemplazada por esa expresión desafiante que he llegado a conocer tan bien.

—¿Disculpa?

—Este vestido —señalo con un gesto de la mano que abarca toda su figura—. Es demasiado... Todo es demasiado.

—¿Demasiado qué, exactamente? —cruza los brazos, lo que solo consigue acentuar su escote. Dios me ayude.

—Llamativo —respondo, bajando la voz—. Provocador. No es adecuado para donde vamos.

—Dijiste elegante pero no demasiado llamativa —replica, repitiendo mis palabras exactas—. Y eso es exactamente lo que llevo.

—Eso —señalo la abertura por donde asoma su pierna—, no es «no demasiado llamativo». Eso es un jodido imán para los problemas.

Varios huéspedes que pasan a nuestro lado comienzan a lanzarnos miradas curiosas. Nuestra discusión está atrayendo más atención de la que puedo permitirme.

—No me voy a cambiar —declara con firmeza—. He pasado dos horas preparándome y es la única ropa adecuada que tengo para… nuestros asuntos.

La miro fijamente, debatiéndome entre la frustración y un deseo que me corroe las entrañas. Si la llevo así, todos los hombres en la sala la devorarán con los ojos. Pero si insisto, crearemos una escena aún mayor.

—Bien —cedo finalmente, acercándome hasta que puedo susurrar en su oído—. Pero si tengo que matar a alguien esta noche por mirarte demasiado, será culpa tuya.

Un escalofrío visible la recorre al sentir mi aliento en su cuello. Al menos no soy el único afectado por esta proximidad.

—Vamos —digo, ofreciéndole mi brazo—. Y por el amor de Dios, no te separes de mí ni un segundo.

SLOANE

Su brazo bajo mi mano es duro como el acero, los músculos tensos revelando su agitación interior. Dimitri me guía a través del bullicioso casino, abriéndose paso entre las máquinas tragaperras y las mesas de juego con la seguridad de quien conoce cada rincón.

Me siento poderosa. La reacción de Dimitri al verme ha sido exactamente lo que esperaba. No, mejor. La forma en que sus ojos recorrieron mi cuerpo, deteniéndose en cada curva, en cada centímetro de piel expuesta... Nunca me he sentido tan deseada.

Es peligroso jugar así con fuego, lo sé. Pero esta noche necesito todas las ventajas que pueda conseguir.

Las lentes de contacto con cámara incorporada se sienten extrañas en mis ojos, un recordatorio constante de mi verdadero propósito esta noche. La culpa amenaza con infiltrarse en mi determinación, pero la empujo hacia atrás. Estoy aquí por Harper. Por la verdad.

Nos detenemos frente al guardia que custodia el pasillo del fondo del Molotov Lounge. Es un hombre con el físico de un armario ropero y la expresión de quien ha visto demasiado. Asiente brevemente a Dimitri cuando lo ve e intercambian algunas palabras en ruso, y luego sus ojos se posan en mí, evaluándome de forma clínica, profesional.

Dimitri dice algo más, su tono repentinamente duro. El guardia aparta la mirada de mí de inmediato, casi como si tuviera miedo.

—¿Qué le has dicho? —susurro cuando comenzamos a caminar de nuevo.

—Que si vuelve a mirarte así, le arrancaré los ojos —responde con naturalidad, como quien comenta el tiempo.

Un escalofrío me recorre la espalda. No por miedo, sino por algo mucho más peligroso. Excitación.

He perdido completamente la cabeza.

El pasillo de paredes rojas nos conduce hasta los ascensores privados. Dimitri acerca una tarjeta y las puertas se abren silenciosamente.

—Este ascensor solo baja —explica mientras entramos—. Tres niveles bajo tierra. Solo unas pocas personas tienen acceso.

El espacio es pequeño, obligándonos a estar cerca. Su aroma me envuelve: cuero, especias y algo inherentemente masculino. Intento no respirar demasiado profundamente, no delatarme.

—¿Hay algo que deba saber antes de llegar? —pregunto, intentando concentrarme.

Me mira, sus ojos grises estudiándome con intensidad.

—No hables a menos que te hablen. No menciones tu apellido. No preguntes a qué se dedica la gente. Y sobre todo —su mano se posa brevemente en mi cintura, un toque posesivo que envía electricidad por mi columna—, no te separes de mí.

Asiento, repentinamente consciente de la seriedad de lo que estamos a punto de hacer. Esto no es un juego.

El ascensor se detiene con un suave tintineo, y las puertas se abren.

Dios mío.

Ante nosotros se extiende un salón que parece salido de otra época. Paredes revestidas de madera oscura, candelabros de cristal rojo que proyectan una luz íntima, alfombras persas auténticas. El aroma a tabaco fino, whisky caro y perfumes exclusivos crea una atmósfera densa, casi embriagadora.

Hay quizás veinte personas distribuidas por el espacio. Hombres con trajes que probablemente cuestan más que mi alquiler de un año. Mujeres con joyas que podrían comprar un apartamento en Manhattan. Todos con esa mirada de quien sabe que está donde el común de los mortales nunca podría acceder.

Dimitri saluda con gestos discretos a varias personas mientras me conduce hacia una barra lateral. Noto las miradas que recibo: curiosidad, evaluación, deseo apenas disimulado. También noto

cómo la mano de Dimitri se tensa en mi cintura con cada una de esas miradas.

—Un Macallan 18 —le dice al camarero, un hombre mayor con el rostro impasible—. Y para la señorita...

—Gin tonic con lima —completo, consciente de que necesito algo que pueda beber lentamente sin emborracharme.

Mientras el camarero prepara nuestras bebidas, Dimitri se acerca a una mujer elegante sentada tras un pequeño escritorio. Intercambian algunas palabras, y luego él extrae un sobre del interior de su chaqueta. La mujer cuenta su contenido —dinero, mucho dinero— y le entrega a cambio una bandeja con fichas de colores.

Cuando regresa a mi lado, me entrega la bandeja. Fichas por valor de...

—¿Cincuenta mil dólares? —susurro, incrédula, al contar mentalmente las fichas—. No puedo aceptar esto.

—Es la compra mínima para entrar en la partida —responde con naturalidad, como si me estuviera ofreciendo calderilla—. Considéralo un regalo del casino.

—Dimitri, no puedo...

—O juegas con este dinero, o no juegas —su tono no admite discusión—. Es tu elección.

Miro las fichas, sintiendo su peso tanto físico como metafórico. Con mi sueldo de camarera nunca podría permitirme esto. Es más dinero del que he tenido jamás.

Pero también es mi única entrada al mundo que necesito investigar.

—Gracias —digo finalmente, aceptando las fichas—. Te lo devolveré.

Una sonrisa ladeada aparece en sus labios.

—No apuestes por ello. Estos jugadores comen principiantes en el desayuno.

El camarero coloca nuestras bebidas frente a nosotros. Dimitri toma un sorbo de su whisky, y yo hago lo mismo con mi gin tonic. Está perfectamente preparado, fuerte pero no excesivo.

—La partida principal comienza en diez minutos —indica Dimitri, inclinándose hasta que sus labios casi rozan mi oído—. ¿Segura que no quieres retirarte?

Su cercanía hace que mi corazón se acelere. Su aliento caliente acaricia mi cuello, y por un segundo me permito imaginar sus labios en esa misma zona, como aquel día en el gimnasio.

—Ya te lo he dicho, nunca me retiro —respondo, mirándole directamente a los ojos—. Especialmente cuando la noche promete ser... interesante.

Sus pupilas se dilatan ligeramente. Punto para mí.

—Vamos entonces —dice, guiándome hacia el fondo del salón—. La mesa principal está por aquí.

DIMITRI

La sala privada de póker es el sanctasanctórum del submundo del Tsarina. Iluminación tenue pero estratégica sobre la mesa, asientos de cuero, servicio discreto y silencioso. En las paredes, iconos rusos antiguos alternan con cuadros de arte contemporáneo obscenamente caros. Un contraste que refleja perfectamente lo que somos: tradición y poder, antigüedad y modernidad.

Sloane toma asiento donde le indico, junto a mí. La mesa está ocupada por seis jugadores más, todos hombres, todos peligrosos a su manera. Conozco a cada uno:

Viktor Petrov, oligarca ruso con conexiones en el Kremlin. Mikhail Ivanov, traficante de armas que se hace pasar por empresario de importación. Eduardo Sánchez, representante del cártel de Sinaloa en Las Vegas. James Wong, mano derecha del sindicato chino en la costa oeste. Y dos jugadores habituales, empresarios legítimos con suficiente dinero y poder para comprar su entrada a este círculo exclusivo.

Todos giran la cabeza cuando Sloane se sienta. Casi puedo sentir sus miradas recorriendo su cuerpo, deteniéndose en el escote de su vestido, en la curva de su cuello, en sus labios rojos. Una ola de posesividad salvaje me inunda, mezclada con rabia.

—Dimitri —saluda Petrov con su acento ruso pronunciado—. No sabía que traerías compañía tan... encantadora.

—La señorita es mi invitada personal —respondo, mi tono dejando claro que no es un tema abierto a discusión—. Y una jugadora formidable.

—Estamos encantados de tenerla entre nosotros —interviene Wong con una sonrisa que no llega a sus ojos—. ¿Tiene nombre esta belleza?

Antes de que pueda responder, Sloane toma la iniciativa.

—Sloane —dice simplemente, con una confianza que me sorprende—. Un placer conoceros a todos.

El crupier comienza a repartir las cartas. Texas Hold'em sin límite. La primera mano siempre es tensa, todos evaluándose mutuamente, buscando tics, debilidades, patrones.

Observo a Sloane de reojo. Su rostro es una máscara perfecta de concentración. Mira sus cartas con una habilidad que me hace preguntarme cuánto de lo que me ha contado sobre sí misma es cierto y cuánto es invención.

Las primeras rondas transcurren sin grandes sorpresas. Sloane juega conservadoramente, ganando algunas manos pequeñas, retirándose de las grandes. Está aprendiendo, observando. Es inteligente.

Y jodidamente sexy cuando se concentra.

Una hora después, la atmósfera ha cambiado. El whisky fluye, los puros cubanos impregnan el aire, las apuestas aumentan. Sloane ha acumulado casi el doble de fichas con las que empezó. No es suerte. Es habilidad.

—Parece que has traído a una tiburona, Morozov —comenta Sánchez después de que Sloane gane otra mano—. ¿Dónde has estado escondida, preciosa?

—En Brooklyn —responde ella con una sonrisa enigmática—. Allí aprendemos a jugar duro.

Algo en su tono, en la forma en que sostiene mi mirada mientras lo dice, hace que un calor familiar se extienda por mi cuerpo. Esta mujer sabe exactamente lo que está haciendo.

La partida continúa. En algún momento, todos excepto Sloane, Petrov y yo nos hemos retirado de una mano. El bote es obsceno. Más de doscientos mil dólares en fichas amontonadas en el centro.

Petrov muestra su jugada: color de corazones, una mano excelente. Yo tengo full house, ases sobre reyes. Una jugada mejor. Miro a Sloane, esperando que se retire.

En lugar de eso, voltea sus cartas con una calma devastadora. Escalera de color. La mejor mano posible.

La mesa se queda en silencio.

—Parece que esta noche es mi noche, caballeros —dice, arrastrando las fichas hacia ella con una sonrisa que haría sonrojar al mismo diablo.

Petrov ríe, un sonido áspero, pero genuinamente divertido.

—Una jugadora excepcional —comenta—. Apuesto a que podrías ganar mucho más que dinero esta noche, si quisieras.

La insinuación cuelga en el aire, pesada, explícita. Siento que la sangre me hierve en las venas.

—La señorita no está interesada —respondo antes de que Sloane pueda hablar.

—¿No debería decidir eso ella misma? —pregunta Petrov, sin apartar los ojos de Sloane.

Para mi sorpresa, ella se inclina ligeramente sobre la mesa, una sonrisa juguetona en sus labios.

—Podría apostar algo más... personal —dice, su voz baja, provocadora—. Aunque me temo que no llevo bragas que apostar.

La revelación envía una descarga eléctrica directa a mi entrepierna. La imagen de ella, sin nada bajo ese vestido, me golpea como un puñetazo. Puedo sentir cómo todos los hombres en la mesa reaccionan de manera similar.

Me inclino hacia ella, mi boca casi rozando su oreja, mi voz tan baja que solo ella puede oírme.

—Si quieres que todos los hombres de esta sala conserven sus ojos, te sugiero que dejes de provocar así —susurro, mi tono una mezcla de deseo y advertencia—. Porque si siguen mirándote como lo están haciendo ahora, voy a tener que arrancarles los ojos.

Se gira ligeramente, sus labios ahora peligrosamente cerca de los míos.

—¿Estás celoso, Dimitri? —pregunta, su aliento mezclándose con el mío.

—Estoy a punto de perder la cabeza —admito, sorprendiéndome a mí mismo con mi honestidad—. Y créeme, no quieres verme perder el control.

Algo destella en sus ojos. ¿Miedo? ¿Excitación? ¿Ambos?

—Tal vez —susurra— es exactamente lo que quiero ver.

El crupier anuncia otra mano, rompiendo el hechizo momentáneamente. Pero mientras las cartas vuelan sobre la mesa, no puedo evitar pensar que, de todos los juegos peligrosos que se juegan bajo tierra en Las Vegas, el que Sloane y yo estamos jugando podría ser el más letal de todos.

Y lo peor es que ambos parecemos decididos a llevarlo hasta el final, sin importar las consecuencias.

CAPÍTULO 18

SLOANE

La sala privada de póker se ha transformado con el paso de las horas. La atmósfera, antes tensa y formal, ahora está cargada de una mezcla de alcohol, tabaco fino y testosterona. El humo de los puros cubanos forma volutas azuladas que danzan bajo la luz tenue de los candelabros, creando un ambiente casi onírico.

Llevamos más de tres horas jugando. Mis fichas han crecido considerablemente, para sorpresa de muchos en la mesa. Especialmente de Dimitri, cuyos ojos se oscurecen cada vez que gano una mano importante. No sé si está irritado o impresionado. Quizás ambos.

Mis lentes de contacto con cámara incorporada han estado grabando todo: los rostros de los jugadores, la disposición de la sala, las conversaciones sobre negocios que florecen entre mano y mano. Cooper estará extasiado con el material que estoy recopilando.

Pero con cada hora que pasa, una sensación incómoda crece en mi interior. Estos hombres son peligrosos, sin duda. He escuchado suficientes insinuaciones sobre negocios ilegales como para confirmarlo. Pero hay algo en la dinámica que no encaja completamente con lo que me habían contado.

Casi parecen… normales.

—Otra ronda, señores... y señorita —anuncia el crupier, recogiendo las cartas de la última mano.

Mientras reorganiza el mazo, una joven camarera se acerca a nuestra mesa. Es hermosa, con rasgos eslavos y una figura delicada enfundada en un vestido negro mucho más corto y ajustado que el mío. Lleva una bandeja con bebidas frescas. Noto que intenta mantener una expresión profesional, pero hay algo en sus ojos —un

miedo apenas contenido, una tensión en su sonrisa— que me resulta inquietantemente familiar.

—Sus bebidas, caballeros —dice con un marcado acento ruso.

Ivanov, el hombre que ha estado bebiendo whisky como si fuera agua durante las últimas dos horas, se gira hacia ella con una sonrisa que me revuelve el estómago. Alarga la mano, no hacia un vaso, sino hacia la cintura de la chica. Sus dedos se clavan en la tela del vestido, arrugándola.

—Tú eres mucho más apetecible que cualquier bebida, preciosa —murmura, su voz pastosa por el alcohol—. ¿Por qué no dejas esa bandeja y te sientas en mi regazo un rato?

La chica se tensa visiblemente, pero mantiene su sonrisa profesional. Sus ojos, sin embargo, se llenan de un pánico silencioso.

—Lo siento, señor, pero debo atender a toda la sala —responde, intentando apartarse sutilmente.

Ivanov no suelta su agarre. Al contrario, lo intensifica. Sus dedos suben por la cintura de la chica hacia el borde de su escote.

—Vamos, sé buena chica. Te pagaré el doble de lo que te pagan por servir bebidas —insiste, su voz más baja, más amenazante.

Algo se retuerce en mi interior. La indignación me quema la garganta. Estoy a punto de intervenir cuando, de repente, una mano se cierra alrededor de la muñeca de Ivanov.

Es Dimitri. Su movimiento ha sido tan rápido que apenas lo he visto. Un momento estaba sentado tranquilamente a mi lado, y al siguiente, su mano está sujetando la de Ivanov con una fuerza que blanquea sus nudillos.

—Suéltala —ordena, su voz tan baja que es casi un susurro, pero cargada de una autoridad indiscutible.

El silencio cae sobre la mesa como una losa. Todos los jugadores se detienen, observando la escena con distintos grados de interés. La tensión es tan densa que casi puedo saborearla, metálica como la sangre en mi lengua.

Ivanov parpadea, sorprendido. Intenta zafarse del agarre de Dimitri, sin éxito.

—Vamos, Morozov —dice, con una risa forzada—. Solo estoy siendo amigable. No seas tan protector con las chicas del servicio.

Dimitri no se inmuta. Su expresión es completamente serena, pero hay algo en sus ojos —un fuego helado, una amenaza silenciosa— que hace que un escalofrío me recorra la espalda.

—En este establecimiento —dice, cada palabra clara y precisa como el filo de un cuchillo—, respetamos a todo el personal. Sin excepciones. Si quieres compañía femenina, hay lugares específicos para eso. Este no es uno de ellos.

Su pulgar presiona un punto en la muñeca de Ivanov que hace que el hombre suelte un jadeo de dolor. Inmediatamente libera a la camarera, que retrocede un paso.

—Lo siento —murmura Ivanov, frotándose la muñeca cuando Dimitri lo suelta—. No pensé que fuera un problema.

—Ahora ya lo sabes —responde Dimitri, volviendo a su posición relajada como si nada hubiera ocurrido.

Se gira hacia la camarera, su expresión suavizándose ligeramente.

—Natalia, ¿verdad? —pregunta. La chica asiente, sus ojos agradecidos—. Tómate un descanso. Envía a otra compañera con las próximas rondas.

—Sí, señor Morozov. Gracias —responde ella, con una inclinación de cabeza que contiene mucho más que una simple cortesía.

Mientras la camarera se retira, observo a Dimitri con nuevos ojos. No ha habido nada teatral en su intervención. No estaba intentando impresionar a nadie. Ha sido un acto instintivo, natural. Como si proteger a alguien más débil fuera una parte tan inherente de él como respirar.

No encaja con la imagen del despiadado mafioso que Cooper me había pintado. Este hombre tiene principios, líneas que no cruza. Incluso aquí, en el corazón de su imperio criminal, hay reglas. Hay honor.

Incluso lo muestra delante de estos hombres poderosos.

Me quedo sin palabras.

El juego continúa, pero mi mente está en otra parte. Observo a Dimitri disimuladamente mientras baraja las cartas, sus dedos largos y ágiles mezclándolas con la experiencia de quien ha pasado miles de horas haciendo exactamente eso. Sus tatuajes asoman por sus

muñecas cuando las mangas de su camisa se mueven, símbolos de una vida que desconozco pero que cada vez me intriga más.

¿Quién es realmente Dimitri Morozov? ¿El mafioso brutal que el FBI me describió, o el hombre que acabo de ver defender a una camarera con la misma fiereza con que protegería a un familiar?

Las dudas se acumulan en mi mente como fichas en una apuesta arriesgada. La misión que parecía tan clara hace unas horas ahora está envuelta en sombras de incertidumbre.

Poco tiempo después, la partida comienza a disolverse. Algunos jugadores se retiran, llevándose sus pérdidas o ganancias. Petrov ha perdido una cantidad considerable ante mí, pero parece más divertido que molesto. Wong se despide con una reverencia formal. Sánchez me lanza una mirada apreciativa final antes de desaparecer por el pasillo.

Ivanov, notablemente más sobrio después del incidente, se acerca a Dimitri antes de marcharse. Para mi sorpresa, se disculpa nuevamente, esta vez con más sinceridad.

—No quise faltar al respeto a tu establecimiento, Morozov —dice, extendiendo su mano—. No volverá a ocurrir.

Dimitri acepta el apretón con un asentimiento breve.

—Las chicas están fuera de los límites, Mikhail —responde—. Siempre.

Cuando finalmente nos quedamos solos, comienzo a recoger mis fichas. He ganado casi el doble de lo que empecé. Cien mil dólares. Una cantidad que me marea solo de pensarla.

—Déjalas —dice Dimitri, deteniendo mi mano con la suya—. Las cambiaremos arriba.

Su toque, casual pero firme, envía chispas eléctricas por mi brazo. Desliza una mano por mi espalda baja, guiándome hacia la salida. El calor de su palma traspasa la tela de mi vestido, marcando mi piel como si fuera hierro candente.

Mientras caminamos hacia el ascensor, su cercanía me envuelve como un manto: su aroma —cuero, whisky, ese toque personal indefinible—, el sonido rítmico de sus pasos sincronizados con los míos, el calor que irradia su cuerpo.

—Has impresionado a todos esta noche —comenta mientras esperamos el ascensor—. No muchos novatos pueden vencer a jugadores como Petrov.

—Te dije que sabía jugar —respondo, incapaz de contener una sonrisa de satisfacción.

—Ciertamente lo has demostrado —asiente, observándome con una intensidad que hace que mi pulso se acelere—. También has demostrado tener un talento especial para meterte en problemas.

El ascensor llega con un suave tintineo. Las puertas se abren y entramos. El espacio cerrado intensifica su presencia, como si el aire mismo se cargara de electricidad. Me apoyo en la pared opuesta, necesitando distancia para pensar con claridad.

—Lo de las bragas... —comienza, su voz más profunda de lo habitual.

—Era una táctica —interrumpo rápidamente—. Para desconcentrarlos.

—Funcionó —admite, con una sonrisa torcida que hace que mi estómago dé un vuelco—. Demasiado bien.

Nos miramos fijamente durante el ascenso, ninguno dispuesto a apartar la mirada primero. En su rostro hay una lucha interna que refleja la mía propia: deseo contra razón, instinto contra control.

Cuando las puertas se abren en el nivel principal del casino, el hechizo se rompe. El bullicio, las luces, la realidad, todo vuelve de golpe.

—Te acompañaré al ático —dice, volviendo a su tono profesional.

Mientras caminamos a través del casino, mi mente regresa al momento en que defendió a la camarera. La decisión se cristaliza dentro de mí como un diamante formándose bajo presión: no entregaré las grabaciones. No todavía. Necesito saber más. Necesito estar segura de lo que estoy haciendo.

El FBI tendrá que esperar. Harper parece genuinamente feliz con Alexei. Y Dimitri... Dimitri es un enigma que necesito resolver por mí misma.

—Estás muy callada —observa cuando llegamos al ascensor que conduce al ático.

—Solo estoy cansada —miento, evitando sus ojos inquisitivos mientras subimos—. Ha sido una noche intensa.

Cuando las puertas se abren en el vestíbulo del ático nos quedamos quietos, mirándonos. Sé que debería entrar, decir buenas noches, alejarme de él y de la confusión que me provoca. Pero mis pies parecen anclados al suelo.

—Gracias —digo finalmente—. Por lo de esta noche.

Él arquea una ceja, su expresión indescifrable.

—¿Por qué exactamente?

—Por lo que hiciste con esa camarera —respondo, sosteniendo su mirada—. No todos los hombres habrían intervenido.

Algo cambia en su rostro. Una sombra de vulnerabilidad, tan breve que podría haberla imaginado.

—No es nada —dice, su voz repentinamente áspera—. Solo mantengo el orden en mi casa.

—No es solo eso —insisto, dando un paso hacia él, reduciendo el espacio entre nosotros—. Tú tienes principios. Líneas que no cruzas.

Por un momento, parece desconcertado, como si le hubiera pillado con la guardia baja. Luego, su expresión se endurece nuevamente.

—No me idealices, Sloane —advierte, mi nombre sonando como una caricia áspera en sus labios—. No soy un buen hombre.

—Quizás no —respondo, sosteniendo su mirada—. Pero tampoco eres el monstruo que pretendes ser.

Carraspeo y doy un paso hacia atrás, saliendo al vestíbulo. Es mi señal para marcharme. Para poner distancia entre nosotros antes de que haga o diga algo de lo que podría arrepentirme.

—Buenas noches, Dimitri —me despido y camino hacia la puerta del ático, abriéndola con rapidez, pero cometo el error de darme la vuelta y mirarlo mientras cierro.

Veo un brillo en sus ojos. Una chispa de algo más allá del deseo o la irritación. Algo que es sorprendentemente parecido al miedo.

Y me pregunto si lo que teme es que yo pueda ver a través de su fachada, hasta el hombre que se esconde debajo.

Quizás yo también temo verlo.

CAPÍTULO 19

SLOANE

Los jardines del campus de UNLV vibran con la energía típica de un miércoles a mediodía. Estudiantes tumbados en el césped, inmersos en sus libros o simplemente disfrutando del sol primaveral. Conversaciones animadas, risas ocasionales, el ocasional frisbee volando entre los árboles.

Todo es tan normal. Tan abrumadoramente normal que me siento como una impostora entre ellos. Como si llevara un cartel invisible que gritara: «Esta mujer está metida hasta el cuello en una operación encubierta del FBI contra la mafia rusa y no tiene ni idea de qué lado está».

Sergei y Yuri, mis sombras permanentes, esperan en el coche a una distancia prudencial, visibles desde donde estoy sentada pero lo suficientemente lejos para no escuchar mi conversación.

Miro el reloj. 12:28. Cooper llegará en dos minutos. Siempre es puntual, una cualidad que antes admiraba y ahora me pone los nervios de punta.

Como invocado por mis pensamientos, lo veo aparecer en el sendero principal. Camina con esa falsa despreocupación que los agentes encubiertos practican, con un maletín que parece demasiado nuevo para un profesor con su supuesto salario.

—Señorita Murphy —saluda al llegar a mi banco, su voz perfectamente modulada para sonar profesional—. Gracias por reunirse conmigo para discutir su trabajo.

Le hago un hueco en el banco, intentando que mi sonrisa parezca natural. Cualquiera que nos observe vera a una alumna y su profesor revisando algún trabajo académico.

—Buenos días, profesor —respondo, siguiendo el guion.

Cooper coloca su maletín entre nosotros y lo abre, sacando una carpeta con papeles. Disimuladamente, activa el inhibidor de señal que lleva oculto. El zumbido apenas perceptible me indica que ahora podemos hablar con libertad.

—¿Y bien? —pregunta sin preámbulos, su voz cambiando instantáneamente a un tono más duro, más real—. ¿Qué has conseguido?

Mi estómago se contrae. He ensayado esta conversación mentalmente durante los dos días desde la partida de póker, pero ahora que ha llegado el momento, las palabras parecen atascarse en mi garganta.

—La partida fue... interesante —comienzo, eligiendo cuidadosamente mis palabras—. Mucha gente importante. Muchas conversaciones sobre negocios que parecían tener doble sentido.

Cooper me observa con intensidad, sus ojos evaluando cada matiz de mi expresión. Me pregunto si puede leer en mi rostro la mentira que estoy a punto de soltar.

—¿Las lentillas funcionaron bien? —pregunta directamente—. No hemos recibido ninguna transmisión.

Aquí viene.

—Sobre eso... —bajo la mirada, fingiendo frustración—. Tuve un problema. No pude usarlas.

—¿Qué tipo de problema? —su tono se endurece.

—Se rompieron mientras intentaba colocármelas —miento, sorprendida por la facilidad con que las palabras salen de mi boca—. Tengo los ojos sensibles y me estaban irritando demasiado. Temí que me delataran si seguía intentándolo.

El silencio que sigue es denso, casi físico. Puedo sentir la incredulidad emanando de Cooper como una onda de calor.

—¿Me estás diciendo —dice finalmente, su voz controlada pero con un filo peligroso— que una tecnología de más de 50.000 dólares se rompió mientras intentabas ponértela?

Me obligo a mantener la mirada firme, a no parpadear, a no mostrar culpa.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo. Lo siento, pero no soy una agente entrenada. Soy una civil que está haciendo lo mejor

que puede en una situación extremadamente peligrosa.

Cooper exhala lentamente, frotándose el puente de la nariz. Puedo ver los engranajes girando en su cabeza, evaluando si creerme o no.

—Está bien —dice finalmente—. Los accidentes ocurren. Tendremos que conformarnos con tu informe verbal. ¿Qué pudiste observar? ¿Quién estaba presente? ¿Escuchaste algo sobre envíos, fechas, contactos?

—No me dejaron moverme libremente —continúo con mi historia cuidadosamente elaborada—. Dimitri me mantuvo pegada a su lado todo el tiempo. Solo estuve en la mesa de póker, jugando. No pude explorar ni escuchar conversaciones privadas.

Cooper me estudia, su mirada más penetrante.

—¿Estás segura de que eso es todo? —pregunta, su tono insinuando que sospecha que estoy ocultando información—. Porque pareces bastante... cómoda para alguien que ha pasado una noche entre criminales peligrosos.

El calor sube por mi cuello. ¿Tan transparente soy?

—No fue tan terrible como esperaba —admito, mezclando verdad con mentira—. Fueron respetuosos, al menos conmigo. Creo que mi conexión con Harper me da cierta protección.

Cooper se inclina hacia mí, invadiendo mi espacio personal de una manera que me incomoda.

—Sloane, necesito que entiendas algo fundamental —su voz baja, casi un susurro—. La impresión personal que tengas de estos hombres no cambia quiénes son. Son criminales, traficantes, asesinos. Que sean educados en una mesa de póker no borra la sangre de sus manos.

La imagen de Dimitri defendiendo a la camarera destella en mi mente. También la de Alexei mirando a Harper con adoración. ¿Son realmente lo que Cooper describe? ¿O es más complicado que eso?

—Lo sé —respondo, tensando la mandíbula—. No soy idiota.

—Entonces actúa como si lo supieras —replica, su tono más duro —. Necesitamos pruebas, Sloane. Necesitamos información concreta. Si no puedes proporcionárnosla, empezaré a preguntarme si tu lealtad sigue estando donde debe estar.

Algo se rompe dentro de mí. La frustración, el miedo y la confusión de los últimos días convergen en un punto y explotan.

—¿Mi lealtad? —mi voz es un siseo furioso—. ¿Te atreves a cuestionar mi lealtad cuando soy yo la que está arriesgando su cuello? ¿Cuando soy yo la que duerme bajo el mismo techo que estos supuestos monstruos? ¿Cuando soy yo la civil que está haciendo el trabajo que debería estar haciendo un agente entrenado?

Cooper parece momentáneamente sorprendido por mi estallido. Mira rápidamente alrededor, comprobando que nadie nos preste atención especial.

—Baja la voz —ordena—. No estoy cuestionando tu valor, sino tu enfoque. Te estás ablandando, lo veo en tus ojos. Y eso es peligroso, para ti y para la operación.

Respiro profundamente, intentando calmarme. El sabor amargo de la bilis sube por mi garganta.

—Mira, lo entiendo —digo finalmente, forzándome a usar un tono más razonable—. Quieres resultados. Yo también. Pero esto lleva tiempo. Necesito ganarme su confianza antes de poder acceder a información realmente valiosa.

Cooper me observa durante un largo momento, evaluando. Finalmente, su postura se relaja ligeramente.

—De acuerdo —concede—. Pero no tenemos tiempo infinito, Sloane. Cada día que Harper permanece con ellos es un día que está en peligro.

Una risa seca escapa de mis labios antes de que pueda contenerla.

—¿En peligro? Harper está más feliz y protegida de lo que la he visto jamás. Si alguien la viera, pensaría que está viviendo un cuento de hadas, no un secuestro.

Las palabras salen antes de que pueda pensar, y sé inmediatamente que he cometido un error. La expresión de Cooper se endurece.

—Ahí está —dice, señalándome con un dedo acusatorio—. Ahí está exactamente lo que me preocupa. Estás comprando su versión. Estás dejando que te manipulen.

—No estoy...

—El síndrome de Estocolmo —me interrumpe— no solo afecta a los rehenes, Sloane. También puede afectar a quienes están demasiado cerca de la situación. Cuidado con eso.

Su insinuación me enciende por dentro. ¿Está sugiriendo que estoy siendo manipulada? ¿Que no puedo confiar en mi propio juicio?

—No me des lecciones de psicología —replico, enderezando la espalda—. Sé perfectamente lo que estoy haciendo. Y si quieres que siga haciéndolo, necesito que confíes en mí.

Cooper cierra su maletín con un chasquido final.

—Confío en tu intención —dice, poniéndose de pie—. Es tu objetividad lo que me preocupa.

Se aleja unos pasos, luego se gira para decirme un último comentario.

—Te daré otra semana. Después de eso, necesito pruebas concretas. Y Sloane... —su mirada se vuelve significativa— ten cuidado con el hermano. Dimitri Morozov tiene el historial más violento de los dos. No es alguien con quien quieras involucrarte.

Lo observo alejarse por el sendero, su silueta disolviéndose entre los grupos de estudiantes. Mi corazón late demasiado rápido, mis manos ligeramente temblorosas por la adrenalina de la confrontación.

He mentido al FBI. He ocultado pruebas. He desafiado a mi contacto.

Y lo más aterrador es que no me arrepiento.

Mientras recojo mis cosas, avistando a Sergei y Yuri acercándose para escoltarme de vuelta al casino, me pregunto en qué momento cambió todo. ¿Cuándo empecé a dudar de lo que me habían contado? ¿Cuándo comencé a ver a los hermanos Morozov no como objetivos sino como personas complejas?

¿Cuándo empecé a pensar en Dimitri como algo más que un criminal?

No tengo respuestas. Solo preguntas, cada vez más confusas y peligrosas. Y una semana para encontrar mi camino en este laberinto moral antes de que Cooper pierda la paciencia.

Una semana para decidir a quién traicionar.

CAPÍTULO 20

DIMITRI

Conozco mil seiscientas cuarenta y siete formas distintas de asesinar a un hombre con mis manos desnudas. He practicado al menos doscientas de ellas. Sin embargo, mientras observo a mi hermano sonriendo con ese gesto satisfecho, ninguna me parece lo suficientemente dolorosa para lo que se merece.

—Necesitan un acompañante de mi confianza—repite Alexei, sin molestarse en ocultar su diversión ante mi evidente incomodidad—. Y yo tengo reuniones todo el día.

Estamos en su despacho, el sanctasanctórum desde donde controla nuestro imperio. A través de los ventanales panorámicos, Las Vegas se extiende como un tablero de juego bajo el sol de la mañana. Alexei, perfectamente vestido con un traje gris acero, me observa desde detrás de su escritorio caoba.

—¿No pueden comprar en las tiendas del Casino? ¿Y no puedes asignarle a Harper un equipo de seguridad? —pregunto, controlando mi tono—. ¿Por qué tengo que ser yo quien las acompañe de compras?

—Porque Harper confía en ti —responde, y luego añade con una mirada significativa—. Y porque tú y Sloane parecéis... a gusto juntos.

Mi mandíbula se tensa. Por supuesto que Alexei se ha dado cuenta. Mierda. Mi hermano siempre ha tenido un don para detectar mis debilidades. Y Sloane Murphy se ha convertido en mi debilidad más evidente, por mucho que intente negarlo.

—No sabes lo que estás diciendo —contesto, rechinando los dientes—. Y preferiría supervisar el nuevo cargamento que llega esta tarde.

—Viktor puede encargarse del cargamento —contraataca Alexei, su tono dejando claro que no es una sugerencia—. Harper está embarazada de cinco meses. Quiere comprar cosas para el bebé en la ciudad y Sloane se ha ofrecido a acompañarla. Y tú vas a asegurarte de que ambas estén seguras.

Suspiro, admitiendo la derrota. Cuando Alexei se ofusca en algo, la discusión ha terminado. Es igual que yo.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunto, resignado.

—El que necesiten —responde, volviendo a los documentos sobre su mesa—. Son mujeres de compras, Dimitri. Podrían ser horas.

Joder.

—Y una cosa más —añade, sin levantar la vista de sus papeles—. Intenta no matar a nadie.

—No prometo nada —murmuro mientras me dirijo a la puerta.

La risa de Alexei me persigue hasta el pasillo.

El centro comercial Fashion Show Mall, en pleno Strip de Las Vegas, es exactamente mi idea del infierno: demasiada gente, demasiadas luces, demasiado ruido. Y ahora, además, demasiada Sloane Murphy.

Camina delante de mí, junto a Harper, charlando animadamente sobre marcas de ropa infantil que no conozco ni me importan. Lleva unos vaqueros ajustados que abrazan sus curvas de forma casi obscena y una camiseta negra sencilla que, de alguna manera, parece más provocativa que cualquier vestido de noche.

He estado evitándola durante tres días, desde la noche de la partida de póker. Desde que vi algo en sus ojos que me aterró: comprensión. Como si hubiera visto a través de mi fachada, hasta el hombre que hay debajo. El hombre que podría haber sido en otra vida, si no fuera quien soy.

Es peligroso. Ella es peligrosa. Y ahora estoy atrapado en un centro comercial con ella durante horas.

—¡Oh, mira esta tienda! —exclama Harper, señalando un establecimiento de artículos para bebés—. Tienen de todo para la

habitación del niño.

Sloane sonríe, asintiendo con entusiasmo, y ambas se dirigen hacia la tienda. Las sigo a una distancia prudencial, mis ojos escaneando constantemente nuestro entorno. Dos de mis hombres nos acompañan, suficientemente lejos para darles la ilusión de la privacidad, pero lo bastante cerca para intervenir si fuera necesario.

Mientras las mujeres examinan cunas, móviles musicales y pequeños muebles, me mantengo cerca de la entrada, observando. Harper parece genuinamente feliz, su rostro iluminado mientras sostiene diminutas prendas de ropa. El embarazo le sienta bien; hay un brillo en ella que hace que entienda por qué mi hermano está tan obsesionado.

Sloane, a su lado, muestra un entusiasmo que no esperaba. La veo sentir la suavidad de una manta, ayudar a Harper a elegir entre dos móviles, reír ante un body con un mensaje divertido. Hay una naturalidad en ella que no había visto antes.

Nuestras miradas se cruzan ocasionalmente. Cada vez, ella sostiene el contacto visual un segundo más de lo necesario, con un desafío silencioso que me irrita y me excita a partes iguales.

Después de lo que parece una eternidad, salen de la tienda con varias bolsas que mis hombres se apresuran a cargar. Harper consulta su reloj.

—Deberíamos descansar un poco —sugiere, acariciándose el vientre—. El bebé está practicando kickboxing.

—Hay una cafetería en el siguiente nivel —dice Sloane, señalando las escaleras mecánicas.

Asiento en silencio, y nos dirigimos hacia allí. Mientras caminamos, noto cómo Sloane se queda ligeramente rezagada, hasta quedar a mi lado.

—¿Te diviertes, Morozov? —pregunta con esa sonrisa provocativa que me pone los nervios de punta.

—Inmensamente —respondo secamente—. No hay nada que me guste más que comprar ropa de bebé.

Suelta una risa suave, y el sonido me recorre la columna como electricidad estática.

—Podría ser peor —dice, inclinándose ligeramente hacia mí—. Podríamos estar comprando ropa interior.

La miro de reojo, intentando determinar si está bromeando o si es una amenaza velada. La diversión en sus ojos sugiere ambas cosas.

—No tientes a la suerte, Murphy.

Su sonrisa se ensancha, y un escalofrío de premonición me recorre el cuerpo. Esta mujer va a ser mi perdición.

Ya es mi perdición.

SLOANE

Disfruto demasiado viendo a Dimitri Morozov, el temible mafioso ruso, completamente fuera de su elemento. Lleva tres horas siguiéndonos por el centro comercial con expresión de condenado a muerte, contestando con monosílabos cuando Harper le pregunta su opinión sobre algún artículo.

Es casi adorable. Si uno puede considerar adorable a un hombre de un metro noventa de músculo tenso, tatuajes amenazadores y ceño perpetuamente fruncido.

Después de un breve descanso en la cafetería, donde Harper ha devorado un trozo de tarta que haría llorar a cualquier nutricionista, nos dirigimos hacia las últimas tiendas de nuestra lista. Caminamos tranquilamente, Harper en el centro, Dimitri y yo flanqueándola como guardaespaldas extrañamente desiguales.

Es entonces cuando la veo: una tienda de Victoria's Secret, su escaparate resplandeciente de encaje, seda y promesas de seducción.

Una idea malvada cruza mi mente.

—Harper —digo, señalando la tienda—, ¿no comentaste que necesitabas sujetadores nuevos para adaptarse a tus...? —hago un gesto vago hacia su pecho, visiblemente más generoso por el embarazo.

Harper asiente, completamente ajena a mi verdadera intención.

—¡Cierto! Ya apenas me sirven los que tengo. ¿Te importa que entremos un momento?

Giro la cabeza hacia Dimitri justo a tiempo para ver cómo su expresión se transforma del aburrimiento a algo parecido al pánico.

Sus ojos se entrecierran, captando perfectamente mi juego.

—Por supuesto —respondo, ignorando deliberadamente su mirada asesina—. Yo también necesito algunas cosas.

Harper se dirige alegremente hacia la tienda. Dimitri me agarra del codo antes de que pueda seguirla, sus dedos son como un brazalete de hierro alrededor de mi brazo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —susurra, su voz es un gruñido bajo.

Me zafo de su agarre con un movimiento fluido, disfrutando de la chispa de sorpresa en sus ojos.

—Compras, Morozov —respondo con inocencia fingida—. ¿No es para eso que estamos aquí?

Sin esperar su respuesta, sigo a Harper al interior de la tienda, consciente de la mirada fulminante que me perfora la espalda.

El interior es un santuario de feminidad en rosa y negro. Maniquíes con lencería diminuta, estantes repletos de bragas de encaje, y el aroma dulzón característico de la marca. Harper se dirige directamente a la sección de maternidad, dejándome libre para mi pequeña venganza.

Camino deliberadamente hacia los conjuntos más provocativos, sintiendo la presencia de Dimitri como una sombra oscura a varios metros. Ha optado por quedarse cerca de la entrada, visiblemente incómodo, pero sus ojos no me abandonan ni un segundo.

Perfecto.

Tomo un sujetador de encaje negro, sosteniéndolo contra mi cuerpo mientras finjo evaluar su tamaño. Luego, un conjunto rojo sangre con ligueros a juego. Cada prenda más escandalosa que la anterior. Con cada elección, miro directamente hacia Dimitri, como preguntándole silenciosamente su opinión.

Su mandíbula está tan tensa que temo que se rompa los dientes. Sus puños, cerrados a los costados, blanquean los nudillos. La vena en su cuello late visiblemente incluso desde esta distancia.

Harper, bendita sea, está tan concentrada en sus propias compras que no nota nada del silencioso duelo que estamos librando.

Cuando llego a un body de encaje transparente que apenas cubriría lo esencial, decido elevar la apuesta. Me acerco a él, la

prenda colgando provocativamente de mi dedo índice.

—¿Qué opinas? —pregunto, mi voz es inocente pero mis ojos cualquier cosa menos eso—. ¿Demasiado atrevido?

Sus ojos, habitualmente grises, están casi negros ahora. Casi puedo ver el control desmoronándose detrás de ellos.

—Sal. De. Aquí —articula, cada palabra como un trozo de hielo.

—¿Por qué? —pregunto, fingiendo confusión—. Solo estoy pidiendo tu opinión. Como experto en mujeres que debes ser.

Algo salvaje destella en su mirada.

—Murphy, si sigues con esto...

—¿Qué? —lo desafío—. ¿Vas a sacarme a rastras? Eso llamaría bastante la atención, ¿no crees?

Durante un instante, parece que está considerando exactamente eso. Luego, su expresión se recompone en una máscara fría.

—Haz lo que quieras —dice, dándose la vuelta como para marcharse.

—Le diré a Yuri que me ayude —le espeto.

La idea de otro hombre observándome mientras compro lencería me molesta de una forma que no esperaba.

—¿Te molesta la idea de que otra persona me vea eligiendo mi ropa interior? —pregunto, siguiéndolo unos pasos.

Se detiene tan abruptamente que casi choco contra su espalda. Se gira lentamente, y la intensidad de su mirada casi me hace retroceder.

—Nadie va a verte elegir tu puta ropa interior —dice, su voz tan baja que apenas lo escucho—. Ni Yuri, ni nadie.

Debería sentirme intimidada. Debería dar marcha atrás. Pero hay algo en su posesividad que enciende una llama perversa dentro de mí.

—¿Y quién eres tú para decidir quién me ve y quién no? —replico, acercándome un paso más—. La verá quien yo quiera que la vea.

Es como ver una avalancha en cámara lenta. El momento exacto en que la última barrera de su control se rompe. Sus ojos se oscurecen completamente, y en un movimiento fluido que apenas registro, su mano se cierra alrededor de mi muñeca.

—Harper —llama, su voz sorprendentemente normal considerando la tormenta en sus ojos—. Sloane y yo esperaremos junto a los probadores. Tómate tu tiempo.

Harper, visible entre los estantes, asiente distraídamente, demasiado ocupada comparando dos sujetadores.

Antes de que pueda protestar, Dimitri me arrastra hacia el fondo de la tienda, donde una cortina separa la zona de probadores. Con un vistazo rápido para asegurarse de que nadie nos observa, me empuja dentro de uno de los cubículos y cierra la cortina tras nosotros.

El espacio es diminuto. Apenas dos metros cuadrados, espejos en tres paredes, iluminación cálida diseñada para favorecer a quien se prueba la ropa. Pero ahora solo refleja a Dimitri y a mí, tan cerca que puedo sentir el calor emanando de su cuerpo.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —sisea, su voz un susurro furioso—. ¿A qué estás jugando?

Debería estar asustada. Estoy atrapada en un espacio minúsculo con un hombre que podría romperme el cuello con una mano. Pero lo único que siento es una excitación salvaje, primitiva.

—¿Yo? —respondo, desafiante—. Solo estoy comprando, como cualquier mujer normal. Eres tú quien me ha arrastrado a un probador.

Su mano se mueve tan rápido que apenas la veo. De repente, sus dedos se cierran alrededor de mi garganta, no con fuerza suficiente para asfixiarme, sino para inmovilizarme. Me empuja suavemente contra la pared de espejos, su cuerpo una presencia imponente frente al mío.

—Estás jugando con fuego —murmura, su rostro a centímetros del mío—. ¿Quieres saber cómo acabará cualquier hombre que piense siquiera en verte así?

Su agarre es firme pero controlado, ejerciendo presión en los lados de mi cuello, no en la tráquea. Es una restricción, no un estrangulamiento. Y para mi absoluta sorpresa, me excita como nada lo ha hecho jamás.

Un calor líquido se extiende entre mis piernas, mi pulso se acelera, y mi respiración, ya dificultada por su mano, se vuelve

superficial por razones completamente distintas.

—No eres mi dueño —logro articular, mi voz más ronca de lo que esperaba—. Si estoy... insatisfecha y no obtengo alivio, tendré que buscarlo.

Sus pupilas se dilatan, devorando el gris de sus iris. Su pulgar acaricia la línea de mi mandíbula en un gesto casi tierno que contradice la posesividad de su agarre.

—¿Es eso? —pregunta, su voz es un rumor oscuro que vibra contra mi piel—. ¿Estás provocándome porque estás cachonda y frustrada?

El rubor sube por mi cuello hasta mis mejillas, pero sostengo su mirada. No voy a retroceder ahora.

—¿Y qué si es así?

Una sonrisa lenta, depredadora, curva sus labios. Sin soltar mi garganta —ese agarre que está despertando sensaciones que nunca supe que me gustaban antes de él— su otra mano desciende por mi cuerpo. Roza mi cuello, mi clavícula, el valle entre mis pechos, mi abdomen, dejando un rastro de fuego a su paso.

—Podías haberlo dicho —murmura, sus dedos jugueteando con el botón de mis vaqueros—. Hubiera sido mucho más sencillo.

Mi corazón late tan fuerte que estoy segura de que puede sentirlo bajo sus dedos. Su mano se desliza dentro de mis pantalones, bajo la tela de mis bragas, y encuentra la humedad que traiciona mi excitación.

—Estás empapada —susurra contra mi oído, su aliento caliente erizando mi piel—. ¿Todo esto es por mí?

Quiero negarlo. Quiero mantener algún tipo de control sobre la situación. Pero entonces sus dedos encuentran mi clítoris y toda capacidad de pensamiento coherente me abandona.

Un gemido escapa de mis labios, rápidamente silenciado por su mano que presiona suavemente mi garganta.

—Shh —advierte, su voz mezclando diversión y deseo—. No querrás que toda la tienda sepa lo que estamos haciendo, ¿verdad?

Sus dedos comienzan a moverse en círculos precisos, aplicando la presión exacta, como si ya conociera mi cuerpo, como si supiera exactamente cómo tocarme para volverme loca. Mientras tanto, su

agarre en mi garganta se mantiene firme, controlando mi respiración, recordándome constantemente quién tiene el poder.

Y lo más perturbador es que me encanta. Me encanta sentirme dominada así, a merced de sus manos expertas, incapaz de moverme, de respirar, de pensar en nada más que las sensaciones que está provocando en mi cuerpo.

—Dime, Sloane —susurra, usando mi nombre por primera vez en lo que parece una eternidad—. ¿Es esto lo que querías? ¿Esto es lo que has estado buscando con tus provocaciones?

Dos de sus dedos se deslizan dentro de mí, curvándose perfectamente contra ese punto que me hace ver estrellas. Su pulgar continúa estimulando mi clítoris con movimientos firmes y precisos. Es demasiado. Es perfecto.

—Contéstame —exige, su voz es un gruñido bajo mientras aumenta la presión en mi garganta, solo un poco, lo justo para que mi cabeza se sienta ligera, para que cada sensación se intensifique.

—Sí —jadeo, las palabras escapando sin mi permiso—. Dios, sí.

Su sonrisa contra mi piel es como la de un depredador satisfecho. Sus dedos aceleran el ritmo, llevándome cada vez más cerca del borde. Estoy atrapada entre su cuerpo y el espejo, completamente a su merced, y nunca me he sentido más viva.

—Córrete para mí —ordena, su voz ronca de deseo—. Ahora.

Como si mi cuerpo estuviera programado para obedecer, el orgasmo me golpea con una fuerza brutal. Una ola de placer tan intensa que mis rodillas cederían si no fuera por su cuerpo sosteniéndome contra la pared. Mis músculos internos se contraen alrededor de sus dedos, mi visión se nubla, y tengo que morderme el labio hasta casi hacerlo sangrar para no gritar.

Dimitri mantiene el ritmo, prolongando mi clímax hasta que es casi doloroso. Solo entonces retira lentamente sus dedos, dejándome temblorosa y jadeante. Su mano abandona mi garganta con la misma delicadeza, como si temiera haberme hecho daño.

Durante unos segundos, nos quedamos así, respirando el mismo aire, nuestros cuerpos tan cerca que puedo sentir su erección presionando contra mi vientre. Espero que me bese, que termine lo que ha empezado, que busque su propio placer.

En lugar de eso, lleva los dedos que estaban dentro de mí a sus labios y los lame lentamente, sus ojos nunca abandonando los míos.

—La próxima vez que quieras atención —dice, su voz controlada a pesar de la evidente tensión en su cuerpo—, solo pídela. No necesitas juegos.

Y sin otra palabra, se da la vuelta y sale del probador, dejándome sola, temblorosa y más confundida que nunca.

Me observo en el espejo: mejillas sonrojadas, ojos brillantes, labios hinchados de morderlos. Parezco exactamente lo que soy: una mujer que acaba de tener el orgasmo más intenso de su vida a manos de un hombre que debería odiar.

Un hombre que acaba de demostrar que tiene tanto control sobre mí como yo creía tener sobre él.

Enderezando mi ropa con dedos temblorosos, intento recuperar la compostura. Una parte de mí quiere sentirse victoriosa por haberlo provocado hasta ese punto. Otra parte, la más honesta, sabe que he perdido esta batalla.

Porque ahora sé exactamente cómo se siente estar bajo su dominio. Y lo peor es que quiero más.

Mucho más.

CAPÍTULO 21

SLOANE

Las luces de Las Vegas parpadean como estrellas artificiales más allá de las ventanas del ático. Es viernes por la noche, y por primera vez en semanas, me siento casi normal. Casi como la antigua Sloane de Brooklyn, la que no tenía que preocuparse por conspiraciones del FBI o mafiosos rusos que la tocaban en probadores.

Harper y yo estamos acurrucadas en el gigantesco sofá de la sala de estar, rodeadas de mantas suaves y cojines mullidos, con un enorme cuenco de palomitas entre nosotras. En la pantalla gigante de la pared, Julia Roberts discute con Richard Gere en *Pretty Woman*, una de nuestras películas favoritas para las noches de chicas desde el instituto.

—Nunca entenderé por qué los ricos no comen las palomitas con mantequilla —comenta Harper, metiendo la mano en el cuenco y llevándose un puñado a la boca—. Es lo mejor.

Sonrío, observándola disimuladamente. Lleva el pelo recogido en un moño desordenado, una camiseta vieja de los Ramones estirada sobre su vientre de cinco meses, y pantalones de yoga. Ningún rastro de la mujer elegante que Alexei muestra en eventos públicos. Esta es mi Harper. La auténtica.

El bebé parece especialmente activo esta noche. Cada pocos minutos, veo cómo ella coloca instintivamente la mano sobre un lado de su vientre, como acariciando una patada.

—¿Está inquieto hoy? —pregunto, señalando con la barbilla hacia su barriga.

—Como no te imaginas —responde con una mezcla de cansancio y orgullo maternal—. Alexei dice que será un luchador como su tío

Dimitri. Yo creo que simplemente ha heredado la impaciencia de su padre.

El nombre de Dimitri envía un escalofrío familiar por mi columna. Han pasado varios días desde el incidente en el probador, y todavía puedo sentir fantasmalmente sus dedos en mi garganta, en mi interior. El recuerdo me despierta por las noches, jadeante, húmeda, confundida.

—¿Cómo va todo con él? —Harper pregunta repentinamente, como si pudiera leer mi mente.

Me atraganto con la palomita que estaba masticando.

—¿Con quién? —logro articular entre toses.

Harper pone los ojos en blanco, pasándome una botella de agua.

—Con Dimitri, obviamente. Hay tanta tensión entre vosotros que casi se puede cortar con un cuchillo.

El calor sube por mi cuello hasta mis mejillas. ¿Tan transparente soy?

—No hay nada entre nosotros —miento, tomando un largo trago de agua para ganar tiempo—. Es un capullo arrogante que me saca de quicio.

Harper me estudia con una intensidad que me recuerda por qué siempre ha sido imposible mentirle. Siempre ha tenido esa capacidad para ver a través de mis excusas.

—Mmm-hmm —murmura, claramente no convencida—. Y por eso os miráis como si quisierais devoraros mutuamente cada vez que estáis en la misma habitación.

El recuerdo de Dimitri lamiéndose los dedos después de hacerme llegar al orgasmo destella en mi mente. *Devorar* es una palabra demasiado acertada.

—Es... complicado —admito finalmente, bajando el volumen de la televisión con el mando—. No debería sentir lo que siento por él.

Harper se acomoda, girándose para mirarme directamente, emocionada por esta confidencia.

—¿Y qué sientes exactamente?

La pregunta del millón de dólares. ¿Qué siento por Dimitri Morozov? ¿Atracción? Indudablemente. ¿Frustración? A niveles

estratosféricos. ¿Algo más profundo? Esa es la parte que me aterroriza explorar.

—No lo sé —respondo honestamente—. Me confunde. Me irrita. Y al mismo tiempo...

—Te excita como nadie —completa Harper con una sonrisa traviesa.

No puedo evitar reír.

—Eres terrible.

—Soy observadora —corrige, llevándose más palomitas a la boca —. Y conozco esa mirada. Es la misma que tengo yo cuando miro a Alexei.

Sus palabras abren una puerta que he estado temiendo cruzar. Es el momento perfecto para hacer las preguntas que realmente necesito. Para conocer la verdad de su propia boca.

—Harper —comienzo, intentando que mi voz suene casual—, ¿puedo preguntarte algo personal?

—¿Más personal que admitir que mi cuñado te pone a mil? —bromea, pero luego su expresión se suaviza—. Claro, lo que sea.

Respiro profundamente, eligiendo mis palabras con cuidado.

—¿Eres realmente feliz aquí? Con Alexei, con todo esto —hago un gesto abarcando el lujoso ático—. A veces parece que todo sucedió tan rápido...

Harper permanece en silencio un momento, su mano acariciando distraídamente su vientre en movimientos circulares. Cuando habla, su voz tiene una cualidad que nunca había escuchado antes: una certeza absoluta.

—Nunca he sido más feliz en toda mi vida, Sloane.

La sinceridad en sus ojos me golpea como una ola física. No hay duda en ellos, ni sombra de miedo o coerción.

—Sé que parece una locura —continúa—. Conocer a alguien, enamorarse y estar esperando un bebé en menos de un año. Si me lo hubieran contado, habría pensado que era una estupidez.

Se detiene, una sonrisa suave iluminando su rostro. En la pantalla olvidada, Julia Roberts está probándose vestidos caros, pero ninguna de las dos presta atención a la película ahora.

—Pero desde el momento en que conocí a Alexei, supe que era diferente. Que lo que teníamos era especial —sus ojos brillan al hablar de él, con una devoción que no puede fingirse—. Jamás pensé que un hombre tan maravilloso pudiera existir. Es protector sin ser controlador. Es poderoso, pero nunca abusa de ese poder conmigo. Es... mi compañero en todos los sentidos.

Algo se contrae dolorosamente en mi pecho. Cada palabra que pronuncia Harper desmorona un poco más la narrativa que el FBI me había presentado. No está hablando como una víctima. No está dando señales de estar atrapada. Está describiendo un amor verdadero.

—Pero su mundo es peligroso —digo suavemente—. El casino, sus negocios...

Harper asiente, su expresión volviéndose más seria.

—Soy consciente de que ser dueño de un casino conlleva... complicaciones morales. Las tentaciones, el juego, el dinero fácil —hace una pausa, como considerando sus próximas palabras—. Sé que Alexei no es un santo, Sloane. Hay partes de su negocio que son... cuestionables.

Mi corazón se acelera. ¿Va a admitirlo? ¿Va a confirmar que sabe que su marido es un mafioso?

—Pero lo amo —continúa, con una intensidad que casi quema—. Lo amo con todo mi corazón, con todos sus defectos y su oscuridad. Y él me ama a mí. Me ve, Sloane. No a la hija de alguien, no a un objeto decorativo, sino a mí. A Harper.

Las lágrimas brillan en sus ojos, y siento las mías propias formándose en respuesta. Hay una pureza en su declaración que no puede negarse. No hay ni una pizca de actuación, ni un gramo de duda.

—Si lo amas así, entonces me alegro por ti —digo, extendiendo mi mano para apretar la suya—. Solo quiero que seas feliz.

—Lo soy —afirma con una sonrisa radiante—. Y tú también podrías serlo, si dejaras de luchar contra lo que sientes por Dimitri.

Mi risa suena estrangulada, incluso para mis propios oídos.

—No es tan simple.

—El amor nunca lo es —responde con la sabiduría de alguien que ha atravesado sus propias batallas—. Especialmente con un Morozov.

Pasamos el resto de la noche viendo la película, comiendo palomitas y hablando de cosas más ligeras: nombres para el bebé, diseños para la habitación infantil. Pero mi mente está a kilómetros de distancia, procesando lo que acabo de descubrir.

Harper ama a Alexei. Genuina, profunda, completamente. No está atrapada, no está manipulada, no está forzada.

El FBI me ha mentido. O al menos, me ha dado una versión distorsionada de la realidad.

Lo que significa que todo lo demás también podría ser falso.

¿Es Alexei realmente un criminal peligroso? ¿Es Dimitri realmente el monstruo que describieron? ¿O hay más capas, más matices que me han ocultado?

Mientras me despido de Harper y me dirijo a mi habitación, una decisión cristaliza en mi interior. Necesito descubrir la verdad por mí misma. No por el FBI, sino por mí. Por Harper. Por lo que sea que esté desarrollándose entre Dimitri y yo.

¿Quién es Dimitri Morozov realmente? ¿Un mafioso despiadado o el hombre que defendió a una camarera vulnerable y me miró con deseo y algo más profundo en sus ojos? ¿Un criminal o un hombre con un código moral complejo? ¿El enemigo o...?

No me atrevo a completar ese pensamiento. Es demasiado aterrador considerar la alternativa.

Me dejo caer en mi cama, agotada emocionalmente. Miro al techo, donde las luces de la ciudad proyectan sombras danzantes.

Estoy realmente jodida. Porque cada minuto que pasa, cada interacción, cada revelación, me aleja más de mi misión original y me acerca a una verdad que podría destruir todo lo que creía saber.

Y lo más aterrador de todo: una parte de mí lo está deseando.

CAPÍTULO 22

SLOANE

El Casino Tsarina nunca descansa. A las tres de la tarde, cuando la mayoría de los negocios experimentan su valle de actividad, el gigantesco establecimiento continúa pulsando con vida artificial: luces brillantes, campanillas electrónicas, la risa ocasional de algún afortunado ganador. Como un organismo vivo, bombea dinero y adrenalina por sus arterias de moqueta roja, manteniendo a sus ocupantes en un estado de perpetua vigilia estimulada.

Me muevo entre las máquinas tragaperras como una intrusa consciente de su condición. No pertenezco a este lugar. Nunca he pertenecido. Y, sin embargo, aquí estoy, buscando deliberadamente al hombre que más debería evitar.

Mis guardaespaldas, Sergei y Yuri, me han dejado en la entrada del casino tras acompañarme desde la universidad.

Paso junto a un grupo de turistas japoneses que celebran ruidosamente una victoria menor, sus rostros iluminados por la inocente creencia de que la fortuna les sonríe. Si supieran que la casa siempre gana, que cada centímetro de este espacio está diseñado para extraer metódicamente cada dólar de sus bolsillos...

—Disculpe —abordo a uno de los empleados, un joven con la chaqueta negra con el logo dorado del Tsarina—. Estoy buscando a Dimitri Morozov. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

Su rostro adopta automáticamente una expresión educadamente confusa.

—Lo siento, señorita, pero el señor Morozov no suele estar en las áreas públicas del casino —responde con tono profesional—. ¿Puedo preguntar para qué lo busca?

—Soy Sloane Murphy —digo, notando cómo su expresión cambia sutilmente—. Amiga de Harper. Huésped en el ático.

El reconocimiento ilumina su rostro. Mi nombre claramente aparece en alguna lista de personas importantes. O quizás peligrosas.

—Por supuesto, señorita Murphy —su actitud cambia inmediatamente—. Permítame hacer una llamada para localizarlo. ¿Le importaría esperar en el Molotov Lounge? Es mucho más cómodo que estar de pie aquí.

Asiento y me dirijo al bar exclusivo del casino. A diferencia de la última vez que estuve aquí, el Molotov Lounge está relativamente tranquilo a esta hora. Algunos ejecutivos con reuniones tardías, parejas disfrutando de cócteles tempranos, y algún que otro jugador solitario ahogando sus pérdidas en alcohol de primera calidad.

Me siento en la barra, pidiendo un gin tonic que no tengo intención de beber realmente. Necesito mantener la cabeza clara para lo que vengo a hacer.

Quince minutos después, siento una presencia a mi espalda antes de escuchar su voz.

—¿Me estás buscando, Murphy?

Me giro lentamente en el taburete. Dimitri está de pie a un metro escaso de distancia, imponente en su traje negro sin corbata, los primeros botones de su camisa desabrochados revelando el inicio de sus tatuajes. Su rostro es una máscara de indiferencia estudiada, pero hay algo en sus ojos —una chispa de curiosidad, quizás— que contradice su aparente desinterés.

—Necesito hablar contigo —digo simplemente.

Examina mi rostro durante un largo momento, como si intentara leer mis pensamientos. Finalmente, hace un gesto hacia una mesa apartada en el rincón más privado del bar.

—Después de ti.

Lo sigo, consciente de las miradas que recibimos. Todos aquí conocen a Dimitri, y todos parecen tenerle un respeto que bordea el miedo. Cuando nos sentamos, un camarero aparece instantáneamente, dejando un vaso de lo que parece whisky frente a Dimitri sin que éste tenga que pedirlo.

—¿Y bien? —pregunta cuando estamos solos—. ¿Qué es tan importante para que vengas a buscarme en lugar de esperar a vernos por ahí?

Su aroma me envuelve incluso a través de la mesa: cuero, madera y un toque metálico que podría ser de armas recién limpiadas. Tan masculino y tan suyo que hace que mi cuerpo reaccione instantáneamente, un hormigueo traicionero recorre mi piel.

—Quiero volver a ir a una partida de póker —digo directamente, sin rodeos.

De todas las cosas que podría haber pedido, por su expresión, esta es probablemente la última que esperaba. Me observa detenidamente, sus ojos grises escrutando cada detalle de mi rostro, buscando algo que no logro identificar.

—¿Por qué? —pregunta finalmente, su voz controlada, casi suave.

—Me gustó —respondo con simplicidad, pero manteniendo su mirada—. Soy buena jugadora. Y ganadora.

Da un sorbo a su whisky, deja sus ojos fijos en los míos. Está evaluándome, analizándome como si fuera un rompecabezas que no logra resolver.

—¿Qué estás buscando realmente, Sloane?

Mi nombre en sus labios envía un escalofrío por mi columna. Ni Murphy, ni pelirroja, ni ninguno de los apodos distantes que usa para mantenerme a raya. Sloane. Personal. Íntimo.

No voy a permitirme analizar cómo me hace sentir eso.

¿Sabrá que tengo intenciones ocultas para lo que le estoy pidiendo?

—¿Por qué tiene que haber un motivo oculto? —replico, intentando mantener mi voz firme—. Tal vez simplemente me gusta el riesgo. La adrenalina.

Se inclina ligeramente sobre la mesa, reduciendo la distancia entre nosotros. Su presencia se vuelve casi sofocante, abarcando todo mi campo de visión, todo mi espacio.

—Porque todo el mundo tiene motivos ocultos —dice, su voz bajando a un tono más íntimo—. Especialmente en este negocio. Especialmente gente como tú.

—¿Gente como yo? —mi ceja se arquea automáticamente—. ¿Qué tipo de gente crees que soy, Dimitri?

Su nombre sale de mis labios con una familiaridad que no debería permitirme. Es un privilegio que no me he ganado, pero que tomo de todos modos.

—Gente que observa demasiado —responde, su mirada intensificándose—. Que hace demasiadas preguntas. Que parece estar buscando algo más que una simple partida de cartas.

Nos miramos fijamente a través de la pequeña mesa. La tensión entre nosotros es casi palpable, una mezcla explosiva de desconfianza y deseo. Sus pupilas están dilatadas, devorando el gris de sus iris. El pulso late visiblemente en su cuello, un ritmo acelerado que traiciona su aparente calma.

—No soy la única con secretos aquí —digo finalmente, mi voz apenas un susurro—. ¿O me vas a decir que eres simplemente el jefe de seguridad de un casino?

La pregunta cuelga entre nosotros, peligrosa, desafiante. Es la primera vez que insinúo saber, o al menos sospechar, que hay más en su negocio de lo que aparenta.

—Todos tenemos partes de nosotros mismos que ocultamos, Murphy —responde, esquivando la confrontación directa—. La pregunta es qué estás dispuesta a arriesgar para descubrirlas.

Mi mirada no flaquea ni un segundo.

—Lo que sea necesario.

Cuatro palabras simples, cargadas de significado. No sé si me refiero a descubrir sus secretos o a permitirle descubrir a él los míos. Quizás a ambas cosas.

Se recuesta en su asiento, creando distancia entre nosotros. La tensión se mantiene, pero hay un cambio sutil en su postura, como si hubiera tomado una decisión.

—Habrá otra partida este sábado —dice finalmente, su voz volviendo a un tono más casual—. Si realmente quieres venir, pasaré a recogerte a las once, como la otra vez.

—Perfecto —asiento, y una sonrisa leve curva mis labios antes de que pueda detenerla—. No olvidaré llevar bragas esta vez.

El comentario despierta un destello de algo primitivo en sus ojos. Una ráfaga de satisfacción culpable me recorre al saber que puedo afectarle con unas simples palabras.

—Nos vemos el sábado, Morozov —digo, levantándome.

Mientras camino hacia la salida, puedo sentir su mirada siguiéndome, tan tangible como una caricia. No miro atrás, pero cada paso que doy está cargado de conciencia de su presencia.

Subo al ático con la mente revuelta.

Dimitri Morozov está ocultando algo. De eso estoy absolutamente segura. La pregunta es qué. Y más importante aún, ¿qué estoy dispuesta a hacer para descubrirlo?

Una parte de mí, la civil encubierta, la mujer con una misión, me dice que debo mantener la distancia emocional, recopilar información, cumplir mi trabajo.

Pero otra parte, una que crece día a día, quiere creer que hay algo real entre nosotros. Algo más allá del juego del gato y ratón que estamos jugando.

Sea lo que sea, este sábado será crucial. Iré a esa partida y seguiré buscando respuestas.

Porque necesito saber si Dimitri Morozov es realmente el monstruo que el FBI me describió.

O el hombre que estoy empezando a desear con cada fibra de mi ser.

DIMITRI

Observo a Sloane alejarse, la curva de su cintura, el balanceo natural de sus caderas, la fuerza en su postura. No mira atrás ni una sola vez, pero sé que siente mis ojos sobre ella.

Doy un último sorbo a mi whisky, saboreando el calor que desciende por mi garganta. Necesito este fuego líquido para contrarrestar el que ella ha encendido dentro de mí.

Cojo mi teléfono y llamo a Viktor. Mi primo responde al segundo tono.

—Necesito que investigues a alguien —digo sin preámbulos—. A fondo. Pasado, presente, conexiones, todo.

—¿Nombre? —pregunta Viktor, directo y eficiente como siempre.

—Sloane Murphy.

Hay un breve silencio al otro lado de la línea.

—¿La amiga de Harper? —su voz refleja genuina sorpresa—. ¿Por qué? ¿Ha hecho algo?

—Todavía no —respondo, mis ojos fijos en la puerta por donde ha desaparecido—. Pero está buscando algo. Y necesito saber qué es antes de que lo encuentre.

—Me pondré con ello —dice Viktor, y puedo oírlo tecleando ya—. ¿Debo informar a Alexei?

—No todavía —decido tras una breve pausa—. Primero veamos qué descubrimos.

Cuelgo y me quedo contemplando el vaso vacío. Sloane Murphy está ocultando algo. Lo siento en mis huesos, en ese instinto que me ha mantenido vivo todos estos años.

La cuestión es: ¿representa un peligro para mi familia? ¿O solo para mí?

Sea lo que sea, este sábado la llevaré a las verdaderas entrañas de nuestro reino. Donde pueda ver qué hace cuando cree que nadie la observa.

Y entonces sabré si Sloane Murphy es una amenaza que debo eliminar.

O una mujer que podría ser mi perdición.

CAPÍTULO 23

DIMITRI

La noche envuelve Las Vegas como un manto de tinta negra salpicado de neón. Desde el asiento del conductor de mi Audi R8, observo a Sloane mientras mira por la ventanilla, su perfil recortado contra las luces parpadeantes de la ciudad. Ha venido vestida para impresionar: un vestido verde esmeralda que realza sus ojos y se adhiere a sus curvas como una segunda piel. Sus piernas, expuestas por la abertura lateral, han estado distrayéndome desde que la recogí en el restaurante donde estaba cenando con Harper y Alexei.

Pero no es momento para distracciones. Esta noche tiene un propósito.

—¿Me vas a decir dónde vamos? —pregunta, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros desde hacía varios minutos.

Giro en una calle secundaria, alejándonos del bullicio del Strip.

—Paciencia, pelirroja —respondo, cambiando de marcha con un movimiento fluido—. Las mejores partidas no se anuncian con carteles luminosos.

Las mejores partidas tampoco se celebran donde le he dicho a todo el mundo. Solo Alexei sabe lo que planeo hacer esta noche. La partida oficial está en la mansión de Wong, pero Sloane y yo tenemos una cita muy distinta.

Cuando finalmente nos detenemos, estamos en la parte trasera del Tsarina, frente a una entrada anodina que parece la de un almacén cualquiera. Sin carteles, sin guardias visibles, sin nada que indique que es una de las puertas que llevan a nuestro submundo. Podríamos haber entrado desde el interior del Casino, pero he querido confundirla.

—¿Aquí? —pregunta, genuinamente confundida.

—La mejor seguridad es la invisibilidad —respondo, apagando el motor—. Los lugares más importantes nunca parecen serlo.

Bajamos del coche y la guío hacia la puerta metálica. Introduzco un código en el panel lateral y luego coloco mi pulgar en el escáner biométrico oculto. Un *click* metálico indica que el sistema me ha reconocido. Empujo la puerta, dejando que Sloane entre primero.

—Bienvenida al verdadero Tsarina —digo mientras las luces se encienden automáticamente, revelando un pasillo de hormigón que desciende suavemente.

Sus ojos se ensanchan ligeramente, su respiración se acelera. Está nerviosa, pero también puedo ver la curiosidad desbordando en su mirada. Como una polilla atraída hacia la llama, sabiendo que podría quemarse, pero incapaz de resistirse.

—¿Qué es este lugar? —pregunta mientras comenzamos a descender por el pasillo.

—La partida está en el nivel tres —explico, deliberadamente vago —. Es una zona privada, solo para invitados muy selectos.

No menciono que «nivel tres» significa tres plantas bajo tierra. No menciono que estamos entrando al corazón de nuestras operaciones ilegales.

Quiero ver qué hace. Quiero confirmar mis sospechas.

El pasillo desemboca en un ascensor industrial. Diferente al del casino, este no tiene pretensiones de lujo. Es puramente funcional, diseñado para trasladar mercancías... y ocasionalmente, problemas.

Cuando las puertas se cierran, el espacio reducido amplifica su presencia. Su perfume —vainilla con un toque cítrico que se ha convertido en mi adicción personal— me envuelve como una caricia fantasmal. Estamos tan cerca que puedo distinguir el pulso acelerado en su cuello, la ligera dilatación de sus pupilas, la forma en que se humedece los labios con la punta de la lengua.

Mi cuerpo reacciona instantáneamente. El recuerdo de nuestro encuentro en el probador, de su piel bajo mis dedos, de sus gemidos ahogados contra mi mano, surge como fuego líquido en mis venas.

Concéntrate, Dimitri. Esto no es personal. Es seguridad.

Es una mentira tan obvia que casi me río de mí mismo.

El ascensor se detiene con un leve tirón. Las puertas se abren revelando un vestíbulo que contrasta violentamente con el pasillo industrial: paredes forradas de madera oscura, iluminación ambiental cálida, alfombras persas auténticas. A nuestra derecha, dos guardias vestidos con trajes impecables inclinan levemente la cabeza en señal de reconocimiento.

—Señor Morozov —saluda uno de ellos, su acento ruso espeso como la miel—. La sala está preparada.

—Gracias, Leonid. La señorita Murphy es mi invitada personal. Tiene acceso a todas las áreas esta noche.

Noto el destello de sorpresa en los ojos de Sloane, rápidamente reemplazado por algo más calculador. Ha captado la importancia de lo que acabo de concederle.

La trampa está tendida.

La guío a través de unas puertas dobles que dan paso a una sala que hace que la del casino parezca modesta en comparación. Candelabros de cristal antiguo, mobiliario que perteneció a zares rusos, iconos ortodoxos de valor incalculable en las paredes. Y en el centro, una única mesa de póker, rodeada por ocho sillas de cuero.

A diferencia de la noche anterior, aquí solo hay cuatro jugadores ya sentados. Todos hombres, todos extremadamente peligrosos, todos con conexiones directas al mundo que intentamos mantener oculto.

—¡Dimitri Mikhailovich! —exclama uno de ellos, un ruso de unos sesenta años con el rostro marcado por cicatrices de viruela—. Ya pensábamos que no vendrías.

—Korsakov —saludo con una inclinación de cabeza—. Sabes que nunca me pierdo una de tus partidas.

Realizo las presentaciones necesarias, observando cuidadosamente cómo Sloane interactúa con estos hombres. Su sonrisa es perfecta, su postura confiada pero no desafiante, su tono respetuoso sin ser sumiso. Una actuación impecable.

Demasiado impecable.

Cuando nos sentamos, le paso discretamente un sobre.

—Tu compra para la noche —digo en voz baja—. Recuerda las reglas.

—¿Cuáles eran? —pregunta con esa sonrisa desafiante que hace que quiera besarla y estrangularla a partes iguales.

—No abandones la mesa —improviso, sabiendo perfectamente que es exactamente lo que va a hacer—. No hagas preguntas personales. Y no te separes de mí.

Asiente seriamente, pero puedo ver el cálculo en sus ojos. Ya está planeando su escape.

Perfecto.

SLOANE

Este lugar es un laberinto de opulencia siniestra. Mientras finjo concentrarme en mis cartas, mis sentidos absorben cada detalle del entorno. La sala de juego, con sus acabados lujosos y obras de arte que probablemente deberían estar en museos, es solo la punta del iceberg. A través de las puertas entreabiertas, vislumbro otras estancias: un salón con pantallas mostrando lo que parecen sistemas de seguridad, una sala con vitrinas de cristal blindado que contienen... ¿son esas armas antiguas?

Estoy en el corazón del imperio Morozov. No es el mismo lugar de la otra vez. Aquí están los negocios de verdad. Justo donde quería estar. Justo donde el FBI me envió.

Entonces, ¿por qué me siento como una traidora?

Me maldigo a mí misma. Necesito aprovechar la oportunidad.

La partida avanza lentamente. Los hombres a mi alrededor hablan en un inglés cargado de acentos diversos, ocasionalmente deslizándose al ruso cuando la emoción los domina. Sus conversaciones son fascinantes fragmentos de un mundo que nunca debería haber conocido: rutas de transporte, «mercancías» sin especificar, nombres de familias que suenan vagamente a organizaciones criminales.

Todo lo que Cooper querría escuchar.

Dimitri parece extrañamente relajado, jugando con despreocupación, bebiendo whisky, permitiéndome existir a su lado sin su habitual vigilancia depredadora. Está demasiado relajado.

¿Qué está pasando?

Después de unas cuantas horas, cuando el alcohol ha aflojado las lenguas y la atención, decido que debo de aprovechar la oportunidad. Quizás no consiga otra y tengo que obtener respuestas sobre Dimitri.

—Disculpadme, caballeros —digo, levantándome con una sonrisa educada—. Necesito ir al baño.

—Al fondo de ese pasillo a la derecha, querida —indica Korsakov, señalando con su puro.

Miro a Dimitri en busca de su aprobación y lo veo asentir con la cabeza. Perfecto. Siento los ojos de Dimitri siguiéndome mientras me alejo. No dice nada. Simplemente me observa, imperturbable.

Me pone los pelos de punta, pero no por los motivos que debería hacerlo.

En el pasillo, en lugar de dirigirme al baño, sigo caminando. Mi corazón late con fuerza mientras avanzo por el corredor débilmente iluminado. Cada paso me adentra más en territorio desconocido, prohibido, cada puerta promete secretos que podrían confirmar o desmentir todo lo que me han contado.

La primera puerta que pruebo está cerrada. La segunda también. La tercera se abre silenciosamente.

Debo de haber perdido la cabeza para atreverme a hacer esto.

La habitación parece una oficina de contabilidad, con archivadores metálicos y un ordenador sobre un escritorio austero. Demasiado mundano para el entorno. Lo cual lo hace sospechoso.

Me acerco al escritorio, consciente del tiempo que corre. Abro un cajón: carpetas etiquetadas con códigos numéricos. Otro cajón: registros que parecen de transacciones financieras, pero con nombres encriptados.

Lavado de dinero, pienso inmediatamente. Las pruebas que Cooper tanto anhela.

Salgo de la habitación y continúo mi exploración, avanzando más profundamente en el complejo. El pasillo se vuelve más utilitario, las luces más frías, el ambiente más opresivo. Ya no hay pretensiones de lujo aquí.

Una puerta metálica con una pequeña ventana de observación capta mi atención. Me asomo con cautela.

Mi sangre se congela.

Es una sala de interrogación. O algo peor. Paredes de azulejos blancos para facilitar la limpieza. Un desagüe en el centro del suelo. Una silla metálica con correas. Una mesa con instrumentos que prefiero no identificar.

Un cuarto de tortura. No hay otra explicación posible.

La realidad me golpea como un puño en el estómago. Todo lo que el FBI me dijo era cierto. Los hermanos Morozov no son simples dueños de un casino. Son criminales, torturadores, probablemente asesinos.

Dimitri es exactamente lo que Cooper me advirtió.

¿Cómo he podido dudar? ¿Cómo he podido dejarme llevar por la atracción física, por momentos de aparente humanidad, por mi propia estúpida esperanza?

Sigo avanzando, ahora con urgencia renovada. Necesito ver más, confirmar todo, obtener pruebas.

El pasillo termina en otra puerta metálica, más pesada que las anteriores. La empujo, y para mi sorpresa, cede.

Entro en lo que solo puede describirse como una zona de celdas. Pequeñas habitaciones con rejas, como calabozos modernizados. La mayoría están vacías, pero hay signos de uso reciente: una manta arrugada, marcas de arrastre en el suelo, una mancha oscura que prefiero no analizar.

Estoy tan absorta en mi descubrimiento que no escucho los pasos hasta que es demasiado tarde.

—Interesante, ¿verdad?

La voz de Dimitri, peligrosamente suave, me sobresalta. Me giro para encontrarlo apoyado contra el marco de la puerta, bloqueando mi única salida. Su postura parece relajada, pero reconozco la tensión controlada en sus hombros, la alerta en sus ojos.

Es un depredador a punto de saltar.

—Dimitri —mi voz suena más firme de lo que me siento—. Me he perdido buscando el baño.

Una sonrisa sin humor curva sus labios.

—Por supuesto. El baño con celdas y rejas. Un clásico en la decoración de interiores.

Se separa de la puerta y avanza hacia mí con pasos medidos. Instintivamente retrocedo hasta que mi espalda choca contra la pared fría. Está jugando conmigo, permitiéndome sentir el miedo, disfrutando de mi vulnerabilidad.

—¿Qué es este lugar? —pregunto, aunque ambos sabemos que es una pregunta estúpida.

—Creo que sabes exactamente qué es esto —responde, deteniéndose a centímetros de mí—. La verdadera pregunta es por qué estás tan interesada en explorarlo.

Su cercanía es abrumadora. Su aroma —cuero, madera, whisky, hombre— envuelve mis sentidos. Debería estar aterrorizada. Acabo de descubrir pruebas concretas de actividades criminales. Estoy atrapada en lo profundo de un complejo subterráneo con un hombre peligroso que claramente sospecha de mí.

Y sin embargo, mi cuerpo traidor responde a él como siempre: calor líquido extendiéndose por mis venas, pulso acelerado, respiración entrecortada.

—La curiosidad —respondo, intentando controlar mi voz—. Siempre ha sido mi mayor defecto.

—¿Defecto? —Su mano se eleva, acariciando mi mejilla con una delicadeza incongruente con la situación—. O quizás una cualidad muy conveniente para alguien que busca información.

Su pulgar roza mi labio inferior, enviando escalofríos por mi columna. Sus ojos, normalmente grises como el acero, se han oscurecido hasta parecer casi negros.

—No sé de qué hablas —insisto, pero las palabras suenan huecas incluso para mis propios oídos.

En un movimiento fluido que apenas registro, Dimitri me agarra por la cintura y me arrastra hacia una de las celdas abiertas. Me empuja dentro, no con brutalidad pero con fuerza incontestable, y cierra la reja tras nosotros.

El sonido metálico de la cerradura es como una sentencia.

Estamos encerrados juntos en un espacio de apenas tres metros cuadrados. Un catre estrecho contra una pared es el único mobiliario. La luz mortecina de un fluorescente en el pasillo proyecta sombras dramáticas que acentúan los ángulos duros de su rostro.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, mi voz más aguda de lo que quisiera.

—Creando un entorno propicio para la honestidad —responde, acorralándome contra la pared de hormigón—. Aquí no hay cámaras, no hay micrófonos, no hay testigos. Solo tú y yo, Sloane.

La forma en que pronuncia mi nombre, como una caricia áspera, hace que algo se retuerza dentro de mí.

—Déjame salir —exijo, aunque sin mucha convicción.

—No hasta que me digas la verdad —sus manos se apoyan a ambos lados de mi cabeza, enjaulándome con su cuerpo—. ¿Quién eres realmente? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué buscas?

Su rostro está tan cerca que puedo distinguir las motas más oscuras en sus iris grises, contar sus pestañas, sentir su aliento cálido contra mis labios.

—Soy exactamente quien he dicho que soy —respondo, mi voz más firme—. Sloane Murphy. Amiga de Harper. Estudiante de derecho penal.

—Y espía aficionada, al parecer —añade, su tono engañosamente suave—. ¿Para quién trabajas? ¿La competencia? ¿La policía? ¿O quizás los federales?

Un escalofrío me recorre la espalda. Está demasiado cerca de la verdad.

—No trabajo para nadie —insisto, manteniendo su mirada—. Solo soy curiosa por naturaleza.

—Mientes —dice simplemente—. Lo veo en tus ojos. Eres una pésima mentirosa.

Su mano desciende hasta mi garganta, no apretando, solo descansando allí. Un recordatorio de lo que hicimos en el probador, de cómo respondí a su dominio.

—Dimitri —mi voz es apenas un susurro—. No hagas esto.

—¿Hacer qué? —sus dedos acarician la línea de mi mandíbula, bajando por mi cuello hasta la clavícula—. ¿Descubrir tus secretos? ¿O esto?

Su boca cubre la mía con urgencia animal. No es un beso tierno ni exploratorio. Es posesivo, demandante, castigador. Sus dientes

mordisquean mi labio inferior con la fuerza suficiente para que un gemido escape de mi garganta.

Debería resistirme. Debería apartarlo, abofetearlo, exigir mi libertad.

En lugar de eso, mis manos se enredan en su pelo, atrayéndolo más cerca. Mi cuerpo traiciona a mi mente, arqueándose hacia él como si tuviera voluntad propia.

Nuestras lenguas batallan por el control, reflejando la lucha de poder que siempre ha definido nuestra relación. Su mano se desliza por mi cintura, descendiendo hasta mi muslo expuesto por la abertura del vestido. Con un movimiento fluido, me levanta, obligándome a envolver mis piernas alrededor de su cintura.

La posición me deja completamente a su merced, pero también me permite sentir su excitación presionando exactamente donde la necesito.

—Dime que pare —gruñe contra mis labios—. Dime que no quieres esto.

No puedo. No puedo mentir, no sobre esto.

Como respuesta, muevo mis caderas contra las suyas, arrancándole un gemido gutural que resuena en el espacio confinado.

Sus labios abandonan los míos para trazar un camino ardiente por mi mandíbula, mi cuello, el borde de mi escote. Cuando muerde suavemente la curva donde mi cuello se une con el hombro, todo mi cuerpo se estremece.

—Dimitri —jadeo, mis uñas clavándose en sus hombros a través de la tela de su camisa—. Por favor.

—¿Por favor qué? —murmura contra mi piel, su voz ronca de deseo—. ¿Por favor para? ¿O por favor más?

—Más —la palabra escapa como una súplica—. No pares.

Es todo el permiso que necesita. Con una mano aun sujetándome por la cintura, la otra desciende para levantar mi vestido hasta la cintura. Sus dedos encuentran el borde de mis bragas, y con un tirón brusco, la delicada tela se rompe.

El aire frío contra mi piel expuesta me arranca otro gemido. Estoy completamente abierta para él, vulnerable de una manera que

nunca he experimentado.

—Joder —gruñe al sentir mi humedad—. Estás empapada.

Sus dedos me exploran con familiaridad adquirida, encontrando inmediatamente los puntos que me hacen temblar. Mientras tanto, su boca devora la mía, absorbiendo mis gemidos, mi respiración, mi voluntad.

DIMITRI

La siento estremecerse bajo mis dedos, su cuerpo respondiendo con una honestidad que sus palabras no pueden igualar. Está mojada, caliente, lista. Para mí. A pesar de las mentiras, a pesar de los secretos, a pesar de que ambos sabemos que esto es una locura.

Una parte distante de mi cerebro me recuerda por qué estamos aquí: para interrogarla, para descubrir sus verdaderas intenciones. Para proteger a mi familia.

Pero esa voz racional está siendo ahogada por el rugido de la sangre en mis oídos, por el calor abrasador que me consume desde dentro, por la necesidad primitiva de poseerla completamente.

Con movimientos impacientes, desabrocho mi cinturón y bajo la cremallera de mis pantalones. Mi erección, dolorosamente confinada hasta ahora, salta libre. Sloane baja la mirada, sus pupilas dilatándose aún más al verme.

—¿Estás segura? —pregunto, mi último vestigio de autocontrol manifestándose en esta única pregunta.

Como respuesta, mueve sus caderas hacia mí, su centro rozando la punta de mi erección. La sensación casi me hace perder la cabeza.

No necesito más invitación. Con un empuje firme, entro en ella.

El puto mundo se detiene.

Está increíblemente apretada, caliente, perfecta. Como si su cuerpo hubiera sido creado específicamente para el mío. Ambos permanecemos inmóviles por un instante eterno, adaptándonos a la sensación abrumadora, procesando lo irrevocable de lo que estamos haciendo.

—Dimitri —susurra, su voz quebrada por la emoción o el placer, no estoy seguro.

—Sloane —respondo, su nombre es como una plegaria en mis labios.

Y entonces comienzo a moverme.

Cada embestida es más profunda que la anterior, cada retirada una pequeña muerte. Nuestros cuerpos encuentran un ritmo primitivo, tan antiguo como la humanidad misma. Sus piernas se aprietan alrededor de mi cintura, sus talones presionando contra mi espalda baja, urgiéndome a ir más profundo, más fuerte.

Con una mano sostengo su peso contra la pared, mientras la otra se desliza entre nuestros cuerpos para encontrar ese punto que sé que la llevará al borde. Sus gemidos se intensifican, su respiración se vuelve errática.

—Mírame —ordeno, necesitando ver sus ojos cuando pierda el control.

Sus párpados se abren, revelando ese verde hipnótico ahora casi devorado por sus pupilas dilatadas. Hay vulnerabilidad en su mirada, una rendición que va más allá de lo físico.

Algo se rompe dentro de mí. Una barrera que no sabía que existía.

Aumento el ritmo, cada embestida más frenética que la anterior. Siento cómo se tensa alrededor de mí, cómo su cuerpo se prepara para el clímax.

—Córrete para mí —gruño, mis labios contra su oído—. Ahora.

Como si mis palabras fueran un gatillo, su cuerpo se arquea, tensándose completamente. Un grito silencioso escapa de su garganta mientras las contracciones de su orgasmo me aprietan como un puño de terciopelo.

Es demasiado. La visión de su rostro en éxtasis, la sensación de su cuerpo rindiéndose al placer que le estoy dando, todo me empuja más allá del límite de mi control.

Con una última embestida brutal, me hundo hasta la empuñadura y me libero dentro de ella. Ola tras ola de placer me recorre, tan intenso que por un momento todo desaparece: las sospechas, los secretos, el mundo entero.

Solo existe ella. Solo existimos nosotros.

Permanecemos así, unidos, jadeantes, durante lo que parece una eternidad. Su cabeza descansa en mi hombro, mi rostro enterrado en su cuello. Nuestros corazones laten al unísono, gradualmente desacelerándose.

La realidad comienza a infiltrarse lentamente. Estamos en una celda. En las entrañas del edificio. Cualquiera podría venir. Cualquiera podría encontrarnos así.

Con renuencia, me separo lo suficiente para mirarla a los ojos. Espero ver arrepentimiento, confusión, incluso miedo.

En cambio, veo un reflejo de mi propio desconcierto. De mi propia hambre insaciable.

La bajo suavemente, permitiendo que sus pies toquen el suelo. Mis manos permanecen en su cintura, incapaz de romper el contacto completamente. Su vestido cae nuevamente, cubriendo la evidencia de lo que acabamos de hacer, excepto por sus bragas destrozadas que yacen olvidadas en el suelo.

—¿Estás bien? —pregunto, mi voz más ronca de lo normal.

Asiente, sin confiar aparentemente en su propia voz. Un rubor residual colorea sus mejillas, sus labios están hinchados por mis besos, su pelo ligeramente despeinado. Nunca la había visto más hermosa.

—Esto no cambia nada —dice finalmente, sus ojos recuperando algo de su habitual desafío—. No voy a contarte lo que no existe.

Una sonrisa involuntaria curva mis labios. Incluso ahora, después de lo que acabamos de compartir, mantiene su postura.

—Puede que no cambie nada —respondo, arreglando mi ropa—. Pero tampoco se puede deshacer.

Abro la reja de la celda, permitiéndole salir primero. Mientras caminamos en silencio por el pasillo de regreso, una certeza se cristaliza en mi mente.

No importa quién sea realmente. No importa para quién trabaje o qué busque.

Sloane Murphy es mía ahora. Y haré lo que sea necesario para mantenerla.

Aunque tenga que seguir el ejemplo de mi hermano y reclamarla contra su voluntad.

CAPÍTULO 24

SLOANE

El campus de la UNLV resplandece bajo el sol de la tarde. Estudiantes dispersándose después de las clases, mochilas al hombro, risas y conversaciones flotando en el aire primaveral. Normalidad. Una normalidad que se ha vuelto casi extraña para mí después de semanas sumergida en el mundo de los Morozov.

Avanzo por el sendero principal, los músculos de mis muslos protestando sutilmente con cada paso. Un recordatorio físico de lo que ocurrió hace dos noches. De Dimitri. De la celda. De cómo me rendí completamente a un hombre que podría ser exactamente el monstruo que el FBI me describió.

Mi mente regresa, traicionera, a esos momentos. Sus manos aferrando mis caderas. Su voz áspera contra mi cuello. La sensación de plenitud cuando entró en mí. El orgasmo devastador que me arrancó con una simple orden.

Córrete para mí. Ahora.

Y yo obedecí, como si mi cuerpo estuviera programado para responder a sus órdenes.

Un escalofrío recorre mi espalda, mezcla de vergüenza y excitación renovada. Necesito concentrarme. Necesito recuperar el control.

Cuando llego al estacionamiento, Sergei y Yuri me esperan junto al Escalade negro, inmutables como estatuas bajo el sol abrasador. No he vuelto a hablar con Dimitri desde el sábado. Después de lo que pasó en la celda, me acompañó silenciosamente de vuelta a la partida. Jugamos una hora más, actuando como si nada hubiera ocurrido, y luego me llevó al ático sin apenas intercambiar unas pocas palabras.

—Señorita Murphy —Sergei inclina ligeramente la cabeza en saludo cuando me acerco—. ¿Ha terminado sus clases?

—Sí, podemos volver —respondo, deslizándome en el asiento trasero del vehículo.

El aire acondicionado es un bálsamo contra el calor de Nevada, pero no consigue calmar el fuego que llevo por dentro desde anoche. Mientras el coche arranca, apoyo la frente contra el cristal tintado, observando cómo el campus se aleja, cómo la realidad normal se desvanece para dar paso a la extraña existencia que llevo ahora.

El trayecto transcurre en silencio hasta que noto que no estamos tomando la ruta habitual.

—¿Adónde vamos? —pregunto, incorporándome en el asiento.

Sergei me mira brevemente por el espejo retrovisor.

—El señor Morozov ha solicitado verla —responde con tono neutro.

Mi pulso se acelera instantáneamente. ¿Dimitri? No especifica cuál de los hermanos, pero sé que no se refiere a Alexei.

—¿Por qué? —insisto, odiando cómo mi voz traiciona mi nerviosismo.

—No estoy autorizado para dar esa información —responde Sergei, su expresión es impasible.

El coche gira hacia la parte trasera del Tsarina, la misma entrada discreta que Dimitri utilizó el sábado. No el acceso principal del casino, ni la entrada VIP que lleva al ático. La entrada que conduce directamente a los niveles subterráneos.

Un nudo de ansiedad se forma en mi estómago. ¿Por qué me traen aquí? ¿Habrá descubierto algo sobre mí? ¿Sobre el FBI? ¿Es esto una trampa?

El vehículo se detiene frente a la puerta metálica sin señalización. Sergei sale primero, abriendo mi puerta con deferencia profesional.

—Por aquí, señorita Murphy —indica, guiándome hacia la entrada.

Mis piernas parecen pesar toneladas mientras avanzo. La boca se me ha secado por completo, un sabor metálico invade mi paladar. Miedo. Estoy experimentando un miedo real por primera vez desde que empecé esta misión.

Sergei introduce un código en el panel, luego coloca su pulgar en el escáner. La puerta se abre con un chasquido, revelando el mismo pasillo de hormigón que recorrí la otra noche, pero que ahora parece infinitamente más amenazador a la luz del día, sin Dimitri a mi lado.

Descendemos en silencio, mis zapatos resonando contra el suelo de cemento. El pasillo desemboca en el ascensor industrial. Las puertas se cierran tras nosotros, y el descenso comienza. Mi corazón late tan fuerte que temo que puedan escucharlo.

El aire aquí abajo es diferente. Más frío, más denso, con un ligero aroma metálico mezclado con algo indefinible. Poder, quizás. El olor del poder absoluto que no necesita justificarse.

Cuando el ascensor se detiene, no estamos en el vestíbulo lujoso que conduce a la sala de póker. Este nivel es distinto. Más austero, más funcional. Paredes de hormigón pintadas de un gris pálido, iluminación fluorescente que no deja lugar a sombras, puertas metálicas numeradas a intervalos regulares.

Sergei me guía por un corredor interminable, cada paso acrecentando mi ansiedad. ¿Me está llevando a las celdas? ¿Es aquí donde terminan los que traicionan a los Morozov?

Finalmente nos detenemos frente a una puerta que, a diferencia de las otras, es de madera oscura. Sin número, sin identificación.

—Espere aquí, por favor —dice Sergei, abriendo la puerta y haciéndose a un lado para permitirme entrar.

Cruzo el umbral con el corazón martilleando contra mis costillas. La puerta se cierra tras de mí con un clic ominoso.

Estoy sola en lo que parece ser un despacho. No una celda, no una sala de interrogatorios, sino un espacio de trabajo sorprendentemente normal, casi elegante. Paredes revestidas de madera oscura, una amplia mesa de roble, estanterías repletas de libros y carpetas, un sofá de cuero negro en una esquina. Las luces están atenuadas, creando un ambiente casi íntimo.

Exhalo lentamente, parte de mi tensión disipándose. No parece el escenario para una ejecución.

Mis ojos recorren la habitación, buscando pistas sobre su propietario. Sobre la mesa hay documentos ordenados en pilas precisas, un portátil cerrado, un vaso vacío con restos de lo que

parece whisky. En la pared, un mapa detallado de Las Vegas, con marcas y anotaciones en un idioma que no reconozco. ¿Ruso?

Me acerco al escritorio, la tentación de husmear es demasiado fuerte como para resistirla. ¿De quién es este despacho? ¿Qué secretos contiene?

Examino rápidamente los documentos. La mayoría parecen registros financieros, contratos, algunos en inglés, otros en cirílico. En un marco de plata, una fotografía llama mi atención: dos niños, uno adolescente y otro pequeño, ambos de cabello negro y expresión seria, frente a lo que parece un palacio ruso cubierto de nieve.

Alexei y Dimitri. Años antes de convertirse en los hombres que son ahora.

El sonido de la puerta abriéndose me sobresalta. Me giro, sintiendo el calor del rubor subir por mi cuello, como una niña pillada robando galletas.

Dimitri Morozov llena el marco de la puerta con su presencia. Lleva un traje negro inmaculado, sin corbata, la camisa blanca abierta en el cuello revelando el inicio de sus tatuajes. Su rostro es una máscara impenetrable, pero sus ojos brillan con algo que podría ser diversión al verme junto a su escritorio.

—Curiosa como siempre, Murphy —comenta, cerrando la puerta tras él—. ¿Has encontrado algo interesante?

Su voz, ese acento ruso más marcado cuando está relajado, envía una corriente eléctrica por mi columna. Los recuerdos del sábado me asaltan con renovada intensidad: esa misma voz susurrando obscenidades en mi oído, ordenándome que me corriera, gruñendo mi nombre cuando alcanzó su propio orgasmo.

Me obligo a recuperar la compostura. Cruzo los brazos sobre el pecho, adoptando una postura defensiva.

—¿Qué hago aquí, Morozov? —pregunto directamente—. Tengo exámenes que preparar.

Se mueve con esa gracia depredadora que lo caracteriza, rodeando el escritorio para situarse frente a mí. Su aroma me envuelve: sándalo, cuero, un toque metálico. El mismo olor que

quedó impregnado en mi piel la otra noche, que todavía creo percibir en mi cabello a pesar de haberme duchado dos veces.

—Quiero que hablemos —dice, apoyándose contra el borde del escritorio—. Sobre el sábado.

Mi corazón da un vuelco. ¿Va a mencionar lo que pasó en la celda? ¿O se refiere a mi exploración no autorizada?

—¿Qué hay que hablar? —respondo con una indiferencia que no siento—. Follamos. Fue divertido. Fin de la historia.

Algo destella en sus ojos. ¿Irritación? ¿Sorpresa por mi franqueza?

—No me refiero a eso —aclara, su voz bajando una octava—. Aunque podríamos discutir ese tema también, si insistes.

Siento el calor subiendo por mi cuello hasta mis mejillas. Maldito sea mi cutis de pelirroja que me delata siempre.

—¿Entonces a qué te refieres? —insisto, manteniéndome firme a pesar del calor que se extiende por mi cuerpo ante su proximidad.

—A lo que estabas haciendo en las zonas restringidas —responde, inclinándose ligeramente hacia mí—. A por qué una estudiante de derecho está tan interesada en husmear en áreas a las que no debería tener acceso.

Aquí viene. El interrogatorio que temía. Mantengo mi expresión neutra, pero mi mente trabaja a toda velocidad, repasando las respuestas que he ensayado.

—Ya te lo dije. Fue solo curiosidad.

—Curiosidad —repite, saboreando la palabra como si fuera algo amargo—. ¿Sabes cuántas personas han muerto por esa misma curiosidad, Murphy?

La amenaza velada debería aterrorizarme. En cambio, siento una extraña calma. Si hubiera querido hacerme daño, ya lo habría hecho.

—¿Es así como convences a las mujeres de acostarse contigo? —replico—. ¿Con amenazas veladas?

Una sonrisa lobuna curva sus labios, transformando por completo su expresión. De repente parece más joven, más accesible. Casi humano.

—No recuerdo haber necesitado amenazas para que te abrieras de piernas la otra noche.

El comentario crudo debería ofenderme, pero en su lugar envía una oleada de calor entre mis muslos. Este hombre conoce mi cuerpo mejor que yo misma a estas alturas.

—Si me has traído aquí para insultarme, has malgastado tu tiempo —respondo, enderezando la espalda—. Y el mío.

Doy un paso hacia la puerta, pero su mano se cierra alrededor de mi muñeca, deteniéndome sin fuerza excesiva pero con firmeza innegable.

—No he dicho que puedas irte —murmura, su pulgar trazando pequeños círculos sobre mi pulso acelerado—. ¿Para quién trabajas, Sloane? ¿Quién te envió a espiarnos?

Su cercanía es embriagadora. El calor de su cuerpo, el aroma de su colonia mezclada con algo puramente masculino, la presión de sus dedos sobre mi piel sensible. Todo confluye para nublar mi juicio.

—Nadie me envió —insisto, mirándolo directamente a los ojos—. Vine por Harper. Solo por ella.

Algo se suaviza en su expresión por un instante fugaz.

—Harper es feliz aquí —dice, como si eso zanjara cualquier discusión—. Mi hermano la adora.

—¿Y eso justifica haberla secuestrado? —Las palabras escapan de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Su mano se tensa sobre mi muñeca. Algo peligroso destella en sus ojos.

—Así que es eso —dice lentamente—. Crees los cuentos que te han contado. ¿Quién? ¿El padre de Harper? ¿La policía?

Me mantengo en silencio, consciente de que he revelado demasiado.

—¿Sabes lo que es realmente gracioso? —continúa, su voz sorprendentemente suave—. Que hayas pasado semanas con ellos y sigas creyendo esa basura. ¿Has visto cómo la mira mi hermano? ¿Has visto cómo lo mira ella?

—He visto muchas cosas —respondo, recuperando algo de compostura—. Incluyendo celdas y salas de tortura en tu sótano. No creo que eso forme parte del negocio legítimo de un casino.

Dimitri suelta mi muñeca, pero no retrocede. Si acaso, parece acercarse más, invadiendo mi espacio personal.

—Nunca he dicho que todo lo que hacemos sea legal —admite con una franqueza sorprendente—. Pero tampoco somos los monstruos que te han hecho creer.

—¿No lo sois? —desafío, sosteniendo su mirada—. Entonces explícame las celdas. Explícame la sala de interrogatorios con desagües en el suelo.

—No tienes ni idea de en qué mundo te has metido —responde, su voz endureciéndose—. Las cosas que tenemos que hacer para sobrevivir. Para proteger a los nuestros.

—Ilumíname, entonces —lo reto—. Cuéntame la verdad. ¿Quién es realmente Dimitri Morozov?

Una risa seca escapa de su garganta.

—¿Y por qué debería hacerlo? ¿Para que puedas correr a contárselo a quien sea que te haya enviado? No soy tan estúpido.

Nos miramos fijamente, dos voluntades enfrentadas. El aire entre nosotros parece cargado de electricidad, una tormenta a punto de estallar.

—Esto es una pérdida de tiempo —digo finalmente, apartándome de él—. Si has terminado de hacer el idiota, tengo que subir a estudiar.

Me giro hacia la puerta, esperando a medias que me detenga de nuevo. No lo hace. Cuando alcanzo la salida, su voz me detiene, baja y amenazante.

—Voy a descubrir qué estás tramando, Murphy. Y cuando lo haga, vas a pagar por cada mentira que has dicho.

Me vuelvo lentamente para enfrentarlo una última vez. Está de pie junto al escritorio, la luz a su espalda convirtiendo su silueta en algo casi mitológico. Un depredador perfecto, paciente, esperando el momento de atacar.

—¿Es una amenaza? —pregunto, el desafío evidente en mi tono.

Una sonrisa lenta, peligrosa, curva sus labios.

—Es una promesa —responde, su mirada recorriendo mi cuerpo de arriba abajo con una intensidad que me deja sin aliento—. Y

cuando llegue ese momento, recordarás la celda como un juego de niños comparado con lo que te haré.

Un escalofrío recorre mi espalda, pero no es de miedo. Es de anticipación. De deseo. A pesar de todo lo que sé, a pesar de todo lo que representa, mi cuerpo traicionero responde a su amenaza como si fuera una caricia.

—Buenas tardes, Dimitri —me despido con una calma que no siento, saliendo antes de que pueda ver el efecto que sus palabras han tenido en mí.

Sergei me espera en el pasillo, su expresión tan inexpresiva como siempre. ¿Habrá escuchado nuestra conversación? ¿Sabrá lo que pasó entre su jefe y yo?

—¿De vuelta al ático, señorita Murphy? —pregunta con tono neutro.

—Sí, por favor —respondo, siguiéndolo hacia el ascensor.

Mientras subimos en silencio, mi mente es un torbellino de contradicciones. El FBI me dijo que los Morozov eran criminales despiadados, que Harper era una víctima. Pero cada día que pasa, las evidencias contradicen esa narrativa. Harper ama genuinamente a Alexei. Y Dimitri...

Dimitri es un enigma envuelto en contradicciones. Un hombre capaz de violencia brutal, que mantiene celdas en su sótano, pero que también defendió a una camarera acosada. Un hombre que me interroga con amenazas veladas, pero cuyas manos me sostuvieron con sorprendente delicadeza.

Un hombre que debería aterrarme, pero que solo consigue excitarme más cada vez que estoy cerca de él.

¿Qué estoy haciendo? ¿En qué me he convertido? ¿Estoy realmente dispuesta a traicionar mi misión, mi integridad, por la atracción hacia un hombre que representa todo lo que debería combatir?

Cuando el ascensor finalmente llega al ático, salgo con pasos vacilantes. Mi cabeza duele por las dudas que la asaltan, por las preguntas sin respuesta.

Lo único que tengo claro es que estoy perdiendo de vista la línea entre el deber y el deseo. Y lo más aterrador es que una parte de mí

ya no quiere encontrarla.

CAPÍTULO 25

DIMITRI

Cuatro días.

Han pasado cuatro días de miradas robadas, de silencios cargados, de encontrarnos en pasillos y desviar el rumbo como si fuéramos imanes de polaridad cambiante. Cuatro días desde que la tuve contra la pared de aquella celda, desde que la sentí rendirse bajo mis manos, desde que me hundí en ella como un hombre que encuentra agua en el desierto.

Cuatro días de tortura exquisita.

Ni siquiera después de haberla interrogado en mi despacho ha desaparecido esta atracción que vive en mí.

Desde mi posición privilegiada en la sala de seguridad, la observo desplazarse por el vestíbulo principal del Tsarina. Se mueve con esa gracia felina que me cautivó desde el primer instante.

Gira hacia la zona del spa, con una bolsa pequeña colgando de su hombro. Probablemente contiene su bañador, toalla, quizás algún producto para el pelo, el que hace que huela de forma comestible.

Sé que oculta algo, pero también sé que no me importa una mierda.

Una decisión se forma en mi mente, tan repentina como inevitable.

Se han acabado los juegos.

Marco un número en mi teléfono sin apartar los ojos de la pantalla que muestra su imagen alejándose.

—Viktor —digo en cuanto mi primo responde—. ¿Has encontrado algo?

—Buenos días a ti también, Dimitri —responde con ese tono sardónico que reserva para la familia—. Y sí, estoy trabajando en

ello. Pero es... peculiar.

—¿Peculiar cómo?

—Su historial es demasiado perfecto —explica—. Universidad de Columbia, notas sobresalientes, historial laboral impecable. Ni una multa de tráfico. Es como si alguien hubiera construido un expediente modelo.

Una sensación fría se asienta en mi estómago.

—¿Estás diciendo que es falso?

—No exactamente —aclara Viktor—. Los registros parecen genuinos, pero hay detalles que no encajan. Pequeñas inconsistencias temporales. Y luego está su transferencia a la UNLV. Fue procesada con una rapidez... inusual.

—¿Cuándo tendrás algo concreto? —lo presiono, viendo cómo Sloane desaparece por la entrada del spa.

—Dame un par de días más. Estoy siguiendo algunas pistas interesantes.

—Mantenme informado —concluyo, cortando la llamada.

Me levanto. No puedo esperar a que Viktor complete su investigación. Necesito respuestas ahora. Y conozco una manera infalible de conseguirlas.

Quince minutos después, me dirijo al spa del Tsarina, el área más exclusiva y lujosa del complejo. Mi bañador negro contrasta con la bata blanca de algodón egipcio que proporcionamos en el hotel. Cada paso que doy está cargado de propósito.

El recepcionista, un joven impecablemente presentado, se tensa visiblemente cuando me ve.

—Señor Morozov —saluda con una inclinación—. No sabíamos que vendría hoy. ¿Desea un tratamiento específico?

—No. Solo quiero acceso a la piscina termal —respondo, mi tono dejando claro que no requiero más atención.

—Por supuesto. Está prácticamente vacía a esta hora —me informa, claramente aliviado—. Solo hay una huésped utilizándola en este momento.

Una sonrisa fugaz cruza mi rostro.

—Perfecto.

Atravieso las instalaciones como si me pertenecieran, lo que técnicamente es cierto. El olor a aceites esenciales, agua mineralizada y madera de cedro impregna el ambiente. Una melodía ambiental casi imperceptible crea una atmósfera de tranquilidad estudiada. Todo está diseñado para relajar, para bajar defensas.

Exactamente lo que necesito.

La encuentro sola, como esperaba. La piscina termal, una obra maestra de mármol negro y luces subacuáticas, está incrustada en el suelo como un lago subterráneo. El vapor se eleva en espirales perezosas desde la superficie, creando un halo etéreo alrededor de la única ocupante.

Sloane flota de espaldas, su cabello rojo extendido como una llamarada sobre el agua oscura. Tiene los ojos cerrados, el rostro relajado por primera vez desde que la conozco. Vulnerable. Sin máscaras.

Me detengo un momento, permitiéndome observarla. Lleva un bañador negro de una pieza, simple pero elegante, que acentúa la palidez cremosa de su piel. Sus piernas largas se mueven ocasionalmente para mantenerla a flote, creando pequeñas ondas en el agua.

Es lo más hermoso que he visto jamás. Y la quiero para mí.

Me deshago de la bata con un movimiento fluido y entro al agua sin hacer ruido. La temperatura es perfecta, justo al borde de ser demasiado caliente. Como ella.

El sonido de mi inmersión alerta a Sloane. Sus ojos se abren de golpe, verdes y alertas, localizándome inmediatamente. La sorpresa inicial en su rostro da paso a una cautela que reconozco demasiado bien.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, recuperando su posición vertical, sus pies buscando el fondo de la piscina.

—Es mi hotel —respondo simplemente, avanzando hacia ella con movimientos pausados, deliberados—. Y tenía ganas de un baño.

SLOANE

El corazón me da un vuelco cuando veo a Dimitri deslizándose en el agua como un depredador marino. No le había oído llegar, tan

sumida estaba en la sensación de ingravidez y calor que me proporcionaba la piscina termal. Este momento de paz, el primero en semanas, destrozado por su presencia abrumadora.

Su torso desnudo emerge del agua mientras avanza hacia mí, cada músculo perfectamente definido, los tatuajes que cubren sus brazos y parte de su pecho brillando húmedos bajo la luz difusa. Gotas de agua resbalan por su piel como si incluso ellas sintieran la tentación de recorrerlo.

—Hay cinco piscinas más en este complejo —señalo, retrocediendo instintivamente hasta que mi espalda toca el borde de mármol. Atrapada—. ¿Era necesario elegir precisamente esta?

Una sonrisa lenta, casi depredadora, curva sus labios.

—Esta es la mejor —responde, deteniéndose a apenas un metro de distancia—. Y también es donde estás tú.

El vapor que nos rodea parece intensificar su aroma: cuero, madera, ese toque metálico que siempre lo acompaña. ¿Cómo puede oler así incluso en el agua? Es como si su esencia fuera tan potente que ningún elemento pudiera diluirla.

—Estaba a punto de irme —miento, buscando una vía de escape que no implique rozar su cuerpo.

—No lo creo —dice, su acento ruso más pronunciado de lo habitual, ronco, íntimo—. Acabas de llegar. Y no hemos tenido oportunidad de hablar desde... nuestra última conversación.

El recuerdo de nuestros encuentros anteriores envía una ola de calor por mi cuerpo que nada tiene que ver con la temperatura del agua. La celda. Su despacho. Las amenazas veladas que sonaban más a promesas de placer.

—No tenemos nada de qué hablar —replico, enderezando los hombros, negándome a mostrar debilidad.

Dimitri da otro paso hacia mí. El agua ondula entre nosotros, creando pequeñas corrientes que acarician mi piel como dedos fantasmales.

—Yo creo que sí —murmura, su mirada fija en la mía—. Por ejemplo, podríamos hablar de por qué me estás evitando.

—No te estoy evitando —miento de nuevo—. Simplemente no tengo nada que decirte.

Su risa es baja, ronca, casi un gruñido.

—Siempre tan desafiante —observa, y hay algo en su tono que suena casi a... ¿admiración?—. Es una de las cosas que me vuelven loco de ti.

El corazón me martillea en el pecho tan fuerte que temo que pueda oírlo. Estamos solos en la piscina, pero es un espacio público. Cualquier huésped podría entrar en cualquier momento. Un nivel de riesgo que añade una capa extra de excitación a la tensión que ya crece entre nosotros.

—¿Qué quieres, Dimitri? —pregunto directamente, cansada de este juego del gato y el ratón.

Su mirada recorre mi rostro, deteniéndose en mis labios un segundo demasiado largo antes de volver a mis ojos.

—A ti —responde con una sinceridad brutal que me deja sin aliento—. Te quiero a ti, Sloane.

El sonido de mi nombre en sus labios, con esa cadencia extranjera que lo hace sonar como algo precioso, envía un escalofrío por mi columna. Hay tantas capas en esas tres simples palabras, tantos significados posibles, tantas advertencias.

—No sabes lo que dices —respondo, mi voz más débil de lo que quisiera—. Apenas me conoces.

—Te conozco mejor de lo que crees —contradice, acercándose otro paso. Ahora está tan cerca que podría tocarle si extendiera la mano. Tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, diferente al del agua que nos rodea—. Sé que ocultas algo. Sé que me deseas tanto como yo a ti. Y sé que, hagas lo que hagas, digas lo que digas, hay algo inevitable entre nosotros.

Sus palabras resuenan con una verdad que no puedo negar, por mucho que quiera.

—Es solo atracción física —intento racionalizar, más para mí misma que para él—. Química. Nada más.

—Entonces deja que te invite a cenar —propone, cambiando de táctica tan abruptamente que me desconcierta—. Esta noche. Solo nosotros dos. Sin juegos, sin interrogatorios. Solo una cena.

Lo miro con sospecha.

—¿Por qué?

—Porque tengo hambre —responde con esa sonrisa torcida que hace que algo se derrita en mi interior—. Y porque quiero pasar tiempo contigo con ropa. Para variar.

El rubor sube por mi cuello hasta mis mejillas, y sé que lo nota porque su sonrisa se ensancha.

—No es buena idea —murmuro, pero sin verdadera convicción.

—La mayoría de las cosas que vale la pena hacer nunca lo son —replica, y entonces, sin previo aviso, su mano se desliza bajo el agua para posarse en mi cintura.

El contacto, aunque a través de la tela de mi bañador, envía una descarga eléctrica por todo mi cuerpo. Sus dedos son firmes, cálidos, posesivos.

—Cenarás conmigo —no es una pregunta ni una invitación. Es una afirmación. Un hecho inevitable—. A las ocho. Iré a buscarte al ático.

Debería protestar. Debería recordarle que no puede darme órdenes, que no soy una de sus empleadas o activos. Debería mantener la distancia profesional que mi misión requiere.

En lugar de eso, me descubro asintiendo.

—A las ocho —confirmo, mi voz apenas un susurro.

Su mano se tensa en mi cintura, atrayéndome imperceptiblemente más cerca.

—Bien —murmura, y entonces, con una audacia que me deja sin aliento, se inclina y deposita un beso suave, casi casto, en la comisura de mis labios—. Hasta entonces.

Y así, tan repentinamente como apareció, se aleja. Lo observo salir de la piscina, el agua resbalando por su cuerpo esculpido como si lamentara abandonarlo. Se envuelve en la bata sin secarse, me lanza una última mirada cargada de promesas, y se marcha.

Me quedo sola, mi piel ardiendo donde sus dedos me tocaron, mi corazón latiendo a un ritmo desconocido.

¿En qué me he metido?

DIMITRI

La luz de Las Vegas pinta el cielo nocturno de purpúreo y naranja, un atardecer artificial creado por neones y reflectores. Desde la

mesa privada que he reservado en el restaurante de la azotea, la vista es espectacular. Pero mis ojos solo están fijos en ella.

Sloane parece una diosa pagana bajo la iluminación tenue. Ha elegido un vestido negro sencillo pero devastador, que abraza sus curvas como una segunda piel. Su pelo rojo cae en ondas sobre sus hombros, enmarcando un rostro que podría comenzar mil guerras. Sin maquillaje excesivo, sin artificios. Natural y brutal en su belleza.

La he estado observando durante la cena, catalogando cada detalle: cómo sostiene la copa de vino, cómo sus ojos se entrecierran ligeramente cuando algo le hace gracia, cómo se muerde la punta de su lengua cuando está pensando una respuesta.

La conversación ha sido sorprendentemente fácil. Hemos evitado temas peligrosos, centrándonos en literatura (le gustan los clásicos rusos, lo que me intrigó), música (nuestros gustos no podrían ser más opuestos), comida (compartimos una debilidad por el chocolate negro). Pequeñas ventanas a quiénes somos fuera de este juego de engaños que jugamos.

Porque sé que sigue mintiendo. Lo veo en la forma en que evita ciertos temas, en cómo a veces parece calcular sus respuestas. Pero también veo destellos de verdad, momentos en que la máscara se desliza y atisbo a la verdadera Sloane.

Y quiero más. Quiero todo.

—¿En qué piensas? —pregunta, interrumpiendo mi contemplación —. Tienes esa mirada otra vez.

—¿Qué mirada? —inquiero, dando un sorbo a mi vino.

—Como si estuvieras intentando resolver un rompecabezas — responde, inclinando ligeramente la cabeza—. Como si yo fuera un código que necesitas descifrar.

Sonrío. Es perspicaz, lo reconozco.

—Tal vez lo eres —admito, dejando la copa sobre la mesa—. Tal vez ambos lo somos.

Un silencio cae entre nosotros, cargado de todas las preguntas no formuladas, todas las verdades no dichas.

—¿Por qué estamos haciendo esto, Dimitri? —pregunta finalmente, su voz suave pero firme—. Esta cena. Esta... tregua.

—Porque quiero conocerte —respondo con una honestidad que me sorprende a mí mismo—. A la verdadera tú, no a la versión que muestras al mundo.

Sus ojos, esos estanques verdes que me han embrujado desde el primer día, se oscurecen ligeramente.

—¿Y si no te gusta lo que encuentras?

La pregunta cuelga entre nosotros, pesada con implicaciones.

—Ese es un riesgo que estoy dispuesto a correr —respondo, y lo digo en serio.

Porque ya no importa si trabaja para alguna agencia, si es una espía, si su intención inicial era destruirnos. Lo único que importa es que la quiero. La quiero con una intensidad que me asusta, que desafía toda lógica.

Y lo que quiero, lo tomo.

—Vamos —digo abruptamente, dejando suficiente dinero sobre la mesa para cubrir la cuenta y una propina exorbitante—. Hay un sitio que quiero enseñarte.

—¿Ahora? —pregunta, sorprendida por el cambio repentino.

—Ahora —confirmo, extendiéndole la mano.

Duda un segundo, y luego la toma. Su piel es suave, cálida, un contraste con la mía, endurecida por años de violencia. La diferencia me fascina, como todo en ella.

La guío fuera del restaurante, a través del casino, hasta el ascensor privado que conduce a los apartamentos. Pero en lugar de presionar el botón del ático, donde ella reside, pulso el del piso inmediatamente inferior.

Mi piso. Mi territorio.

—¿Adónde vamos? —pregunta, y noto un leve temblor en su voz.

—A mi casa —respondo simplemente.

Las puertas se abren directamente en el pasillo de mi apartamento. Entramos. A diferencia del ático, diseñado por decoradores profesionales, mi espacio refleja mis gustos: minimalista, funcional, con toques de mi herencia rusa en forma de iconos antiguos y obras de arte contemporáneo de artistas de San Petersburgo.

—Bienvenida —digo, permitiéndole entrar primero.

La observo mientras explora el espacio, sus ojos registrando cada detalle. La sala de estar con ventanales del suelo al techo que ofrecen una vista panorámica de Las Vegas. La cocina de acero inoxidable, casi nunca utilizada. La puerta ligeramente abierta que deja entrever el dormitorio principal.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunta finalmente, girándose para enfrentarme.

Me acerco a ella lentamente, dándole tiempo para retroceder si lo desea. No lo hace. Se mantiene firme, desafiante incluso ahora.

—Porque quiero que duermas en mi cama —respondo con honestidad brutal—. Quiero despertar y verte a mi lado. Quiero que este apartamento huela a ti.

Sus labios se separan en un pequeño jadeo de sorpresa.

—Dimitri... —comienza, pero la interrumpo.

—No estoy pidiendo nada que no quieras dar —aclaro, deteniéndome a centímetros de ella—. Solo quiero que pases la noche. Solo dormir, si es lo que deseas.

La incredulidad se dibuja en su rostro.

—¿Me estás diciendo que me has traído aquí, a tu apartamento, solo para dormir?

Una sonrisa lenta curva mis labios.

—No he dicho eso exactamente —respondo, mi voz bajando una octava—. He dicho que no pediré nada que no quieras dar. La pregunta es, Sloane... ¿qué quieres tú?

SLOANE

La pregunta reverbera en el aire entre nosotros, cargada de posibilidades. ¿Qué quiero? Es una pregunta engañosamente simple que encierra un universo de complicaciones.

Quiero cumplir mi misión. Quiero proteger a Harper. Quiero descubrir la verdad sobre los Morozov.

Pero también quiero esto. A él. Con una intensidad que desafía toda razón y profesionalismo.

—No lo sé —respondo con honestidad—. No debería estar aquí.

Dimitri da otro paso hacia mí, entrando en mi espacio personal como siempre lo hace, como si tuviera derecho a él. Y lo más

aterrador es que, de alguna manera, siento que lo tiene.

—¿Por qué no? —pregunta, su voz es un rumor bajo que vibra en mi pecho.

—Porque es una mala idea —respondo, aunque no hago ningún esfuerzo por alejarme—. Porque hay... complicaciones.

—¿Tus secretos? —inquiere, levantando una mano para acariciar mi mejilla con el dorso de sus dedos. Un toque tan suave que apenas lo siento, y sin embargo, envía escalofríos por todo mi cuerpo—. ¿O los míos?

—Ambos —admito, cerrando los ojos brevemente ante su caricia —. Esto no puede terminar bien.

Su mano se desliza para acunar mi nuca, sus dedos enredándose en mi cabello.

—No estoy pensando en cómo termina —murmura, acercando su rostro al mío—. Estoy pensando en ahora.

Y entonces me besa. No con la urgencia animal de nuestros encuentros anteriores, sino con una ternura que me desarma por completo. Sus labios se mueven sobre los míos con deliberada lentitud, como si estuviera saboreando algo precioso, algo que podría romperse.

Es ese contraste, esa suavidad inesperada, lo que derriba mis últimas defensas. Mis manos se elevan para aferrarme a sus hombros, mi cuerpo se inclina instintivamente hacia el suyo, buscando más contacto, más calor.

El beso se profundiza gradualmente, su lengua acariciando el contorno de mis labios, pidiendo entrada sin exigirla. Se la concedo sin dudar, y el gemido que escapa de su garganta cuando nuestras lenguas se encuentran es el sonido más erótico que he escuchado jamás.

Sus manos descienden por mi espalda, acariciando cada vértebra a través de la tela de mi vestido, hasta posarse en mi cintura. Me atrae más cerca, hasta que no queda espacio entre nosotros, hasta que puedo sentir cada plano duro de su cuerpo contra el mío.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respiramos con dificultad. Sus ojos, normalmente claros como el hielo, están

oscurecidos por el deseo, sus pupilas dilatadas casi devorando el gris.

—Quédate —susurra, y no es una orden ni una súplica. Es simplemente un deseo, honesto y directo—. Quédate esta noche.

La decisión ya está tomada, lo sé. Lo supe en el momento en que acepté esta cena, quizás incluso antes. Desde el instante en que entré en el Tsarina, he estado en una trayectoria de colisión con este hombre. Y ya no quiero evitarlo.

—Me quedaré —respondo, y algo se ilumina en sus ojos.

Sin otra palabra, me toma de la mano y me guía hacia el dormitorio. La habitación es como él: elegante, masculina, sin adornos innecesarios. Una cama king size domina el espacio, vestida con sábanas de un gris plateado que parecen brillar bajo la tenue iluminación.

Se gira hacia mí, sus manos encontrando la cremallera de mi vestido con familiaridad, como si hubiera hecho esto mil veces. Tal vez lo ha hecho, pienso, con otras mujeres cuyas caras nunca conoceré. Pero entonces sus ojos encuentran los míos, y hay algo en ellos... una reverencia, un asombro, que me hace sentir como si fuera la primera.

El vestido cae a mis pies con un susurro sedoso, dejándome solo en ropa interior de encaje negro. Sus ojos recorren mi cuerpo con hambre apenas contenida, pero sus manos permanecen a los costados, permitiéndome decidir el ritmo.

Doy un paso hacia él y comienzo a desabrochar su camisa, botón por botón, revelando gradualmente el lienzo de tatuajes y cicatrices que es su torso. Cada marca cuenta una historia que quiero conocer, cada símbolo es un misterio que anhelo descifrar.

Cuando finalmente estamos ambos en ropa interior, me toma en sus brazos y me deposita suavemente en la cama, como si fuera algo precioso. Se cierne sobre mí, sus brazos a cada lado de mi cabeza, su cuerpo un refugio y una prisión al mismo tiempo.

—Eres mía —dice entonces, su voz un susurro áspero que no admite discusión—. ¿Lo entiendes, Sloane? Mía.

Debería ofenderme su posesividad. Debería recordarle que no soy un objeto que pueda poseer. Debería mantener al menos esa

pequeña parte de mi dignidad intacta.

Pero hay algo en la forma en que lo dice, en la intensidad cruda de su mirada, que enciende un fuego en mi interior que anula toda lógica.

—Sí —respondo, las palabras saliendo sin mi permiso—. Tuya.

Una sonrisa lenta, casi depredadora, curva sus labios. Se inclina para besarme de nuevo, esta vez sin contención, vertiendo en ese beso toda la posesividad, toda la obsesión que ha estado acumulando. Su mano se desliza entre nuestros cuerpos, encontrando el borde de mis bragas, y yo me arqueo contra él, invitándolo a continuar.

Lo que sigue es una sinfonía de sensaciones: sus dedos explorando mis zonas más sensibles, mis uñas marcando su espalda, nuestras respiraciones entrecortadas mezclándose en el aire nocturno. Cuando finalmente nos unimos, cuando entra en mí con una embestida que me llena por completo, es como si hubiera encontrado un hogar que no sabía que buscaba.

Nos movemos juntos, nuestros cuerpos encontrando un ritmo tan antiguo como el tiempo mismo. Sus ojos nunca dejan los míos, manteniéndome anclada en el momento, impidiéndome escapar incluso mentalmente. Es la intimidad más completa que he experimentado jamás, como si estuviera reclamando no solo mi cuerpo sino mi alma.

El clímax llega como una tormenta, arrasando todo a su paso. Mis músculos se tensan, mi visión se nubla, y su nombre escapa de mis labios como una plegaria. Él me sigue poco después, su rostro enterrado en mi cuello, sus brazos apretándome contra él como si temiera que pudiera desvanecerme.

Después, cuando nuestras respiraciones se han calmado y nuestros cuerpos se han enfriado, permanecemos entrelazados bajo las sábanas. Su mano acaricia perezosamente mi espalda, trazando patrones invisibles en mi piel. Hay preguntas que flotan en el aire, verdades que siguen sin ser dichas, pero por ahora, en este momento robado, nada de eso importa.

—¿En qué piensas? —pregunta, su voz ronca por el esfuerzo reciente.

—En que estoy en problemas —respondo con honestidad, porque ¿qué sentido tiene mentir ahora?

Su risa es un rumor bajo que vibra contra mi costado.

—Sí —concuerda, besando mi frente con sorprendente ternura—. Lo estás.

No hay amenaza en sus palabras, solo una declaración. Y mientras me deslizo hacia el sueño en sus brazos, envuelta en su calor y su aroma, no puedo evitar pensar que tiene razón.

Estoy en problemas. Los mayores problemas de mi vida.

Estoy enamorada de él.

Y lo peor es que ya no me importa.

CAPÍTULO 26

SLOANE

—¿No te parece adorable? —pregunta Harper, sosteniendo un pequeño body azul marino con delicados barcos bordados en el cuello.

Sonrío, observando cómo sus ojos brillan de ilusión mientras acaricia la suave tela entre sus dedos. La tienda infantil ubicada en la planta comercial del Tsarina es un mundo aparte del casino: paredes en tonos pastel, música suave de fondo y ese olor característico a ropa nueva y peluches.

—Es precioso —respondo, imaginando al futuro heredero Morozov vestido con semejante elegancia—. Alexei lo aprobará sin duda.

Harper suelta una risa suave mientras añade la prenda a la cesta ya repleta de pequeños tesoros para el bebé. Su vientre prominente de seis meses se interpone entre ella y el mostrador cuando intenta alcanzar un gorrito a juego.

—Deja, ya lo cojo yo —me adelanto, tomando el gorrito y colocándolo junto al resto de las compras.

Mientras recorremos los pasillos, observo a mi amiga con disimulo. Nunca la había visto tan radiante. Su embarazo le ha otorgado una luminosidad especial, un brillo que ningún cosmético podría conseguir. Sus movimientos son más lentos, más medidos, pero hay una serenidad en ella que resulta casi magnética.

Es difícil conciliar esta imagen de felicidad doméstica con las celdas que vi en los sótanos, con las sombras que se ciernen sobre la familia Morozov. ¿Cómo pueden existir estos dos mundos simultáneamente? ¿Y cómo he acabado yo atrapada entre ambos?

Mi mente vuelve, como lo ha hecho constantemente durante los últimos días, a la noche en el apartamento de Dimitri. A despertar

envuelta en su calor, con su brazo posesivamente anclado a mi cintura. A la forma en que me besó al despedirnos, profundo y lento, como si quisiera grabar su sabor en mi memoria.

No hemos hablado de lo que somos, de lo que significa. Solo ha habido miradas intensas a través de habitaciones llenas de gente, mensajes preguntándome si necesito algo.

—Tierra llamando a Sloane —la voz de Harper me devuelve al presente—. Llevas un minuto mirando ese sonajero como si contuviera las respuestas del universo.

Parpadeo, dándome cuenta de que efectivamente sostengo un sonajero plateado sin recordar haberlo cogido. Lo devuelvo al estante, notando el calor que sube por mi cuello.

—Perdona, estaba en las nubes. No he dormido mucho últimamente.

Harper me estudia con esa mirada inquisitiva que siempre ha tenido cuando sabe que le oculto algo.

—¿Problemas de insomnio? ¿O quizás cierto ruso que te quita el sueño?

El rubor en mis mejillas debe confirmar sus sospechas, porque sonríe con satisfacción.

—No sé de qué hablas —murmuro, fingiendo interés en una colección de peluches.

—Por supuesto que no —responde con ironía—. Supongo que no tiene nada que ver con cierto hermano de mi marido que lleva días de un humor sorprendentemente bueno.

Antes de que pueda responder, un hombre con uniforme de empleado se acerca a nosotras.

—Señora Morozov —saluda con una sonrisa—. Hay un asunto que requiere su atención. Un problema con un pedido especial.

Harper frunce el ceño ligeramente.

—No recuerdo haber hecho ningún pedido especial.

El hombre sonríe.

—Su esposo lo organizó como sorpresa, pero creo que necesita verlo antes de procesarlo.

—¿Te importa que echemos un vistazo? —dice, girándose hacia mí—. Conociendo a Alexei, seguramente ha encargado una cuna

chapada en oro.

Antes de que pueda responder, otro hombre aparece a mi lado. También viste el uniforme de la tienda.

—Por aquí, señoras —indica el primero, señalando hacia una puerta lateral marcada como «Solo Personal».

Hay algo en su actitud que me pone alerta. No sé si es muy buena idea acompañarlos, sobre todo sin los guardaespaldas de Harper cerca.

—Harper —digo, manteniendo la voz tranquila mientras agarro suavemente su brazo—, quizás deberíamos avisar a Alexei primero.

El segundo hombre se acerca, bloqueando sutilmente la salida hacia el área principal de la tienda.

—No será necesario —responde con una sonrisa forzada—. Ya le hemos informado. De hecho, nos pidió que las acompañáramos personalmente.

Harper empieza a mostrar signos de inquietud, su mano descansando protectoramente sobre su vientre. Sus ojos buscan los míos, un destello de preocupación asomando en ellos.

—Mejor volvemos en otro momento —sugiere, intentando dar un paso atrás.

El primer hombre mueve ligeramente su chaqueta, revelando por un instante la silueta inconfundible de un arma.

—Insistimos —dice, toda pretensión de amabilidad desvaneciéndose de su voz.

El terror se cristaliza en mi pecho como hielo. Esto no es un malentendido. Es un secuestro.

Evalúo rápidamente nuestras opciones. La tienda está sospechosamente vacía. La salida principal está bloqueada por el segundo hombre. Harper está embarazada de seis meses, vulnerable y preocupada por su bebé. Cualquier movimiento brusco podría ponerla en peligro.

Siento el peso de mi móvil en el bolsillo. Si pudiera alcanzarlo discretamente...

El primer hombre, leyendo mis intenciones, se acerca lo suficiente para susurrar:

—Saca el móvil y le disparo a ella primero.

El miedo me paraliza. No por mí, sino por Harper. Por su bebé.

—Haremos lo que digáis —respondo, manteniendo la voz firme a pesar del terror—. Solo no le hagáis daño.

Harper me mira con ojos dilatados por el miedo. Le aprieto la mano suavemente, intentando transmitirle una calma que no siento.

—Por la puerta trasera. Ahora —ordena el segundo hombre, señalando la salida de servicio.

Avanzamos lentamente, Harper apoyándose ligeramente en mí. El primer hombre nos sigue de cerca, mientras el segundo se adelanta para abrir la puerta.

Entramos en un pasillo de servicio, frío y austero, iluminado con fluorescentes que zumban débilmente. El olor a productos de limpieza industrial se mezcla con el sudor frío que empieza a perlar mi frente. Cada paso nos aleja más de la seguridad.

—Sloane —susurra Harper, su voz temblorosa—. El bebé...

—Todo saldrá bien —le aseguro, aunque la incertidumbre me corroe por dentro. Me encantaría enfrentarme a estos dos hombres, pero temo que si me peleo con ellos le hagan daño a Harper—. Alexei nos encontrará.

Los hombres nos conducen por un laberinto de pasillos de servicio. Giros a la izquierda, a la derecha, descendiendo por ascensores industriales. Estamos adentrándonos en las entrañas del casino, en zonas que ni siquiera yo había explorado.

Finalmente llegamos a una puerta metálica sin señalización. El primer hombre introduce un código en el panel y la puerta se abre con un siseo neumático, revelando lo que parece ser un área de almacenamiento. Cajas apiladas, carretillas elevadoras inmóviles, el aire denso con olor a cartón y aceite de maquinaria.

—Adentro —ordena, indicándonos que pasemos.

Una vez dentro, el segundo hombre cierra la puerta y saca unas bridas de plástico de su bolsillo.

—Las manos —exige, mirando primero a Harper.

—Está embarazada —intervengo, colocándome entre ellos—. No puede tener las manos atadas. Si necesita sujetarse el vientre, ir al servicio...

El hombre me observa un momento, luego asiente secamente.

—Tú primero, entonces.

Extiendo mis manos, permitiéndole asegurar mis muñecas con las bridas. El plástico se clava en mi piel, frío y cortante. Harper ahoga un sollozo a mi espalda.

—Sentaos allí —indica el primer hombre, señalando unas sillas de oficina en el centro del almacén.

Nos sentamos con cuidado, Harper moviéndose lentamente. Me aseguro de que esté lo más cómoda posible dentro de las circunstancias.

El primer hombre saca un móvil y marca un número, alejándose unos pasos para hablar. Solo capto fragmentos: «...las tenemos... sí, ambas... la esposa y la amiga... esperando instrucciones...»

El segundo hombre nos vigila, su arma ahora completamente visible.

—¿Qué queréis de nosotras? —pregunta Harper, su voz sorprendentemente firme a pesar del miedo evidente en su rostro pálido.

El hombre armado sonríe sin humor.

—No se trata de vosotras. Es sobre vuestros hombres.

Un escalofrío me recorre la espalda. Esto es una venganza. O un mensaje. O una trampa.

—Mi marido os encontrará —dice Harper con seguridad—. Y cuando lo haga, desearéis no haber nacido.

El hombre se limita a encogerse de hombros, pero detecto un destello de inquietud en sus ojos. Conoce la reputación de los Morozov. Sabe lo que son capaces de hacer.

Y en este momento, por primera vez, encuentro consuelo en ello.

DIMITRI

El cristal del vaso estalla contra la pared, fragmentos resplandecientes dispersándose antes de caer al suelo. El whisky forma una mancha oscura en el papel pintado importado.

—¿Cómo cojones ha podido ocurrir esto dentro del Casino? —rujo, mi voz apenas reconocible incluso para mí mismo.

Viktor, habitualmente imperturbable, está pálido como la cera. A su lado, Alexei permanece mortalmente quieto, un silencio más

aterrador que cualquier explosión de rabia.

—Envía las imágenes —ordena Alexei, su voz gélida.

En la pantalla de la pared aparecen las grabaciones de seguridad. Harper y Sloane entrando a la tienda infantil, relajadas, despreocupadas. Dos hombres con uniformes acercándose. La conversación. La tensión creciente. Y finalmente, la salida forzada por la puerta de servicio.

Mi sangre hierve en mis venas, un rugido sordo llenando mis oídos. Sloane. *Mi* Sloane. Arrastrada por esos cabrones, el miedo evidente en su postura a pesar de su intento de mantenerse firme.

—Identifícalos —exijo, acercándome a la pantalla como si pudiera atravesarla.

Viktor teclea rápidamente, ampliando los rostros de los secuestradores.

—Estamos ejecutando el reconocimiento facial.

—Seguro que son los hombres de Keller —murmura Alexei, pronunciando el nombre como una maldición.

Un músculo se tensa en su mandíbula, única señal externa de la tormenta que debe estar desatándose en su interior.

—Tenemos que acabar de una vez por todas con el maldito padre de Harper —sentencio, apretando mucho los dientes.

—Es una trampa. Quiere que vayamos tras ellas.

—Me importa una mierda —gruño, mi paciencia evaporándose—. Voy a buscarlas.

Alexei me mira por primera vez desde que recibimos la noticia, sus ojos están cargados de una furia fría, calculada.

—Lo haremos —asiente—. Pero con inteligencia, no con rabia. Necesito estar seguro de que mi mujer está a salvo.

Mi puño se estrella contra la mesa, el dolor un bienvenido foco para mi ira.

—Cada minuto que pasa es un minuto que están en peligro. Sloane... —me detengo, la emoción amenazando con ahogar mis palabras.

Alexei coloca una mano en mi hombro, un gesto raro entre nosotros.

—La encontraremos, Dima —dice, usando el diminutivo de mi infancia—. A ambas.

Viktor interrumpe el momento, su voz recuperando algo de su compostura profesional.

—Tengo algo. Las cámaras de servicio los captaron dirigiéndose al nivel de almacenamiento B3. Y acabo de identificar a uno de los hombres: Mikhail Dragunov, ex-Spetsnaz, ahora mercenario. Trabajó para los irlandeses en operaciones en la costa este.

—Los hombres de Keller —confirma Alexei, girándose hacia el armario de la pared.

Lo abre, revelando un arsenal que haría sonrojar a un comando militar. Sin dudar, toma dos pistolas Glock, comprobando los cargadores con la eficiencia de quien ha realizado este ritual miles de veces.

Me acerco, seleccionando mi propia arma: una Beretta 92. El metal frío contra mi palma es reconfortante, familiar. Un recordatorio de quién soy realmente. No el empresario, no el jefe de seguridad. El soldado. El protector. El vengador.

—Viktor, coordina el rescate desde aquí —ordena Alexei, deslizando un cuchillo táctico en su bota—. Quiero a todos nuestros hombres en posición, pero nadie mueve un dedo hasta mi señal. Esto podría ser exactamente lo que Keller quiere: sacarnos a la luz.

—Entendido —asiente Viktor, ya tecleando comandos en su tablet.

Me giro hacia mi hermano, una pregunta silenciosa en mis ojos. Él entiende.

—Vamos a matarlos a todos —confirma Alexei, su voz desprovista de emoción—. Harper es lo único que importa.

—Y Sloane —añado, sin poder evitarlo.

Una sombra de sonrisa cruza su rostro.

—Y Sloane —concede.

Con un último intercambio de miradas, nos dirigimos hacia el ascensor de servicio. El descenso hacia el nivel B3 parece eterno, cada segundo un recordatorio de lo que está en juego.

La imagen de Sloane atrapada, asustada, posiblemente herida se repite en mi mente como una película de terror. Si le han tocado un solo pelo...

Mantén la calma, me digo. *Piensa como un soldado, no como un amante*.

Pero es difícil. Imposible, casi. Porque en algún momento entre nuestro primer encuentro hostil y la otra noche, cuando la sostenía en mis brazos mientras dormía, Sloane Murphy se ha convertido en algo más que una obsesión pasajera. Se ha convertido en una parte de mí.

Y los que se atreven a tocar lo que es mío no viven para contarlo.

SLOANE

El tiempo se estira como una goma en este almacén sin ventanas. Sin relojes a la vista y con nuestros móviles confiscados, es imposible saber cuánto llevamos aquí. ¿Una hora? ¿Dos?

Harper se remueve incómoda en su silla, una mueca de dolor cruzando su rostro.

Como le pase algo a mi amiga pienso matar a estos tipos.

—¿Estás bien? —susurro, inclinándome hacia ella.

—El bebé está inquieto —responde, acariciando su vientre—. Y necesito ir al servicio otra vez.

Me dirijo a nuestros captores. El primero, al que mentalmente llamo «Cicatriz» por la marca que cruza su mejilla izquierda, está hablando por teléfono nuevamente. El segundo, «Calvo», mantiene su posición vigilante cerca de la puerta.

—Disculpad —llamo, manteniendo mi voz firme—. Mi amiga está embarazada y necesita usar el aseo.

Calvo mira a Cicatriz, quien termina su llamada con un gruñido.

—Cinco minutos —concede, señalando hacia una puerta en la esquina del almacén—. Y tú vas con ella —añade, apuntándome con su arma.

Con mis manos aún atadas, ayudo a Harper a levantarse con cuidado. Sus piernas parecen algo entumecidas después de estar sentada tanto tiempo.

—Vigílalas —ordena Cicatriz a su compañero—. Voy a comprobar el perímetro.

Calvo nos acompaña hasta la puerta del pequeño aseo, un cubículo deprimente con azulejos descoloridos y un olor persistente

a humedad y desinfectante industrial.

—Dos minutos —advierte, quedándose fuera, pero manteniendo la puerta entreabierta.

Dentro, con la poca privacidad que nos permite la puerta abierta, Harper se pone de cuclillas con cuidado.

—Están haciendo tiempo —susurra, tan bajo que apenas la oigo —. Esperando instrucciones.

Asiento imperceptiblemente, aprovechando el momento para examinar el baño en busca de cualquier cosa que pueda servirnos. Nada. Ni siquiera una ventana o conducto de ventilación lo suficientemente grande.

—Alexei vendrá —continúa Harper, su voz temblorosa pero determinada—. Lo sé.

—Y Dimitri —añado, sorprendiéndome a mí misma con la certeza en mi voz.

Es curioso. Hace unas semanas, la idea de que estos hombres fueran nuestros salvadores me habría parecido absurda. Ahora, son nuestra única esperanza.

—Tiempo —gruñe Calvo desde la puerta.

Ayudo a Harper a levantarse, sus ojos encontrando los míos. En ellos veo miedo, sí, pero también una resolución férrea. Es más fuerte de lo que aparenta, siempre lo ha sido.

De vuelta en el almacén, Cicatriz ha regresado. Está tenso, comprobando repetidamente su móvil.

—¿Algún problema? —pregunta Calvo.

—No contestan —responde Cicatriz, su voz teñida de inquietud—. Deberíamos haber recibido instrucciones hace una hora.

Un escalofrío recorre mi espalda. Algo va mal. O más bien, algo está cambiando.

De repente, las luces parpadean. Una, dos, tres veces antes de estabilizarse nuevamente.

Cicatriz y Calvo intercambian miradas. El primero desenfunda su arma, el segundo verifica la puerta.

—Comprueba las otras salidas —ordena Cicatriz a su compañero.

Un silencio espeso, casi tangible, desciende sobre el almacén. Incluso la maquinaria parece contener la respiración. El único sonido

es el latido de mi corazón, martilleando en mis oídos como un tambor de guerra.

Y entonces lo oigo. Un sonido casi imperceptible. Un chasquido metálico, como una cerradura abriéndose en algún lugar distante.

Harper lo escucha también. Su mano busca la mía, apretando con fuerza.

Cicatriz da un paso hacia nosotras, su arma apuntando alternadamente a cada una. Su frente brilla con sudor, sus ojos recorren frenéticamente el espacio.

—Moveos hacia allí —ordena, señalando un rincón más alejado.

Apenas hemos dado un par de pasos cuando ocurre.

Un estruendo ensordecedor sacude el almacén. La puerta principal vuela de sus goznes, envuelta en una nube de polvo y escombros. Simultáneamente, un panel del techo se abre y una figura oscura desciende con precisión militar.

Cicatriz grita algo ininteligible, girando su arma hacia la amenaza principal. Dispara. La detonación retumba en el espacio cerrado, un ruido tan violento que siento como si mis tímpanos fueran a reventar.

Todo se acelera. Más disparos. Gritos. El sonido sordo de cuerpos colisionando.

A través del caos, distingo figuras moviéndose con precisión letal. Hombres de negro, sus movimientos coordinados como una danza macabra.

Y entre ellos, inconfundibles incluso en este pandemónium: Alexei y Dimitri.

Alexei avanza como una fuerza de la naturaleza, imparable. Su rostro normalmente impasible está transformado por una furia primitiva. En sus manos, un arma que dispara con precisión quirúrgica.

Dimitri es pura violencia contenida. Se mueve como un depredador, cada paso calculado. Sus ojos escanean frenéticamente el espacio hasta que me encuentran.

Nuestras miradas se conectan a través del caos, y algo en su expresión cambia. Alivio, seguido inmediatamente por horror.

—¡CUIDADO! —ruge, y en ese instante entiendo por qué.

Calvo ha emergido de las sombras detrás de nosotras, su arma apuntando directamente a mi espalda.

Instintivamente, me muevo para proteger a Harper, colocándome delante de ella. El tiempo parece ralentizarse mientras espero el impacto de la bala que sé que viene.

Pero el disparo nunca llega.

En su lugar, veo a Dimitri abalanzándose hacia nosotras con velocidad sobrehumana. En un movimiento fluido, se coloca delante de mí, de espaldas al peligro, envolviéndome con sus brazos y formando una barrera protectora.

Simultáneamente, Alexei aparece junto a Harper, situándose entre ella y cualquier amenaza potencial, cubriéndola con su cuerpo mientras la guía suavemente hacia una posición más segura detrás de unas cajas.

Una ráfaga de disparos estalla a nuestras espaldas. El cuerpo de Dimitri se tensa contra el mío, pero no se mueve ni un milímetro, manteniendo su posición como un escudo humano. Su respiración es pesada contra mi oído, sus brazos como acero alrededor de mi cuerpo.

Más disparos. Gritos ahogados. Y luego, silencio.

Un silencio ensordecedor después de tanta violencia.

Dimitri sigue inmóvil, su abrazo protector sin aflojar ni un ápice.

—¿Estás herido? —susurro, el pánico creciendo en mi interior.

Siento su negación contra mi pelo.

—¿Y tú? —pregunta, su voz ronca, irreconocible.

—Estoy bien —respondo, aunque mi cuerpo entero tiembla incontrolablemente.

Solo entonces se permite relajarse ligeramente, separándose apenas lo suficiente para mirarme a los ojos. Su mirada recorre cada centímetro de mi rostro, buscando signos de dolor o trauma. Lo que encuentra debe tranquilizarlo, porque su expresión se suaviza casi imperceptiblemente.

—Joder. Pensaba... —comienza, pero se detiene, incapaz de completar el pensamiento.

No necesita hacerlo. Lo veo en sus ojos, en la forma en que sus manos tiemblan ligeramente mientras corta las bridas de mis

muñecas con una navaja. El miedo de perderme.

A pocos metros, Alexei mantiene a Harper protegida tras su cuerpo, una mano acariciando su rostro mientras la otra permanece firme en su arma, aún alerta ante cualquier amenaza. Sus ojos examinan cada detalle de ella, sus labios moviéndose en lo que parecen ser promesas susurradas.

Alrededor nuestro, hombres con uniformes tácticos aseguran el perímetro. Los cuerpos de Cicatriz y Calvo yacen inmóviles en el suelo, charcos oscuros extendiéndose bajo ellos.

Dimitri finalmente se separa de mí, pero una de sus manos permanece firmemente en mi cintura, como si temiera que pudiera desaparecer si me suelta.

—¿Puedes andar? —pregunta, su voz aún áspera por la adrenalina.

Asiento, aunque mis piernas parecen de algodón. Su brazo rodea mi cintura, sosteniéndome con firmeza mientras avanzamos hacia donde Alexei comprueba el estado de Harper.

—¿Estáis bien? ¿El bebé? —pregunta Dimitri a Harper, y la preocupación genuina en su voz me sorprende.

Harper asiente, una mano protectoramente sobre su vientre.

—Estamos bien —responde, su voz temblorosa pero firme—. Gracias a vosotros.

Alexei, cuyos ojos no han abandonado el rostro de su esposa ni por un segundo, se gira brevemente hacia mí.

—¿Te han hecho daño? —pregunta, y aunque su tono es profesional, detecto genuina preocupación.

—No —respondo, mi voz más estable de lo que esperaba—. Estábamos asustadas, pero no nos tocaron.

Un alivio visible recorre a ambos hermanos. Dimitri me atrae más cerca, su mano grande y cálida contra mi costado, como si necesitara el contacto físico para asegurarse de que realmente estoy a salvo. Y entonces, sin importarle las miradas de sus hombres o incluso de su hermano, se inclina y me besa. No es un beso suave o cuidadoso. Es posesivo, casi salvaje, cargado de todas las emociones que no expresa con palabras. Un beso que marca, que reclama, que promete.

Cuando se separa, sus ojos son dos llamas grises.

—Eres mía —susurra contra mis labios—. Y yo siempre protejo lo que es mío.

En ese momento, viéndolo así, todo lo demás se desvanece. El FBI, mi misión, mis dudas. Solo queda esta verdad cristalina: este hombre, con toda su oscuridad y sus secretos, arriesgó su vida para protegerme. Se interpuso entre una pistola y yo sin dudarlo.

Y mientras caminamos hacia la seguridad del interior del casino, una certeza se asienta en mi corazón con la fuerza de una revelación.

Estoy completamente enamorada de Dimitri Morozov.

Que Dios me ayude.

CAPÍTULO 27

SLOANE

El ático, normalmente un espacio de lujo sereno, parece haber cambiado su naturaleza por completo. Las mismas paredes que antes me parecían una elegante jaula dorada ahora se han transformado en un refugio, un bastión contra el peligro que acabamos de enfrentar.

La adrenalina sigue corriendo por mis venas mientras observo a los hombres de Alexei asegurar cada entrada, cada ventana. Comprueban sistemas de seguridad, ajustan códigos, hablan en susurros tensos por sus comunicadores. El sonido de sus botas contra el suelo de mármol resuena como un recordatorio constante: estamos a salvo, pero el peligro no ha pasado.

En el sofá del salón principal, Harper está sentada con una manta sobre los hombros a pesar del calor. Su rostro ha recuperado algo de color, pero sus manos aún tiemblan ligeramente mientras sujeta la taza de té que uno de los guardias le ha preparado. El aroma a hierbas y miel flota en el aire, un intento frágil de normalidad.

Alexei se arrodilla frente a ella, sus manos envolviendo las de su esposa. Es desconcertante ver a este hombre —que momentos antes ha ejecutado a un secuestrador con la eficiencia fría de una máquina— ahora mostrando una ternura tan absoluta. Sus dedos acarician el dorso de las manos de Harper con delicadeza, como si temiera que pudiera romperse.

—El médico estará aquí en veinte minutos —le dice, su voz baja y tranquilizadora—. Solo para asegurarnos de que tú y el bebé estáis perfectamente.

Harper asiente, una sonrisa débil curvando sus labios.

—Estamos bien —responde, llevando una de las manos de Alexei hasta su vientre—. Solo ha sido un susto.

A pocos metros, apoyado contra la pared con los brazos cruzados, Dimitri me observa con una intensidad que casi puedo sentir físicamente sobre mi piel. No se ha acercado desde que llegamos al ático, manteniendo una distancia que parece calculada. Pero sus ojos no me han abandonado ni un segundo, vigilantes, posesivos, como si temiera que pudiera desaparecer si desvía la mirada.

Cuando nuestros ojos se encuentran, un escalofrío recorre mi columna vertebral. Su expresión es indescifrable, pero hay algo en la tensión de su mandíbula, en la forma en que sus dedos se clavan en sus propios brazos, que me dice todo lo que necesito saber: está conteniéndose. Por mí. Por Harper. Por la situación.

Y eso, de alguna manera, me conmueve más que cualquier gesto explícito.

El teléfono de Alexei vibra. Lo consulta rápidamente, su expresión endureciéndose al leer el mensaje.

—Los hemos identificado —dice, dirigiéndose a Dimitri—. Tenemos sus contactos, sus rutas de escape, todo.

Dimitri se aparta de la pared, toda su postura cambiando instantáneamente. De observador vigilante a depredador listo para la caza en un solo movimiento fluido.

—Vamos —responde, y la simple palabra contiene una promesa de violencia que hace que la habitación parezca repentinamente más fría.

Alexei se gira hacia Harper, tomando su rostro entre sus manos con una delicadeza incongruente con lo que acabo de escuchar.

—Volveré lo más pronto posible y estaré en contacto con el médico —promete, besando su frente—. Descansa, *lyubimaya*.

Harper asiente, apoyando su mano sobre la de él.

—Ten cuidado —susurra—. Te necesitamos ambos.

La mirada que comparten es tan íntima que siento la necesidad de apartar los ojos, como si estuviera presenciando algo sagrado.

Dimitri avanza hacia la puerta, pero se detiene cuando pasa junto a mí. No me toca, pero su cercanía es tan intensa que puedo sentir

el calor que irradia su cuerpo, oler su aroma a cuero y metal. Se inclina ligeramente, su aliento rozando mi oreja.

—No salgas de aquí —ordena, su voz un murmullo grave—. Pase lo que pase, quédate con Harper hasta que volvamos.

No es una petición. Es una orden, y debería irritarme. Pero después de lo ocurrido, después de verlo interponer su cuerpo entre un hombre armado y yo, no puedo encontrar la indignación en ningún rincón de mi ser.

—Cuídate —respondo simplemente, resistiendo el impulso de agarrar su camisa, de retenerlo a mi lado. De besarlo para que comprenda lo que me hace sentir.

Sus ojos se suavizan por un instante, tan breve que podría haberlo imaginado. Luego se gira y sigue a su hermano hacia la salida. Antes de que las puertas se cierren, me lanza una última mirada. No hay despedida. Solo una intensidad cruda que me deja sin aliento.

Y entonces se han ido.

El silencio que dejan tras ellos es opresivo, roto únicamente por el murmullo bajo de los guardias que permanecen en el pasillo exterior. Tomo asiento junto a Harper en el sofá, permitiéndome exhalar por primera vez desde que comenzó esta pesadilla.

—Deberías beber algo —sugiero, notando su taza de té vacía—. ¿Quieres que te prepare otro?

Ella niega con la cabeza, colocando la taza sobre la mesita auxiliar con un tintineo suave.

—No podría tragar nada más ahora mismo.

Sus ojos, siempre expresivos, están ahora ensombrecidos por una mezcla de emociones que no puedo descifrar por completo.

—¿Cómo estás realmente? —pregunto, tomando su mano entre las mías.

Harper suspira, un sonido cargado de peso.

—Asustada. Aliviada. Culpable —enumera, su voz es apenas un susurro—. Y preocupada por ti.

—¿Por mí? —La sorpresa colorea mi voz—. Soy yo quien debería estar preocupada por ti. Por el bebé.

Ella aprieta mi mano, su mirada repentinamente más intensa.

—Sloane, has visto cosas hoy —dice lentamente—. Cosas que no deberías haber visto nunca.

Un escalofrío me recorre. Harper no está hablando de los secuestradores.

—No sé a qué te refieres —miento, pero las palabras suenan huecas incluso para mis propios oídos.

Harper me mira con una mezcla de tristeza y resolución.

—Los hombres armados. Los niveles subterráneos. Alexei y Dimitri... la forma en que actuaron —enumera—. Te debo una explicación. Te la he debido desde el principio.

Mi corazón comienza a latir más rápido. Este es el momento que he estado esperando desde que llegué a Las Vegas. La verdad, directamente de la fuente. Y sin embargo, ahora que está a punto de revelarse, una parte de mí teme lo que pueda escuchar.

—No tienes que explicarme nada —digo, pero ella ya está negando con la cabeza.

—Sí, tengo que hacerlo —insiste—. Porque eres mi mejor amiga, y porque mereces saber en qué te he metido.

Se mueve en el sofá, orientándose hacia mí. La luz del atardecer que se filtra por los ventanales baña su rostro en tonos dorados, resaltando la determinación en sus ojos.

—Alexei y Dimitri no son simples dueños de un casino —comienza, su voz firme a pesar de la magnitud de lo que está confesando—. Son los líderes de la Bratva Morozov, una de las organizaciones criminales rusas más poderosas de la costa oeste.

Aunque ya lo sabía, escucharlo directamente de sus labios hace que la realidad se asiente de forma diferente en mi estómago. Más real. Más definida.

—Y mi padre —continúa, con una risa amarga—, ese «hombre de negocios» que siempre estaba demasiado ocupado para mí, es Liam Keller, el jefe de la mafia irlandesa de Nueva York.

Mantengo mi expresión cuidadosamente neutra, permitiéndole hablar.

—Hace aproximadamente un año, mi padre traicionó a Alexei en un negocio. Le costó millones de dólares y la vida de varios de sus

hombres —sus dedos juguetean nerviosamente con el borde de la manta—. Alexei juró venganza. Y esa venganza... fui yo.

El aire parece solidificarse entre nosotras.

—Alexei me secuestró —dice, las palabras saliendo ahora en un torrente imparable—. Me arrancó de mi vida en Brooklyn como castigo a mi padre. Al principio, fue... fue aterrador. Estaba furiosa, asustada, desesperada por escapar.

Sus ojos se pierden en la distancia, reviviendo recuerdos.

—Pero entonces, algo cambió. Nosotros cambiamos —continúa, una sonrisa suave curvando sus labios—. Lo que comenzó como venganza se transformó en otra cosa. Empezamos a conocernos realmente. A hablar. A entendernos. Y me enamoré de él, Sloane. Con toda mi alma.

Toma aire, sus manos acariciando instintivamente su vientre abultado.

—Y él se enamoró de mí. Un día estábamos gritándonos, y al siguiente... era como si hubiéramos encontrado lo que no sabíamos que estábamos buscando —su voz se quiebra ligeramente—. Sé cómo suena. Sé que parece el síndrome de Estocolmo o alguna otra explicación psicológica retorcida. Pero no lo es. Lo que tenemos es real. Él me dio la opción de marcharme y quise quedarme a su lado. Lo elegiría una y mil veces.

Se detiene, observándome con cautela, esperando mi reacción.

—¿Me odias? —pregunta finalmente, su voz pequeña, vulnerable —. ¿Me odias por no habértelo contado antes? Estaba aterrada de lo que pensarías de mí, de ponerte en peligro...

El nudo en mi garganta es tan denso que por un momento no puedo hablar. La ironía de la situación me golpea con una fuerza casi física. Todo este tiempo, creyendo que venía a rescatarla, cuando en realidad...

—Harper —consigo articular finalmente, tomando sus manos entre las mías—. ¿Cómo podría odiarte? Eres mi hermana en todo menos en sangre.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—¿No crees que estoy loca? ¿O que me han lavado el cerebro?

—He visto cómo te mira —respondo con honestidad—. He visto cómo te trata. Cómo te protege. Nunca he visto a un hombre mirar a una mujer como Alexei te mira a ti. No hace falta que nadie me diga que te ama por encima de cualquier cosa.

Harper suelta un sollozo entrecortado, mitad risa, mitad llanto.

—¿Sabes? Es la misma forma en que Dimitri te mira a ti.

Mi corazón da un vuelco tan violento que por un momento me cuesta respirar.

—Eso es diferente —murmuro, pero las palabras suenan débiles incluso para mí.

Harper inclina la cabeza, estudiándome.

—¿Lo es? —pregunta suavemente—. He visto cómo te comportas cuando él está cerca. Cómo reaccionas. Y hoy... la forma en que se puso entre tú y esa pistola...

El recuerdo me golpea: Dimitri cubriéndome con su cuerpo, convirtiéndose en un escudo humano sin un momento de duda.

—Es complicado —digo, las palabras saliendo entrecortadas.

—El amor siempre lo es —responde Harper con una sabiduría que parece haber adquirido de repente—. Especialmente con hombres como ellos.

Un silencio cae entre nosotras, no incómodo sino expectante, como si el aire mismo contuviera la respiración a la espera de mi confesión.

—Me gusta —las palabras escapan de mi boca antes de que pueda detenerlas, como si hubieran estado esperando este momento para liberarse—. Dios me ayude, Harper, pero me he enamorado de Dimitri Morozov.

Decirlo en voz alta, admitirlo finalmente, es como liberar una presión que no sabía que había estado soportando. Las lágrimas que he estado conteniendo durante horas comienzan a caer libremente por mis mejillas.

Harper me envuelve en sus brazos, meciéndome suavemente como yo solía hacer con ella cuando éramos adolescentes y su padre había olvidado llamar por su cumpleaños.

—Entonces ve a por él —susurra contra mi pelo—. La vida es demasiado corta y demasiado impredecible para negar lo que

sientes.

Un sollozo escapa de mi garganta, mezclando alivio y desesperación en partes iguales.

—No es tan simple —consigo decir entre lágrimas—. Hay cosas que no sabes. Cosas que he hecho...

Harper se aparta ligeramente, tomando mi rostro entre sus manos, obligándome a mirarla.

—¿Le amas? —pregunta directamente.

—Sí —respondo sin dudar—. Más de lo que creía posible.

—Entonces, sea lo que sea, podéis superarlo juntos —afirma con una convicción que quisiera compartir—. Si hay algo que he aprendido es que estos hombres, con todos sus defectos y su oscuridad, aman con una intensidad que desafía toda razón. Cuando un Morozov te elige, no hay vuelta atrás.

Asiento, secándome las lágrimas con el dorso de la mano. Si tan solo fuera tan sencillo. Si tan solo pudiera correr hacia Dimitri y confesar todo: quién soy, para quién trabajo, por qué vine realmente a Las Vegas.

Pero primero hay algo que debo hacer. Alguien con quien debo hablar. Una traición que debo detener antes de que sea demasiado tarde.

Porque aunque Harper pueda perdonar mis mentiras, no estoy segura de que Dimitri pueda perdonar mi traición. Y si existe la más mínima posibilidad de un futuro con él, necesito limpiar mi conciencia primero.

—Gracias por contármelo todo —digo finalmente, apretando sus manos—. Por confiar en mí.

Harper sonríe, una sonrisa genuina que ilumina todo su rostro.

—Somos familia, Sloane. Pase lo que pase.

Familia. La palabra resuena en mi interior con un peso que nunca antes había tenido. Harper es mi familia. Y quizás, solo quizás, Dimitri también podría serlo.

Pero antes, tengo que resolver el mayor error de mi vida.

CAPÍTULO 28

DIMITRI

La sangre seca se ha adherido a mis nudillos como una segunda piel. No toda es mía. Observo las pequeñas grietas que se forman cuando flexiono los dedos, el dolor sordo es un recordatorio constante de las últimas seis horas.

El olor metálico permanece en mis fosas nasales, mezclado con el aroma acre de la pólvora y el sudor del miedo ajeno. Sensaciones familiares. Casi reconfortantes.

La «limpieza» ha sido meticulosa. Rastreamos a los cómplices de los secuestradores hasta un motel a las afueras. Dos irlandeses, uno de los cuales reconocí como antiguo guardaespaldas de Liam Keller. Fueron necesarias ciertas... técnicas persuasivas antes de que compartieran los detalles completos de la operación. No me enorgullecen los métodos, pero tampoco me arrepiento. Tocaron lo que es mío.

Alexei fue incluso más implacable que yo. Nunca le había visto así, ni siquiera cuando nuestro padre casi mata a golpes a uno de nuestros hombres por un error menor. La fría furia que emanaba mientras interrogaba al que parecía ser el líder me heló la sangre incluso a mí. No quedó nada para enterrar.

La noche ha caído sobre Las Vegas cuando regresamos al Tsarina. El casino bulle de actividad como siempre, ajeno al drama sangriento que se ha desarrollado en la cuidad. Luces, música, el tintineo de las máquinas tragaperras, risas... la gran ilusión americana continúa sin interrupciones. Nuestra reputación depende de esa apariencia de normalidad impecable.

Me dirijo directamente a mi despacho, necesitando un momento de soledad para procesar los acontecimientos del día. La imagen de

Sloane en aquel almacén, sus ojos dilatados por el miedo mientras yo me interponía entre ella y el secuestrador, no deja de reproducirse en mi mente. Si la hubiera perdido…

La idea me revuelve el estómago con una intensidad que me resulta ajena. He visto morir a hombres antes. He causado la muerte de otros tantos. ¿Por qué la mera posibilidad de perderla a ella me afecta tan profundamente?

Estoy sirviéndome un whisky cuando Viktor entra sin llamar. Solo él se atrevería.

—Necesitas una ducha —comenta, arrugando la nariz ante mi aspecto.

No se equivoca. Mi camisa, originalmente blanca, está ahora manchada con varios tonos de rojo oxidado. Probablemente debería quemarla.

—Lo que necesito es paz y tranquilidad —respondo, dejándome caer en el sillón de cuero tras mi escritorio—. Si has venido a darme un sermón sobre los protocolos de seguridad...

—He venido por Sloane Murphy —me interrumpe, su voz adoptando ese tono profesional que reserva para asuntos graves.

El vaso de whisky se detiene a medio camino hacia mis labios. Viktor toma asiento frente a mí, colocando su tablet sobre el escritorio. Su expresión es indescifrable, como siempre, pero hay algo en la tensión de su mandíbula que me pone alerta.

—¿Qué has encontrado? —pregunto, manteniendo mi voz deliberadamente neutra. Como si no me afectara.

Viktor desliza la tablet hacia mí.

—Sloane Rebecca Murphy, civil que ayuda al FBI —lee Viktor—. Reclutada por la unidad de Crimen Organizado de Nueva York. Enviada a Las Vegas como parte de una operación encubierta para… y cito textualmente... «investigar las presuntas actividades criminales de la organización Morozov y rescatar a Harper Keller, presunta víctima de secuestro».

El whisky me sabe repentinamente a ceniza. Lo trago de un golpe, dejando que el ardor me recuerde que esto es real.

—Continúa —ordeno, mi voz más ronca de lo que pretendía.

—Su expediente está fuertemente protegido, pero he conseguido acceder a comunicaciones recientes entre ella y su superior directo, un tal Agente Cooper —Viktor desliza el dedo por la pantalla, mostrándome fragmentos de mensajes—. Le ha estado proporcionando información sobre nuestras operaciones, aunque sorprendentemente selectiva. Parece haber omitido detalles cruciales en sus informes.

Observo los mensajes, sintiendo una mezcla contradictoria de traición y... ¿alivio? Los informes de Sloane son intencionadamente vagos, llenos de especulaciones más que de hechos. Podría habernos hundido con lo que ha visto. Podría haber proporcionado pruebas concretas. No lo ha hecho.

—¿Has informado a Alexei? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Eres el primero en saberlo —responde Viktor, estudiando mi reacción—. Consideré que este asunto es... personal para ti.

Una sonrisa sin humor curva mis labios. Mi primo siempre ha sido demasiado perceptivo.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta finalmente, cuando mi silencio se extiende demasiado.

Me levanto, acercándome al ventanal que domina el Strip de Las Vegas. Las luces de neón dibujan patrones hipnóticos en la oscuridad, como estrellas artificiales creadas para distraer de la verdadera noche.

—Nada —respondo finalmente.

—¿Nada? —La sorpresa en la voz de Viktor es evidente, algo raro en él—. Dimitri, esta mujer es un topo. Está aquí para destruirnos.

Me giro lentamente para enfrentarlo.

—Esta mujer es mía —declaro, sorprendiéndome a mí mismo con la certeza en mi voz—. Y no va a destruir nada.

Viktor me mira como si me hubiera crecido una segunda cabeza. Exhala lentamente, pasándose una mano por el cabello siempre perfectamente peinado, un gesto raro que delata su inquietud.

—Estás loco —murmura, pero sin verdadera convicción—. ¿Qué piensas hacer, entonces? ¿Seducirla para que traicione al FBI? Porque te recuerdo que ya te ha estado mintiendo desde que llegó.

—Lo que pienso hacer —respondo, sirviéndome otro whisky— es quedarme con ella.

—¿Aunque te haya estado espiando?

—Aunque me haya estado espiando.

Viktor me estudia durante un largo momento, su mente analítica claramente procesando todas las posibles ramificaciones de mi decisión.

—Necesitarás un plan —dice finalmente, aceptando lo inevitable —. No puedes simplemente ignorar quién es y qué hace aquí.

—Lo sé —concedo—. Pero ese plan puede esperar hasta mañana. Por ahora, solo necesito tu discreción.

Viktor asiente, recogiendo su tablet.

—Mi silencio lo tienes, Dima —dice, usando el diminutivo que solo la familia tiene permitido—. Solo recuerda que mientras tú estás pensando con... otras partes de tu anatomía, ella podría estar planeando nuestra caída.

Cuando la puerta se cierra tras él, me termino el segundo whisky de un trago. La revelación debería haberme enfurecido. Debería estar planeando cómo neutralizar la amenaza, cómo proteger a nuestra organización.

En lugar de eso, siento un extraño alivio. Las piezas encajan ahora: su curiosidad, sus preguntas, su exploración de las áreas restringidas. No es una espía rival o una periodista. Es una civil jugando a ser agente encubierto, claramente fuera de su elemento.

Estoy seguro de que todo esto lo está haciendo por Harper.

Una sonrisa se forma en mis labios mientras me dirijo a la ducha privada adyacente a mi despacho. Me deshago de la ropa ensangrentada, dejando que el agua caliente lave los últimos vestigios de la violencia de hoy. El vapor llena la cabina, envolviendo mi cuerpo como una segunda piel mientras mi mente procesa lo que acabo de descubrir.

Una civil que colabora con el FBI. En mi cama. En mi vida.

La ironía no me pasa desapercibida. Pero más sorprendente aún es mi reacción. No siento furia, sino una extraña posesividad aún más intensa. Como si su naturaleza prohibida solo aumentara mi determinación de reclamarla.

Porque lo he decidido. Sloane Murphy, informante del FBI o no, es mía. Y lo que es mío, lo conservo.

Media hora después, ya duchado y con ropa limpia, me dirijo al ático de Alexei. Necesito hablar con mi hermano antes de tomar cualquier decisión definitiva. No para pedir permiso —nunca lo he necesitado— sino para asegurarme de que estamos en la misma página respecto a nuestras respectivas mujeres.

Lo encuentro en su estudio privado, revisando lo que parecen ser planos de seguridad del casino.

—¿Cómo están Harper y el bebé? —pregunto al entrar, sin molestarme en saludar.

—Durmiendo —responde, levantando la mirada de los documentos—. El médico dice que están perfectamente, pero le recomendó reposo.

Asiento, sirviéndonos dos dedos de Macallan de su reserva privada. Le entrego uno de los vasos, acomodándome en el sillón frente a él.

—Tenemos que hablar —digo después de un breve silencio.

—Si es sobre los protocolos de seguridad, ya estoy en ello —responde, señalando los planos—. Esto no volverá a suceder.

—No es sobre eso —aclaro, dando un sorbo al whisky, dejando que el líquido ámbar caliente mi garganta—. Es sobre Sloane.

Alexei levanta una ceja, toda su atención ahora centrada en mí.

—¿Qué pasa con ella?

—Es mía —declaro sin preámbulos—. Entiendo que es la mejor amiga de Harper, y respetaré eso. Pero quiero que quede claro que es mía.

Una lenta sonrisa curva los labios de mi hermano, más genuina de lo que le he visto en años, exceptuando cuando mira a Harper.

—No me digas —responde con un deje de ironía—. Jamás lo hubiera imaginado, con la forma en que prácticamente te interpusiste entre ella y una bala hoy.

—No estoy bromeando, Alexei —insisto, inclinándome hacia delante—. Voy a quedarme con ella. Permanentemente.

La sonrisa desaparece de su rostro, reemplazada por una expresión más sobria, más calculadora. El Pakhan, no el hermano.

—¿Estás seguro? —pregunta finalmente—. No es como nosotros, Dima. Es... inocente, a pesar de su actitud.

Casi me río ante la ironía. Si él supiera...

—Estoy seguro —respondo, manteniendo su mirada—. Más seguro de lo que he estado nunca.

Alexei me estudia durante un largo momento, como evaluando mi determinación. Finalmente, asiente.

—Tienes mi bendición —dice, levantando su vaso en un brindis silencioso—. Pero si le haces daño...

—Lo sé, lo sé —lo interrumpo con una sonrisa torcida—. Me cortarás los huevos y me los harás tragar.

—Peor —corrige, su voz engañosamente suave—. Dejaré que Harper lo haga.

Ambos nos reímos, el sonido inusualmente ligero después del día que hemos tenido. Por un momento, somos solo dos hermanos compartiendo un whisky y una broma, no los despiadados líderes de una organización criminal.

—Sloane es especial para Harper —añade Alexei después de un momento—. La considera familia. Ten eso en cuenta.

Asiento, comprendiendo la advertencia implícita. Las lealtades de Harper son importantes para él. Y ahora, las lealtades de Sloane son importantes para mí, aunque ella no lo sepa todavía.

Nos quedamos en silencio unos minutos más, terminando nuestras bebidas. No necesitamos más palabras. Es una de las cosas que siempre he apreciado de mi relación con Alexei: la capacidad de entendernos sin necesidad de explicaciones innecesarias.

Cuando me levanto para irme, él me detiene con una pregunta final:

—¿Cuándo piensas decírselo?

Sonrío, pensando en la expresión que pondrá Sloane cuando descubra que sus secretos no son tan secretos después de todo.

—Todo a su tiempo, hermano —respondo—. Todo a su tiempo.

Antes de retirarme a mi propio apartamento, me encuentro tomando un desvío hacia la habitación de Sloane en el ático. No es una decisión consciente; mis pies parecen llevarme allí por voluntad propia.

La puerta está entreabierta. Empujo suavemente la puerta, deslizándome en la penumbra de la habitación.

La única luz proviene de las luces de la ciudad que se filtran a través de las cortinas entreabiertas, dibujando patrones dorados y azules sobre el suelo, sobre la cama... sobre ella.

Sloane duerme profundamente, el agotamiento emocional y físico finalmente cobrando su precio. Yace de lado, una mano bajo la mejilla, la otra extendida sobre las sábanas blancas. Su cabello rojo, libre de cualquier atadura, se extiende sobre la almohada como llamas congeladas en el tiempo. Lleva una camiseta grande que deja al descubierto la delicada curva de su hombro.

Me acerco silenciosamente, mis pasos amortiguados por la gruesa alfombra. Verla así, vulnerable y en paz, hace que algo se retuerza en mi interior. Una emoción a la que no quiero poner nombre.

Inclino la cabeza, estudiando sus rasgos relajados en el sueño. Las pecas que salpican su nariz y mejillas, casi invisibles en la penumbra. Las pestañas largas proyectando sombras sobre sus pómulos. Los labios ligeramente entreabiertos, exhalando suavemente.

Mi pequeña espía del FBI. Tan valiente, tan testaruda... tan fuera de su elemento.

Me inclino sobre la cama. Con infinito cuidado, extiendo una mano y acaricio un mechón de su cabello, maravillándome ante su textura sedosa entre mis dedos.

—Mi pequeña espía —susurro, tan bajo que apenas es un pensamiento verbalizado—. Todavía no lo sabes, pero tu juego se ha acabado.

Sloane murmura algo ininteligible en sueños, moviéndose ligeramente. Contengo la respiración, pero ella no se despierta. Su rostro se gira hacia mi mano, como buscando inconscientemente el contacto.

—Eres mía —continúo susurrando, permitiendo que mis dedos rocen su mejilla con la más ligera de las caricias—. Agente Murphy o no, me perteneces.

Por un instante, contemplo la ironía de la situación. El hermano de un Pakhan de la Bratva rusa, enamorado de una informante del

FBI. Suena al comienzo de un mal chiste.

Y sin embargo, aquí estoy, incapaz de imaginar un futuro donde ella no esté a mi lado. Incapaz de concebir la idea de dejarla ir, incluso sabiendo que su presencia en mi vida es una bomba de tiempo.

Me incorporo lentamente, con cuidando de no perturbar su sueño. Mañana habrá tiempo para confrontaciones, para verdades incómodas, para decisiones que cambiarán ambas vidas.

Por esta noche, me conformo con observarla una última vez desde la puerta antes de cerrarla silenciosamente tras de mí.

Mañana, Sloane Murphy descubrirá lo que significa realmente pertenecer a un Morozov.

CAPÍTULO 29

SLOANE

El reloj de la biblioteca marca las cuatro y cuarto. Cooper llega tarde, lo que no es propio de él. La puntualidad casi militar es una de sus señas de identidad, como su traje gris perpetuo y esa expresión de desaprobación permanente que parece haber perfeccionado a lo largo de años de servicio federal.

Escogí la biblioteca de la facultad de Derecho de UNLV con cuidado. Es un lugar público pero discreto, con suficientes rincones apartados para mantener una conversación privada. Pude convencer a Sergei y Yuri de que me esperaran en el vestíbulo principal mientras yo «recogía unos libros para un trabajo». Una mentira más para añadir a la interminable lista.

Desde mi posición entre las estanterías de jurisprudencia federal, puedo ver la entrada sin ser fácilmente visible. El olor a papel viejo y cuero de los libros me transporta brevemente a una vida que parece pertenecer a otra persona. Una vida donde mi mayor preocupación era terminar un ensayo a tiempo, no romper lazos con una agencia federal mientras me enamoraba del hombre al que se suponía que debía investigar.

Finalmente lo veo. Daniel Cooper, cuarenta y tantos años, metro ochenta de eficiencia profesional enfundada en un traje que haría bostezar a un contable. El hombre al que se suponía que debía informar. El hombre al que estoy a punto de traicionar.

Se mueve con esa confianza particular de quien se sabe respaldado por el poder del gobierno, escaneando la biblioteca hasta que me localiza. Mientras se acerca, ensayo mentalmente por enésima vez lo que voy a decir. Necesito ser clara, directa, pero no provocativa. No quiero convertirme en una enemiga del FBI. Solo

quiero salir. Salir limpiamente, y quizás, solo quizás, tener una oportunidad con Dimitri.

Dimitri... que no tiene ni idea de dónde estoy ahora mismo. Que pensaría que soy una traidora si lo supiera. Y tal vez lo soy.

—Murphy —saluda Cooper con un murmullo bajo, apropiado para una biblioteca—. Esto es inesperado.

Su tono es neutro, pero sus ojos me escanean con la intensidad de un láser.

—Gracias por venir —respondo, odiando el ligero temblor en mi voz—. Necesitaba hablar contigo en persona.

Cooper toma asiento frente a mí en la pequeña mesa de estudio, colocando su maletín cuidadosamente a un lado. No hay café que ofrecer aquí, solo la tensión creciente entre nosotros.

—Tus informes han sido... irregulares últimamente —comenta—. Esperaba una actualización más completa sobre las operaciones de los Morozov.

Respiro hondo, el aire cargado del olor a libros antiguos y desinfectante de superficies. Es ahora o nunca.

—No va a haber más informes, Cooper —digo finalmente, mi voz más firme de lo que esperaba—. He venido a comunicarte que me retiro de la operación. Desde este mismo instante.

Su expresión no cambia, pero algo frío se desliza en sus ojos, como una serpiente bajo la superficie de un estanque.

—Esa no es una opción —responde con calma—. No para una informante del FBI.

—Soy solo una civil colaborando voluntariamente. Y ahora estoy retirando esa colaboración.

Cooper se inclina hacia adelante, invadiendo sutilmente mi espacio personal.

—¿Qué te han prometido, Murphy? —pregunta en voz baja—. ¿Dinero? ¿Poder? ¿O es algo más personal?

El calor sube por mi cuello hasta mis mejillas. Mi reacción parece confirmar sus sospechas.

—Morozov —dice, no como una pregunta sino como una acusación—. El hermano pequeño. Dimitri.

El sonido de su nombre en los labios de Cooper me provoca un escalofrío involuntario. Es como si estuviera contaminando algo puro con solo pronunciarlo.

—Esto no tiene nada que ver con él —miento, sabiendo que soy transparente—. Simplemente he decidido que no quiero seguir.

Cooper suelta una risa seca, desprovista de humor.

—Te han lavado el cerebro —declara, su voz endureciéndose—. Al igual que a Harper Keller. Parece que los hermanos Morozov tienen un talento especial para transformar mujeres inteligentes en mascotas obedientes.

La ira estalla en mi pecho, caliente y repentina como fuego líquido.

—No me faltes al respeto —advierto, inclinándome hacia él—. Mi decisión es mía. Y Harper no es ninguna mascota. Está exactamente donde quiere estar.

—¿Y tú también? —contraataca—. ¿Entre los brazos de un mafioso? ¿Un asesino? ¿Sabes cuánta sangre tiene en las manos tu amante ruso?

Las palabras me golpean con la fuerza de un puñetazo físico. Porque sí, lo sé. He visto las celdas. He oído historias. He presenciado la violencia de primera mano. Y aun así...

—Mi respuesta sigue siendo no —respondo, empezando a levantarme—. Considera esta mi renuncia formal.

La mano de Cooper se cierra alrededor de mi muñeca con una fuerza sorprendente, impidiéndome marchar. Sus dedos presionan justo sobre la marca aún visible de las bridas del secuestrador, despertando un dolor agudo.

—No funciona así, Murphy —sisea, su fachada profesional desmoronándose—. No puedes simplemente decidir un día que ya no quieres ser parte del equipo. Sabes demasiado. Has visto demasiado de cómo funcionamos y que vamos detrás de ellos.

El miedo se desliza por mi columna vertebral como agua helada. Esto no va como lo había planeado. La presión en mi muñeca aumenta.

—Me estás haciendo daño —digo, intentando liberar mi brazo sin causar una escena—. Suéltame, Cooper.

—Volverás a hacer tu trabajo —insiste, ignorando mi petición—. O tendré que informar a mis superiores de que nuestra colaboradora se ha convertido en un riesgo de seguridad. ¿Sabes lo que significa eso?

Lo sé. Significaría el fin de cualquier posibilidad de una vida normal.

—Creo que la señorita te ha pedido que la sueltes.

Una voz, baja y peligrosa como el gruñido de un depredador, corta el aire entre nosotros. Mis ojos se abren de par en par, el pánico ascendiendo por mi garganta como bilis.

Dimitri.

Ha aparecido y ahora está de pie junto a nuestra mesa, su presencia física dominando el espacio como si toda la biblioteca se hubiera reducido para contenerlo a él. Viste completamente de negro: traje impecable, camisa sin corbata, el cuello abierto revelando el inicio de sus tatuajes. Su rostro es una máscara perfecta de calma, pero sus ojos... Sus ojos son dos trozos de hielo ártico ardiendo con furia controlada.

—Esto es una conversación privada —responde Cooper, sin soltar mi muñeca—. Le sugiero que se marche.

Una sonrisa lenta, depredadora, curva los labios de Dimitri. Es la sonrisa de un hombre que ha calculado exactamente cuántos movimientos necesita para acabar con su oponente.

—No me voy a ninguna parte sin ella —declara, su acento ruso más pronunciado de lo habitual, un signo que he aprendido a reconocer como peligro inminente.

Cooper finalmente me suelta, pero solo para poder enfrentarse mejor a Dimitri. La sangre regresa dolorosamente a mi mano, un hormigueo que ignoro mientras observo, horrorizada, cómo dos mundos que nunca debieron encontrarse colisionan frente a mí.

—¿Sabe quién soy? —pregunta Cooper, sacando sutilmente su identificación del FBI.

Dimitri ni siquiera se molesta en mirarla.

—Daniel Cooper. Agente especial, Unidad de Crimen Organizado, Nevada —recita con aburrimiento calculado—. Divorciado dos veces, un hijo al que apenas ve... ¿Continúo?

El color abandona el rostro de Cooper. Yo misma siento que el aire se vuelve demasiado espeso para respirar. ¿Cuánto sabe Dimitri? ¿Desde cuándo?

—Está interfiriendo en una operación federal —advierte Cooper, pero la seguridad ha abandonado su voz.

Dimitri da un paso más cerca, su cuerpo ahora completamente entre Cooper y yo. Es un gesto protector que, a pesar de las circunstancias, hace que algo cálido se expanda en mi pecho.

—Y usted está amenazando a mi mujer —responde Dimitri, su voz descendiendo a un registro que envía escalofríos por mi espina dorsal—. Así que déjeme ser muy claro, agente Cooper. Si vuelve a acercarse a ella, si siquiera la mira de lejos, si menciona su nombre en cualquier informe o conversación, su familia tendrá que identificar lo que quede de usted en fotografías.

El silencio que sigue es absoluto, como si toda la biblioteca contuviera la respiración. A lo lejos, el suave rumor de páginas pasando y teclas de ordenadores pulsadas parece provenir de otro mundo, uno donde conversaciones como esta no existen.

—¿Es una amenaza? —pregunta Cooper, aunque es evidente que ya conoce la respuesta.

—Es una promesa —responde Dimitri con una calma aterradora—. Y los Morozov siempre cumplimos nuestras promesas.

Cooper se levanta lentamente, recogiendo su maletín. Sus ojos se desvían hacia mí, una mezcla de decepción y algo más oscuro nadando en ellos.

—Considera tu acuerdo con el FBI oficialmente terminado, Murphy —dice, cada palabra cargada de desdén—. Y recuerda, cuando tu novio ruso se canse de ti, no tendrás a dónde volver. Acabas de elegir un bando, y no es el de la ley.

Se gira para marcharse, pero Dimitri lo detiene con una mano en su hombro. El agarre parece casual, pero puedo ver cómo los dedos de Dimitri se clavan en el traje barato.

—Una última cosa —murmura, solo lo suficientemente alto para que nosotros lo escuchemos—. Si alguna vez te ves tentado de enviar a alguien más tras ella, recuerda que ahora tiene la

protección completa de la Bratva Morozov. Y no somos conocidos por nuestra misericordia.

Cooper se sacude la mano de Dimitri como si le quemara, lanzando una última mirada venenosa antes de perderse entre las estanterías. El susurro de sus pasos apresurados se desvanece gradualmente, dejando tras de sí un silencio opresivo.

Y entonces estamos solos, Dimitri y yo, rodeados de libros polvorientos pero aislados en nuestra propia burbuja de tensión y secretos revelados.

Me giro lentamente para enfrentarlo, mi corazón latiendo tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo. Su rostro es ilegible, pero sus ojos... Dios, sus ojos están cargados de tantas emociones que no puedo descifrarlas todas. Ira, decepción, posesividad, y algo más profundo que no me atrevo a nombrar.

—Dimitri —comienzo, su nombre un suspiro tembloroso en mis labios—, puedo explicarlo. Yo iba a...

Levanta una mano, cortando mis palabras. El gesto es suave pero definitivo.

—En casa —dice simplemente—. Hablaremos en casa.

Casa. Como si compartiéramos una. Como si todavía existiera esa posibilidad después de lo que acaba de descubrir. El peso de esa simple palabra me golpea con más fuerza de lo que cualquier acusación podría haberlo hecho.

Siento que el suelo se abre bajo mis pies. Toda la seguridad que había construido, la esperanza de poder arreglar las cosas antes de que él descubriera la verdad... todo se desmorona como un castillo de naipes.

Dimitri extiende su mano hacia mí, un gesto que podría parecer una oferta pero que sé que es una orden disfrazada. Me está dando la opción de seguirlo voluntariamente, pero ambos sabemos que no hay realmente una elección.

Y aun así, cuando pongo mi mano en la suya, no siento coerción. Siento alivio. Porque a pesar de todo, a pesar de las mentiras y las traiciones, hay una verdad que ya no puedo negar ni a mí misma:

Amo a este hombre. Con toda su oscuridad, con todo su peligro. Lo amo.

Y eso me aterra más que cualquier amenaza que Cooper pudiera haber hecho.

Dimitri no dice nada más mientras me guía fuera de la biblioteca, su mano firme en la parte baja de mi espalda. Sergei y Yuri nos esperan en el vestíbulo, sus rostros impasibles pero sus ojos alertas, evaluando la situación. Con un gesto mínimo, Dimitri les indica que nos sigan a distancia.

Mientras subimos al coche, siento el peso de lo inevitable asentarse sobre mis hombros. No hay vuelta atrás. No después de esto. El camino hacia el casino se extiende ante nosotros como un futuro incierto, lleno de preguntas sin respuesta y verdades por confrontar.

Y yo, por primera vez en mi vida, no tengo ni idea de lo que vendrá después.

CAPÍTULO 30

SLOANE

El ascensor privado del Tsarina se desliza silenciosamente hacia arriba. Observo los números iluminándose en secuencia, cada uno acercándome más a un destino que no puedo predecir. El reflejo de Dimitri en las puertas metálicas permanece impasible, inescrutable, mientras mi propio reflejo muestra a una mujer que apenas reconozco: pálida, con los ojos demasiado brillantes por el miedo y la adrenalina.

Cuando las puertas se abren, mi corazón da un vuelco. No estamos en el vestíbulo que conduce a los interrogatorios subterráneos, ni en el ático donde reside Harper. Estamos en su apartamento. El mismo lugar donde pasamos aquella noche, donde desperté envuelta en su calor, antes de que todo se complicara irremediablemente.

La confusión debe reflejarse en mi rostro, porque Dimitri suelta un sonido grave, algo entre una risa amarga y un suspiro.

—¿Esperabas las celdas? —pregunta, su voz ronca rompiendo el silencio que nos ha acompañado desde la biblioteca—. ¿Quizás un interrogatorio formal?

No respondo, porque la verdad es que sí, lo esperaba. Esperaba consecuencias inmediatas y severas, no esta extensión de la tortura que supone no saber qué planea.

Dimitri se adelanta, entrando en el apartamento con la confianza de quien sabe exactamente dónde está y lo que va a hacer. Se dirige directamente al mueble bar en la esquina del amplio salón, donde los ventanales ofrecen una vista panorámica de Las Vegas. La ciudad centellea bajo nosotros, ajena al drama que se desarrolla aquí arriba, en esta fortaleza de lujo.

—¿Quieres beber algo? —ofrece, como si fuéramos dos conocidos en una cita normal y no... lo que somos.

Niego con la cabeza, incapaz de confiar en mi voz. Siento la boca seca, la lengua pegada al paladar. El miedo tiene un sabor metálico, descubro, como monedas viejas o sangre.

Dimitri se sirve un whisky, el líquido ámbar capturando la luz de la ciudad mientras cae en el vaso de cristal tallado. El sonido del hielo contra el cristal resuena en el silencio tenso. Se toma su tiempo, deliberadamente, permitiéndome absorber la situación, aumentando mi ansiedad con cada segundo que pasa.

Finalmente se gira hacia mí, apoyándose contra el mueble bar con una postura engañosamente relajada. Sus ojos, sin embargo, revelan la verdad: están afilados, calculadores, evaluando cada micromovimiento de mi rostro.

—Estás muy callada, agente Murphy —dice, con un deje de ironía en la palabra «agente».

—No soy agente —corrijo automáticamente, y me maldigo por caer en su trampa.

Una sonrisa torcida curva la comisura de su boca.

—No. No lo eres. —Da un sorbo a su whisky—. Eres una civil que colabora con el FBI. Una estudiante de Derecho Criminal que decidió jugar a ser espía.

Las palabras, aunque dichas sin aparente malicia, me golpean como bofetadas. Porque tiene razón. Eso es exactamente lo que he sido: una aficionada metida en un juego de profesionales mortales.

—¿Desde cuándo lo sabes? —pregunto, necesitando al menos entender la magnitud de mi fracaso.

—Desde ayer —responde con sorprendente honestidad—. Viktor es muy eficiente en su trabajo.

Viktor. Por supuesto. El cerebro detrás de la operación Morozov. Debí suponer que me investigaría a fondo en cuanto empecé a acercarme a Dimitri.

—¿Y anoche? —Las palabras salen antes de que pueda detenerlas —. Cuando viniste a mi habitación...

Sus ojos se entrecierran ligeramente.

—¿Me sentiste? Creía que estabas dormida.

El calor sube por mi cuello hasta mis mejillas. Entonces fue real, no un sueño. Dimitri en mi habitación, observándome dormir, sus dedos acariciando mi pelo.

—Lo estaba... casi —murmuro—. ¿Por qué no me dijiste nada entonces? ¿Por qué esperar?

Dimitri da otro sorbo a su whisky, con calma estudiada.

—Quería ver qué harías. —Sus ojos no abandonan los míos—. Y hoy has confirmado exactamente lo que sospechaba.

—¿Qué intentaba salir? —pregunto, confundida.

—Que estás dividida. —Da un paso hacia mí, reduciendo la distancia entre nosotros—. Entre tu deber y algo más.

Mi corazón martillea contra mis costillas con tal fuerza que temo que pueda oírlo. Tiene razón, por supuesto. He estado dividida desde el momento en que sus labios tocaron los míos por primera vez.

—Es más complicado que eso —respondo, mi voz apenas un susurro.

—¿Lo es? —Da otro paso—. Me parece bastante simple, en realidad. Viniste aquí por un motivo, y te quedaste por otro completamente distinto.

El aire entre nosotros parece cargado de electricidad, denso y vibrante. Huele a su colonia, a whisky caro, a peligro.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —pregunto finalmente, la pregunta que ha estado royendo mi interior desde el momento en que apareció en la biblioteca.

Dimitri inclina la cabeza, estudiándome como si fuera un acertijo fascinante que necesita resolver.

—Esa —dice lentamente— es la verdadera cuestión, ¿verdad?

DIMITRI

La veo temblar ligeramente mientras espera mi respuesta. Sus ojos, de ese verde imposible que me ha obsesionado desde el principio, están dilatados por el miedo y algo más. Algo que reconozco porque lo siento arder en mis propias venas cada vez que la miro.

Deseo. Necesidad. Un hambre que no tiene nada que ver con el alimento.

Termino mi whisky de un trago, permitiendo que el ardor me recuerde que debo mantener el control. Porque lo que estoy a punto de hacer definiría la locura según cualquier estándar de mi mundo.

—¿Sabes lo que debería hacer? —pregunto, colocando el vaso vacío en la mesa con un golpe seco que la hace sobresaltarse—. Según las reglas de la Bratva, de mi hermano... debería matarte.

Su respiración se acelera visiblemente, pero no retrocede. Mi valiente espía.

—¿Vas a hacerlo? —pregunta, su voz sorprendentemente firme a pesar del miedo evidente en sus ojos.

—No.

La palabra queda suspendida entre nosotros, simple pero cargada de implicaciones. Veo la confusión en su rostro, el alivio mezclado con incertidumbre.

—¿Por qué no? —pregunta, genuinamente desconcertada.

Avanzo hacia ella lentamente, como un depredador acercándose a una presa particularmente fascinante. Pero no es miedo lo que quiero provocar, no esta vez.

—Porque me importa una mierda para quién trabajas —respondo con brutal honestidad—. Me da igual si es el FBI, la CIA o el puto Departamento de Agricultura. Me trae sin cuidado el motivo que te trajo hasta mí.

Me detengo a escasos centímetros de ella. Tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, oler el ligero aroma a vainilla de su piel mezclado con el toque más agudo del miedo.

—Lo único que me importa —continúo, mi voz bajando hasta convertirse casi en un gruñido— es que eres mía. Mía, Sloane. Y yo no renuncio a lo que es mío.

Sus pupilas se dilatan aún más, prácticamente devorando el verde de sus iris. No es miedo lo que veo ahora. Es algo más potente, más primitivo.

—Intenté resistirme —confieso, permitiéndome una vulnerabilidad que jamás he mostrado a nadie—. Te juro que lo intenté. Sabía que eras peligrosa desde el momento en que entraste en el casino. No por tus conexiones con el FBI, sino por lo que me hacías sentir.

Levanto una mano, casi tocando su mejilla, pero deteniéndome a milímetros de su piel.

—Te quiero, Sloane Murphy. Te quiero con una intensidad que me asusta. Y mira que a mí no me asusta nada.

SLOANE

Sus palabras me golpean como una onda expansiva, dejándome momentáneamente sin aliento. El mundo parece detenerse, reducirse únicamente a este hombre y su confesión imposible.

Te quiero.

Dos palabras que nunca esperé escuchar de los labios de Dimitri Morozov. Dos palabras que transforman todo el paradigma de nuestra relación. De repente, todo adquiere un nuevo significado: su furia protectora en el secuestro, su indulgencia ante mis preguntas invasivas, ante mi intromisión en los lugares prohibidos.

—Dimitri, yo también te quiero —La confesión escapa de mis labios como una plegaria.

—No he terminado —me interrumpe, su mano finalmente haciendo contacto con mi mejilla. El calor de su piel contra la mía envía descargas eléctricas por todo mi cuerpo—. Necesito que entiendas lo que significa esto. Lo que significaría quererme.

Sus dedos se deslizan por mi mandíbula, firmes pero sorprendentemente gentiles.

—Soy un asesino, Sloane —dice, su voz desprovista de remordimiento o justificación—. He quitado vidas. He ordenado que se quiten vidas. Y lo seguiré haciendo. No solo porque lo disfrute, sino porque es necesario en mi mundo.

Trago saliva, sintiendo el nudo que se forma en mi garganta. Debería estar horrorizada. Debería salir corriendo. Y sin embargo...

—Te he visto —respondo, mi voz apenas audible—. No solo lo que haces, sino quién eres realmente. He visto cómo proteges a los tuyos. He visto tu honor, tu lealtad.

Sus ojos se oscurecen, y por un momento veo vulnerabilidad en ellos, algo que dudo que muchos hayan presenciado.

—¿Y eso es suficiente? —pregunta—. ¿Un código de honor y lealtad a los míos compensa el resto?

La pregunta flota entre nosotros, cargada de un peso que podría aplastarnos. Y es entonces cuando entiendo que él realmente necesita saberlo. Necesita mi respuesta tanto como yo necesitaba su confesión.

—Sí. Te amo —digo simplemente—. Te amo, Dimitri Morozov. Con todo lo que eres, con todo lo que implica.

Algo parece romperse en su expresión, como si una última barrera hubiera caído. Su otra mano se eleva para acunar mi rostro, y de repente estoy completamente envuelta en su calor, en su aroma, en él.

—Eso me hace feliz —murmura contra mi pelo, su acento ruso más pronunciado por la emoción—. Así no tendré que secuestrarte.

Una risa incrédula escapa de mi garganta.

—¿Habrías llegado a ese extremo? —pregunto, aunque ya conozco la respuesta.

—Sin dudarlo —confirma sin atisbo de duda—. Lo que siento por ti... no tiene lógica, no tiene sentido. Sólo sé que no puedo dejarte ir.

Sus pulgares acarician mis mejillas, y me doy cuenta de que estoy llorando. Lágrimas silenciosas que no había notado hasta que él las ha recogido.

—Estudiando lo que estudio —digo, intentando ordenar mis pensamientos—, sería muy ingenua si no supiera que hay personas que se escapan de la justicia. Personas que necesitan... otro tipo de intervención.

Sus ojos brillan con algo parecido al orgullo.

—Tan inteligente —murmura—. Siempre lo has sido. Es una de las razones por las que no podía sacarte de mi cabeza.

—Acepto el pack completo, Dimitri —declaro, encontrando mi voz, mi determinación—. Te acepto a ti, tu mundo, tu familia. Todo. Pero necesito que entiendas una cosa.

Sus manos se tensan ligeramente en mi rostro.

—¿Qué cosa?

—No seré una muñeca decorativa —advierto, mi espíritu combativo resurgiendo—. No esperes que me convierta en alguien que se queda callada y obedece sin cuestionar.

Para mi sorpresa, una sonrisa genuina ilumina su rostro, transformándolo por completo.

—*Lyubimaya* —dice, usando una palabra rusa que no conozco pero que suena como una caricia—, si quisiera a alguien así, no te habría elegido a ti.

Y entonces me besa. No es un beso gentil ni controlado. Es hambriento, posesivo, casi desesperado. Sus labios reclamando los míos como si quisiera borrar cualquier duda, cualquier temor. Mis manos encuentran el camino hasta su pecho, sintiendo el corazón que late tan fuerte como el mío bajo la tela fina de su camisa.

Cuando finalmente nos separamos, jadeando por aire, apoya su frente contra la mía.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunto, la realidad intentando imponerse sobre este momento de claridad emocional.

—Ahora —responde, sus manos deslizándose por mis brazos hasta entrelazar nuestros dedos—, vamos a establecer algunas reglas básicas para que puedas existir en mi mundo sin ponerte en peligro innecesariamente.

—¿Y después?

Una sonrisa lobuna curva sus labios, enviando un escalofrío de anticipación por mi columna.

—Después, *lyubimaya*, voy a llevarte a mi cama y voy a pasar todo el día recordándote por qué has tomado la decisión correcta.

Mi cuerpo responde instantáneamente a sus palabras, un calor líquido expandiéndose por mis venas. Pero hay algo más en sus ojos, algo más allá del deseo físico.

—¿Y mañana? —insisto, necesitando saber que esto es real, que tiene un futuro más allá de esta noche.

Su expresión se suaviza, y veo en ella una promesa que vale más que cualquier palabra.

—Mañana —dice con una certeza absoluta— empezamos nuestra vida juntos. Y que Dios ayude a cualquiera que intente separarnos.

DIMITRI

La observo mientras asimila mis palabras. Veo el momento exacto en que la comprensión se asienta en ella, cuando entiende que esto no

es una aventura pasajera ni un capricho. Es una declaración de intenciones. Un juramento.

Sus ojos se iluminan con una determinación que reconozco, que admiro. No hay sumisión en ellos, solo aceptación. Una decisión tomada con plena conciencia de lo que implica.

—Te advierto —dice, y hay un deje de humor en su voz que me sorprende— que no soy fácil de tratar.

Una risa escapa de mi garganta, ronca por la emoción contenida.

—¿Crees que no lo sé? Me has dado más problemas en unas semanas que todos mis enemigos en años.

Acerco su cuerpo al mío, mis manos deslizándose hasta su cintura, sintiendo la calidez que irradia a través de la tela de su ropa.

—Serás mi perdición, Sloane Murphy —murmuro contra sus labios —. Y no puedo esperar para arder contigo.

La beso de nuevo, más lento esta vez, saboreando el momento. Sus labios se abren bajo los míos, invitándome a profundizar el beso. Sabe a café y a promesas, a peligro y redención.

Mis manos descienden por su espalda, memorizando cada curva, cada declive. La familiaridad de su cuerpo contra el mío me sorprende; es como si lo conociera desde siempre, como si hubiera sido diseñado específicamente para encajar con el mío.

—Tengo que preguntar —dice cuando nos separamos, sus labios rozando los míos mientras habla—. ¿Qué vas a hacer con Cooper?

La mención del agente del FBI debería arruinar el momento, pero extrañamente, no lo hace. Quizás porque ya no representa una amenaza. O quizás porque su pregunta confirma que está pensando a largo plazo, en las consecuencias, en nuestro futuro.

—Viktor se está encargando —respondo con honestidad—. Estará monitoreado, pero no se le hará daño a menos que intente algo contra ti.

La sorpresa cruza su rostro, seguida de algo más complejo. ¿Alivio? ¿Gratitud? ¿Comprensión?

—Gracias —dice simplemente.

—No lo hago por él —aclaro—. Lo hago por ti. Sé que no quieres sangre inocente en tu conciencia.

Su mano se eleva para acariciar mi mejilla, un gesto tan tierno que casi duele.

—Me conoces mejor de lo que pensaba —murmura.

—Y apenas estoy empezando —respondo, inclinándome para capturar sus labios una vez más.

Este beso es diferente. Menos urgente pero más profundo. Es un sello sobre un pacto no escrito, una promesa de conocernos completamente, con todas nuestras sombras y luces.

Cuando nos separamos, cojo su mano y la guío hacia el dormitorio. No hay prisa ahora. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Porque Sloane Murphy ya no es mi enemiga, ni mi presa, ni siquiera mi debilidad.

Es mi compañera. Mi igual. Mi todo.

Y que el mundo entero tiemble si intentan separarnos.

EPÍLOGO

SLOANE

La capilla del Tsarina resplandece bajo la luz ambarina del atardecer que se filtra a través de los vitrales. El espacio, habitualmente reservado para bodas ostentosas de clientes adinerados, ha sido transformado en un santuario íntimo donde solo los más cercanos a la familia Morozov tienen permitida la entrada.

Mi reflejo en el espejo de cuerpo entero me resulta casi irreconocible. El vestido, una creación de satén marfil que se desliza como agua sobre mi cuerpo, parece haber sido imaginado por alguna deidad de la moda con el único propósito de hacerme sentir como una reina. No es excesivamente recargado ni tampoco minimalista; es precisamente lo que siempre soñé sin saber que lo soñaba.

—Respira, por Dios —me dice Harper, ajustando la cascada de flores silvestres que cae estratégicamente desde mi recogido lateral —. Vas a hiperventilar y desmayarte antes de llegar al altar.

La miro a través del espejo. Harper está radiante con su vestido color aguamarina, diseñado para acoger su embarazo de nueve meses. El bebé Morozov podría decidir llegar en cualquier momento, pero mi obstinada amiga se ha negado categóricamente a perderse mi boda.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —pregunto, girándome para enfrentarla—. Estoy a punto de casarme con un hombre que hace unos meses consideraba mi objetivo de investigación.

Harper sonríe, una de esas sonrisas que iluminan toda su cara y te hacen creer que, efectivamente, todo saldrá bien.

—Porque os he visto juntos —responde, tomando mis manos entre las suyas—. He visto cómo te mira. Como si fueras un milagro

que no merece pero que protegerá con su vida. He visto cómo le hablas tú a él, sin miedo, sin concesiones, como nadie se ha atrevido jamás. Sois perfectos el uno para el otro, precisamente porque ninguno de los dos es perfecto.

Sus palabras actúan como un bálsamo sobre mis nervios crispados. Tiene razón, por supuesto. Dimitri y yo no somos una pareja convencional, ni nuestra historia es la que se contaría en un cuento de hadas, pero lo que tenemos es real. Intenso. Nuestro.

Es perfecto.

Un golpe suave en la puerta anuncia la llegada de Viktor, tan elegante como siempre en su traje de padrino. Su habitual expresión calculadora ha sido reemplazada por algo más cálido, casi fraternal.

—Es la hora —anuncia con esa voz modulada que suena como si siempre estuviera a punto de revelar un secreto de estado—. ¿Estás lista?

Respiro hondo, centrándome en la sensación del aire llenando mis pulmones. El aroma a lirios y rosas impregna la habitación, mezclándose con el perfume que Dimitri me regaló para esta ocasión: una mezcla exclusiva de vainilla, madera de sándalo y algo indefinible que, según él, «captura la esencia del fuego».

—Estoy lista —afirmo, y por primera vez hoy, no hay temblor en mi voz. Solo unas ganas enormes de encontrarme con el hombre que amo.

El pasillo que conduce a la capilla está desierto salvo por los guardias apostados discretamente a intervalos regulares.

Viktor me ofrece su brazo con una elegancia propia de la aristocracia rusa de la que desciende. Al no tener familia que me entregue, elegí a quien considero el más neutral de los Morozov para acompañarme. Dimitri había sugerido a Alexei, pero sentía que eso sería demasiado simbólico, como si estuviera siendo transferida de un hermano a otro. Viktor, con su distancia emocional y su respeto por mi intelecto, era la elección perfecta.

—Estás deslumbrante —comenta mientras avanzamos—. Mi primo es un hombre afortunado.

—Los dos lo somos —respondo con una sonrisa.

Las puertas de la capilla se abren, y la música —una pieza de Rachmaninoff especialmente elegida por Dimitri— inunda mis sentidos. Harper avanza primero, moviéndose con sorprendente gracia para alguien en su estado, lanzando pétalos blancos que contrastan con el pasillo de terciopelo rojo.

Y entonces lo veo.

De pie junto al altar, Dimitri parece salido de otro mundo. Su traje negro hecho a medida acentúa la amplitud de sus hombros y la esbeltez de su cintura. Su cabello, normalmente rebelde, ha sido domado en un estilo que realza sus rasgos angulosos sin restarles un ápice de fiereza. Pero es su expresión lo que me roba el aliento: una mezcla de asombro, orgullo y esa intensidad salvaje que siempre acecha bajo la superficie.

Nuestras miradas se conectan, y el resto del mundo se desvanece. No veo a los invitados, no escucho la música, no siento nada excepto el tirón magnético que me atrae hacia él, como si cada célula de mi cuerpo reconociera su hogar.

Viktor me guía por el pasillo, pero podría haber llegado flotando por la forma en que mis pies apenas parecen tocar el suelo. Cuando finalmente me entrega a Dimitri, hay un momento de comunicación silenciosa entre los dos hombres, una promesa no verbalizada que se sella con un asentimiento solemne.

La mano de Dimitri envuelve la mía, cálida y firme. Sus dedos aprietan ligeramente, un gesto íntimo que me transmite todo lo que no puede decir en este momento.

—Estás más allá de las palabras —murmura, tan bajo que solo yo puedo oírlo.

—Tú también —respondo, permitiéndome absorber cada detalle de su rostro, memorizando este momento.

El oficiante comienza la ceremonia, pero sus palabras parecen flotar a nuestro alrededor sin realmente penetrar la burbuja que nos envuelve. Solo cuando llegamos a los votos vuelvo a conectar plenamente con la realidad.

Dimitri habla primero, su voz más profunda y resonante de lo habitual, con ese acento ruso que se intensifica cuando está emocionalmente afectado.

—Yo, Dimitri Mikhailovich Morozov, te tomo a ti, Sloane Rebecca Murphy, como mi esposa —comienza, sus ojos grises anclados a los míos como si fueran su salvación—. Prometo protegerte con cada aliento, honrarte con cada acción, y amarte con cada latido. Antes de ti, conocía el poder, conocía la lealtad, pero no conocía la paz. Eres mi hogar, mi redención, mi otra mitad más digna. Te entrego mi vida, mi nombre, mi futuro. Soy tuyo hasta que mi último aliento se extinga.

Las lágrimas que he estado conteniendo amenazan con desbordarse. Trago con dificultad, intentando encontrar mi voz.

—Yo, Sloane Rebecca Murphy, te tomo a ti, Dimitri Mikhailovich Morozov, como mi esposo —digo, agradecida de que mi voz suene clara a pesar de la emoción—. Prometo caminar a tu lado en la luz y en la oscuridad, ser tu compañera en la batalla y tu refugio en la tormenta. Antes de ti, buscaba verdades en las sombras; contigo, encontré la verdad en la forma en que me miras. Te entrego mi confianza, mi fuerza, mi vulnerabilidad. Soy tuya, sin condiciones ni reservas, hasta que mi último aliento se extinga.

Algo brilla en sus ojos, algo tan crudo y expuesto que casi tengo que apartar la mirada. Dimitri, el hombre que raramente muestra emoción en público, está al borde de las lágrimas.

—Los anillos —solicita el oficiante.

Viktor se adelanta, ofreciendo los anillos sobre un cojín de terciopelo negro. El mío es una delicada banda de platino con un solitario rodeado de pequeños diamantes; el de Dimitri es una banda más ancha del mismo metal con inscripciones en cirílico que dicen «Mi alma, mi vida».

Dimitri toma mi anillo, sosteniéndolo como si fuera la reliquia más preciosa.

—Con este anillo —dice—, te desposo.

Desliza la banda en mi dedo con una reverencia que me estremece hasta la médula. Cuando tomo el suyo, mis dedos tiemblan ligeramente.

—Con este anillo —repito—, te desposo.

El metal parece calentarse al contacto con su piel, como si reconociera su destino.

—Por el poder que me confiere el estado de Nevada —declara el oficiante—, os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Dimitri no necesita más invitación. Sus manos acunan mi rostro con una delicadeza que contrasta con la intensidad de su mirada, y sus labios encuentran los míos en un beso que es tanto una promesa como una declaración. Sabe a whisky fino, a menta, y a ese sabor indefinible que es únicamente suyo. Sus brazos me envuelven, atrayéndome contra su cuerpo sólido, y por un instante el mundo entero se reduce a este punto de contacto, a esta fusión perfecta.

Todo es perfecto.

Un jadeo colectivo rompe el momento. Me giro para ver a Harper, con una expresión de absoluta sorpresa, mirando hacia abajo. Hay un charco a sus pies, expandiéndose sobre la alfombra roja.

—Oh, Dios mío —exclama, sus ojos enormes fijos en los míos—. Creo que se me ha roto la bolsa.

El caos se desata instantáneamente. Alexei, normalmente la imagen misma del control, parece momentáneamente paralizado antes de saltar en acción como un resorte. Viktor ya está al teléfono, presumiblemente alertando al hospital y a la seguridad. Los invitados murmuran, algunos alarmados, otros divertidos.

Dimitri me mira, una pregunta silenciosa en sus ojos. La respuesta es instintiva.

—Vamos con ellos —digo, apretando su mano.

Y así es cómo, menos de veinte minutos después de convertirnos en marido y mujer, estamos en una caravana de SUVs negros que se dirige a toda velocidad hacia el Sunrise Hospital, con una escolta policial conseguida gracias a las conexiones de Viktor. Yo, aún en mi vestido de novia, sujetando la mano de Harper en el asiento trasero mientras ella respira a través de las contracciones que están llegando con alarmante rapidez. Dimitri y Alexei en el asiento delantero, este último ladrando órdenes en ruso por teléfono mientras conduce como si estuviera en una persecución.

—No era así como había planeado tu día especial —se disculpa Harper entre respiraciones entrecortadas—. Se suponía que iba a esperarme al menos una semana más.

—Es perfecto —le aseguro, y lo digo en serio—. ¿Qué mejor forma de celebrar un nuevo comienzo que con otra nueva vida?

Harper sonríe, aunque la expresión se transforma en una mueca cuando otra contracción la golpea.

—Los bebés Morozov no respetan los horarios de nadie —jadea.

—¿Como sus padres? —bromeo, intentando distraerla del dolor.

La llegada al hospital es otro estudio de eficiencia Morozov. En cuestión de minutos, Harper está siendo trasladada a la sala de partos, con Alexei a su lado, transformado de temible Pakhan a futuro padre nervioso.

Dimitri y yo nos quedamos en la sala de espera, un espacio estéril que parece aún más surreal con nosotros en nuestro atuendo de boda. Me siento en una de las incómodas sillas, sintiendo por primera vez el cansancio de la jornada.

—No es exactamente la noche de bodas que tenía planeada —bromea Dimitri, sentándose a mi lado y tomando mi mano entre las suyas.

Sonrío, apoyando mi cabeza en su hombro.

—¿Decepcionado?

Gira mi rostro hacia el suyo con un dedo bajo mi barbilla.

—¿Contigo a mi lado? Nunca.

Su beso es suave, un contraste con la intensidad habitual que compartimos. Hay algo nuevo entre nosotros ahora, algo sellado por los votos y los anillos, por las promesas intercambiadas.

Las horas pasan en una extraña vigilia. Nos turnamos para caminar por los pasillos, para conseguir café de la máquina expendedora, para tranquilizar a Viktor que parece estar gestionando una crisis internacional con su teléfono. Mi elaborado peinado ha sucumbido a la gravedad, y he abandonado mis zapatos en algún momento, pero Dimitri sigue mirándome como si fuera la visión más hermosa que ha contemplado jamás.

Finalmente, cuando el amanecer comienza a insinuarse a través de las ventanas del hospital, Alexei aparece en la sala de espera. Su rostro, normalmente impasible, está transformado por una emoción cruda y desnuda que nunca había visto en él.

—Ya ha nacido —anuncia, su voz ronca—. Mikhail Alexeievich Morozov. Tres kilos ochocientos. Harper está bien.

Dimitri se levanta de un salto, abrazando a su hermano con una espontaneidad que me sorprende. Los dos hombres se funden en un abrazo que parece contener años de historia compartida, de dolor y triunfo, de pérdidas y ganancias.

—Felicidades, hermano —dice Dimitri, su voz cargada de emoción —. Eres padre. Nunca pensé que viviría para ver este día.

Alexei se aparta ligeramente, sus manos aún en los hombros de Dimitri.

—Tú serás el siguiente —afirma, con esa certeza que caracteriza todas sus declaraciones.

Veo algo cruzar por el rostro de Dimitri, una emoción compleja que no puedo descifrar completamente. ¿Anhelo? ¿Miedo? ¿Esperanza?

—¿Podemos verlos? —pregunto, acercándome a los hermanos.

Alexei asiente, su rostro suavizándose al mirarme.

—Harper ha pedido específicamente veros. Creo que quiere presumir.

La habitación hospitalaria está inundada de esa luz especial que solo parece existir en los momentos de pura felicidad. Harper, recostada contra almohadas blancas, parece agotada pero radiante, como si brillara desde dentro con una luz propia. En sus brazos, un pequeño bulto envuelto en una manta azul apenas se mueve.

—Mis padres postizos favoritos —nos saluda con una sonrisa cansada—. Venid a conocer a vuestro ahijado.

Nos acercamos a la cama, Dimitri ligeramente detrás de mí, como si estuviera dando un paso atrás ante algo sagrado. Harper inclina al bebé para que podamos verlo mejor, y el aire se escapa de mis pulmones.

Es perfecto. Minúsculas pestañas, nariz diminuta, labios como un capullo de rosa, y una mata de pelo negro como la noche. Sus ojos están cerrados, pero cuando bosteza, por un instante atisbo un destello de azul oscuro.

—¿Quieres cogerlo? —ofrece Harper, sus ojos encontrando los míos.

Asiento, incapaz de hablar. Con cuidado infinito, Harper transfiere al pequeño Mikhail a mis brazos, y el mundo entero parece reajustarse sobre su eje. El peso de esta nueva vida, tan ligero y a la vez tan significativo, me ancla a un presente que nunca había imaginado. Huele a esa fragancia indescriptible de bebé, mezclada con algo que debe ser exclusivamente Morozov: una nota almizclada, cálida, casi posesiva.

—Hola, Mikhail —susurro, meciéndolo suavemente—. Soy tu tía Sloane. Y voy a malcriarte terriblemente.

Harper ríe, y Alexei, sentado al borde de la cama con su mano entrelazada con la de ella, sonríe con una suavidad que transforma completamente su rostro severo.

Miro hacia Dimitri, queriendo compartir este momento con él, y lo que veo me deja sin aliento. Sus ojos están fijos en mí —no en el bebé, sino en mí sosteniendo al bebé— con una expresión tan cruda, tan vulnerable, que casi tengo que apartar la mirada. Hay anhelo en esos ojos grises, un hambre primitiva que no tiene nada que ver con el deseo físico y todo que ver con un futuro que apenas estamos empezando a imaginar juntos.

—Ven aquí —le digo suavemente, ofreciéndole al bebé.

Dimitri parece momentáneamente aterrado, sus manos habitualmente seguras ahora dudando.

—Yo no... no sé cómo...

—Es instintivo —le aseguro—. Solo apoya su cabecita en tu brazo. Así.

Con infinito cuidado, como si estuviera manipulando el cristal más delicado del mundo, Dimitri toma a su sobrino en brazos. La imagen me golpea con una fuerza inesperada: este hombre poderoso, este guerrero temido, sosteniendo a un recién nacido con tal reverencia que parece una escena de otro mundo.

—*Zdravstvuyte, malysh* —murmura en ruso, su voz más suave de lo que jamás la he escuchado—. Soy tu tío Dimitri. Y te protegeré con mi vida.

Algo cambia en el aire de la habitación, una promesa silenciosa, un pacto sagrado. Alexei y Dimitri intercambian una mirada, y sé que

están pensando en su propio padre, en la infancia que tuvieron, en el tipo de padres que se han jurado ser.

Cuando Dimitri devuelve el bebé a Harper, hay una nueva determinación en sus movimientos, como si hubiera tomado una decisión. Se acerca a mí, tomando mi mano y llevándola a sus labios en un gesto que me hace estremecer.

—Gracias —dice en voz baja.

—¿Por qué? —pregunto, confundida.

Sus ojos, esos ojos que pueden ser hielo o fuego según su humor, están ahora brillantes con una emoción que raramente permite mostrar.

—Por esto —responde simplemente, abarcando con un gesto la habitación, la escena, el momento—. Por darnos una familia real.

Y entiendo entonces lo que quiere decir. Porque esto, este momento en un hospital al amanecer de nuestro día de bodas, con un bebé recién nacido y un futuro por descubrir, es lo que ninguno de nosotros tuvo. Es lo que todos anhelábamos sin saber cómo nombrarlo.

Una familia. No por sangre, sino por elección. No por obligación, sino por amor.

Harper y yo intercambiamos una mirada, y sé que ella está pensando lo mismo. De alguna manera, a través de circunstancias que ninguna habría podido prever, hemos encontrado lo que siempre buscamos. Un hogar.

Y mientras Dimitri me atrae contra su costado, su brazo firme alrededor de mi cintura, observando a su hermano y a Harper admirar a su hijo recién nacido, siento una certeza que se asienta en mi alma como una verdad universal:

A veces, el enemigo más insoportable resulta ser el único capaz de completarte.

Y a veces, el destino tiene un sentido del humor tan retorcido como efectivo.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder directamente a la valoración.

O pulsando AQUI


VIOLETA DARK
RENZO
PROTECTOR DESPIADADO
SERIE ÉLITE CRIMINAL

¿TE ATREVES A CONOCER A RENZO CABALLERO?

¿Por qué el hombre más letal de Nueva York mataría por mí... pero se niega a tocarme?

RENZO: Tenía un jodido plan perfecto. Veinte años planeando la caída de la familia que masacró a los míos. La venganza estaba tan cerca que casi podía saborearla. Pero cuando Marco Romano decide vender a su hermana pequeña al mejor postor, mandé todo al infierno. No dudaré en matar a mi propio «hermano» antes que ver a Valentina en un matrimonio forzado. Vale más cualquiera de sus sonrisas que un trono.

VALENTINA: Llevo años viviendo bajo su protección, observando cómo sus ojos me siguen por cada habitación. Renzo Caballero, el soldado más letal de la familia Romano, mi guardián... y el protagonista de todos mis sueños prohibidos. La noche que mata a Marco para salvarme, todo cambia. Los secretos enterrados durante décadas empiezan a emerger, y descubro que nada en mi vida ha sido lo que parecía.

Y en medio de todo, mientras el imperio criminal de los Romano se desmorona y las calles de Nueva York se tiñen de sangre, Renzo y yo jugamos a un juego peligroso donde el deseo prohibido podría ser nuestra perdición... o nuestra única salvación.

«RENZO: Protector Despiadado» es el primer libro de la serie **ÉLITE CRIMINAL**. Una historia de mafia, venganza y redención donde el amor es tan letal como una bala.

CONSÍGUELO AQUÍ

SOBRE LA AUTORA

Violeta Dark crea historias de amor intensas y apasionantes donde mujeres fuertes encuentran un amor que desafía todos los obstáculos. Sus novelas combinan romance, suspense y emoción, garantizando siempre ese final feliz por el que merece la pena luchar.

En sus páginas encontrarás hombres protectores y heroínas valientes, secretos que cambian destinos y una pasión que lo conquista todo. Porque el verdadero amor, ese que hace latir el corazón más fuerte, a veces llega de la forma más inesperada.

Le encanta saber cosas sobre sus lectoras, así que no dudes en ponerte en contacto con ella:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/VioletaDark